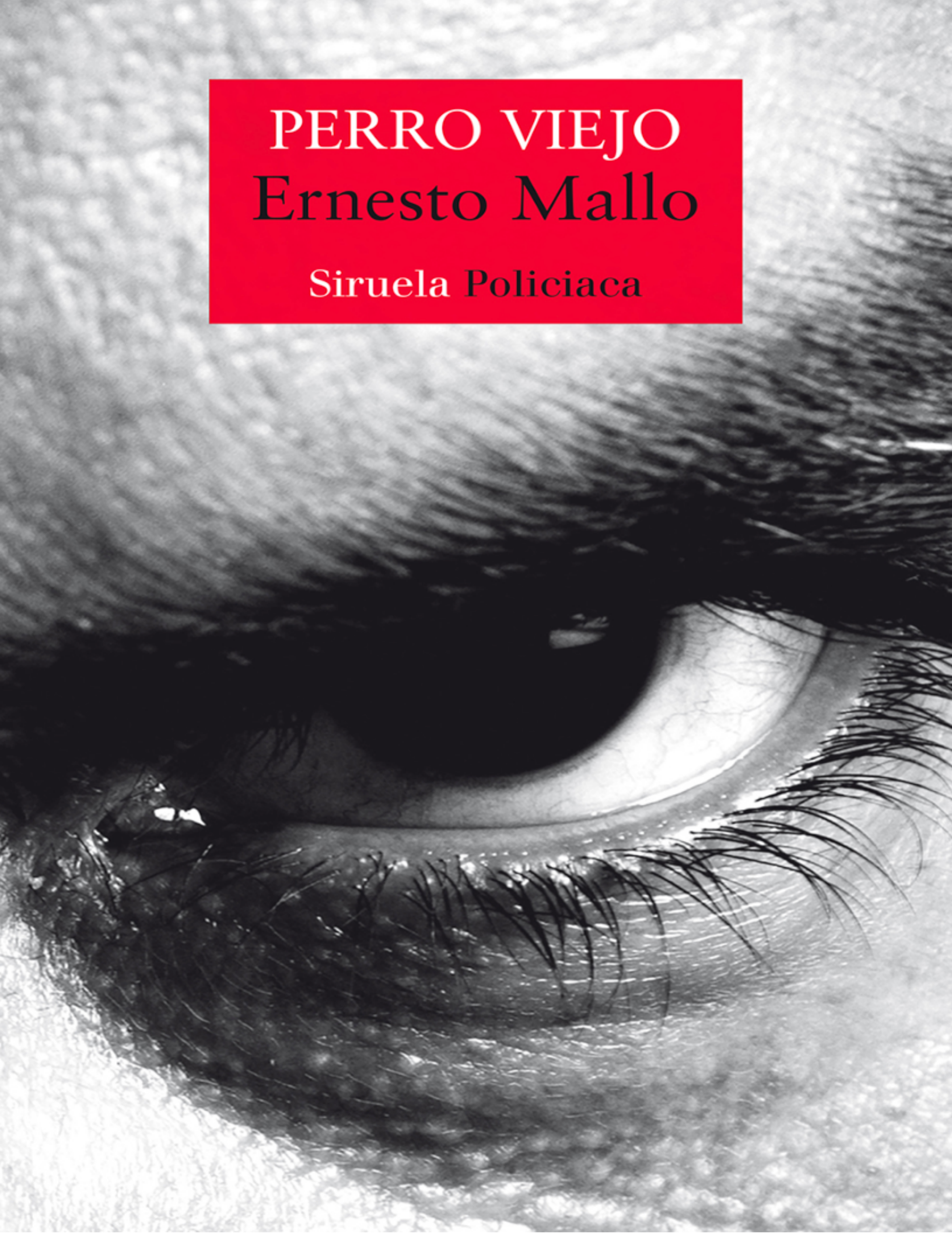
PERRO VIEJO

Ernesto Mallo

Siruela Policiaca



Ernesto Mallo

PERRO VIEJO

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: enero de 2024

En cubierta: fotografía © 200mm / iStock / Getty Images
Diseño gráfico: Gloria Gauger

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-98-2

Conversión a formato digital: María Belloso

Dedicatoria

A Alberto Bali, mi verdadero hermano

Cita

«La vejez no es para cobardes».

BETTE DAVIS

1

Paddington da vueltas por su despacho del primer piso mientras habla por teléfono. Se detiene junto a la ventana. Como cada mañana, el Perro Lascano da un paseo por el jardín con la sensación, cada vez más frecuente, de andar como en un sueño. Hoy no tiene las manos tan inflamadas como de costumbre. Lascano se detiene, un olor conocido y casi olvidado flota en el aire. Baja la vista; a sus pies, junto a un cantero de amapolas, tras una mata de campanitas chinas, yace un cadáver pálido con toda la sangre afuera, un tajo brutal le abre el cuello de oreja a oreja. Lo invade un mareo oceánico, se le nubla la vista, su corazón se acelera. Retrocede dando tumbos. Se toma del tronco de un roble para no caer. Alza la cabeza para tomar aire con desesperación. Ni una hoja se mueve en la superficie, pero, en lo alto, las nubes atraviesan el cielo a toda velocidad. Mira el objeto que tiene en la mano y, sin pensarlo, lo arroja con fuerza entre los tallos y los plumeros de un grupo de cortaderas donde desaparece. Repentinamente, como si hubiera bajado un telón, ya no ve nada más que un manto gris, uniforme, sin sombras ni matices, está ciego, de su boca sale un aullido que parece el de un animal mortalmente herido. *Ha sucedido algo* —le dice Paddington a la persona con quien está hablando por teléfono y agrega—: *te llamo en un rato.* —Cuelga, sale y se precipita escaleras abajo. Al pasar por la recepción grita—: *¡PÉREZ, MEDINA, CONMIGO!* Cuando sale a la terraza, ve a Lascano deslizarse contra el tronco y caer al suelo en cámara lenta. El Perro balbucea palabras incomprensibles. Los enfermeros ya están allí.

Pérez, llevalo a su habitación.

El joven toma a Lascano por el brazo, lo ayuda a levantarse y lo conduce dando tumbos hasta el camino de pedregullo rojo y hacia la casa. Paddington se aproxima al cadáver y ve el tajo que le abre una segunda boca sangrienta en el cuello. Las dos carótidas y la laringe seccionadas limpiamente. Nadie sobrevive a una herida como esa. *Esto es lo único que me faltaba* —se dice a sí mismo y le ordena a Medina que no permita a nadie acercarse hasta que venga la policía. En la residencia, los cristales difuminan las siluetas de los huéspedes que desayunan en el comedor, ajenos a todo. Paddington se encamina hacia las cortaderas. Las aparta con la mano evitando que las hojas de

bordes afilados se aproximen a sus ojos. Allí, en la tierra donde se hunden los tallos de esas plantas, encuentra lo que vio a Lascano arrojar, es una navaja. No la toca, toma dos piedras grandes del camino y las apila para señalar el lugar. De vuelta en la residencia saca el teléfono móvil y llama a la policía. Cuando llega a la habitación del Perro, Pérez está colocando en el contenedor de seguridad la jeringa que acaba de utilizar.

¿Qué le dio? Cero uno de diazepam.

2

Paddington pasa junto a los dos policías que observan al forense medio oculto por las plantas, inclinado sobre el cadáver. Junto a una camilla desplegada, dos ayudantes miran sin demasiado interés. Un fotógrafo no deja de andar de un lado a otro retratando al muerto. Paddington los mira en silencio. El forense se incorpora, se quita los guantes de látex y los arroja en la bolsa que, solícito, le acerca uno de los asistentes y le dirige una mirada interrogativa al recién llegado.

Buen día, soy Peter Paddington, director de la residencia.

El forense se toma unos instantes para responder. Paddington interpreta el silencio y la mirada como la señal de desprecio *light* que le dispensan los médicos de verdad a quienes se dedican al negocio de la salud.

Mucho gusto, soy el doctor Roberto Fosca Aranguren.

Sin que nadie le haya preguntado nada, con la intención de humillarlo con sus conocimientos y con su jerga, comienza a dar cátedra señalando las heridas.

La incisión seccionó la membrana cricotiroidea poniendo al descubierto el vestíbulo de la laringe. El asta inferior derecha del hioides quedó en el colgajo seccionado. Esta herida tiene una muesca de salida de corte, la cola de ataque, a nivel del ángulo de la rama horizontal con la vertical de la mandíbula en su lado derecho y, posteriormente, una cola de ataque secundaria a nivel mastoideo derecho. Esto fue causado por rectificación del trazo de corte de salida o porque el corte se realizó en dos tiempos. Presenta heridas compatibles con las de tanteo al defenderse. Son irregulares y se deslizan hacia fuera en ángulo con el corte principal. También presenta heridas defensivas en las manos localizadas en las palmas, en los antebrazos y en las articulaciones interfalángicas seguramente producidas al pretender agarrar el arma punzo-cortante. Hay laceraciones en el mentón y en la región supraesternal producidas seguramente al flexionar el cuello en un intento de ofrecer resistencia, heridas profundas y lesiones aberrantes de bordes dentados.

Se queda en silencio como esperando que Paddington diga algo.

¿Entonces, doctor? Entonces, estimado director, se ha organizado usted un bonito homicidio —responde el forense y levanta la vista para ver a alguien por encima del hombro del director—. *Oh, ya está aquí el inspector.*

Paddington se vuelve. Por el camino avanza un hombre alto, bien vestido aunque algo anticuado, calmado, aspirando y soltando abundantes bocanadas de humo.

Es el inspector Capitán —dice Fosca Aranguren—, *este tipo va a darle trabajo, señor director* —completa y se vuelve hacia sus asistentes—. *En cuanto termine Capitán levanten el cuerpo sin pérdida de tiempo.* —Y, señalando las nubes que se están agrupando, agrega—: *Parece que va a llover.* Saluda brevemente y va a interceptar al policía, con quien se queda conversando unos momentos lejos de los oídos del director, como si estuvieran compartiendo un secreto.

Paddington está hablando por teléfono cuando Capitán entra a su despacho. Le hace media sonrisa y el gesto de «tome asiento». Está manteniendo una conversación administrativa relacionada con pagos y facturas. Tiene pinta de deportista y de cornudo, usa el cabello algo largo que lleva como despeinado. Lleva bigote cuidadosamente recortado. Viste informal y elegante. Tiene el rostro cubierto de pecas, los ojos muy pequeños y una sonrisa forzada que no abandona casi nunca. Hay algo afectado, de felino, en sus movimientos. Termina la conversación y le dedica una falsa sonrisa redoblada.

¿Puedo ofrecerle algo, un café? No, gracias. Vamos al grano, si no le importa. Ningún problema. ¿Quién encontró el cuerpo? Un huésped, Lascano. ¿Lascano, dijo? Sí, Venancio Lascano. ¿El policía? Sí, tengo entendido que fue policía. ¿Puedo hablar con él? Estaba muy nervioso, tuvimos que sedarlo. ¿Por qué estaba nervioso? Creo que la vista del cadáver lo alteró. ¿Al Perro...?, eso sí que me sorprendería. ¿Perdone? Así lo conocían todos en la Federal, el Perro Lascano, una leyenda. Ya no hay policías como él. ¿Qué puede decirme de la víctima? A Bisordi lo conozco menos, ingresó hace poco. ¿Tiene familiares? No lo sé, nadie lo visita. ¿Quién paga su residencia? Ingresó cuando murió su mujer. Una compañía compró la casa en la que vivían unos años antes. No entiendo. Lo llaman hipoteca inversa. Un negocio inventado hace un tiempo. Son empresas que

compran inmuebles de gente mayor con un contrato que les permite continuar viviendo en ellos hasta que mueran, que es cuando toman posesión del bien. A cambio les dan un porcentaje del precio y les pasan un estipendio mensual. Como Bisordi no tenía familiares y ya no estaba en condiciones de vivir solo, consiguieron permiso para ingresarlo en este lugar. ¿El juzgado ordenó que lo enviaran a este lugar? Dado que el departamento de Bisordi era de los muy caros y que tenía mucho dinero, el curador que designó el juzgado pidió y consiguió que fuera ingresado a cargo de la empresa. Ellos pagan la factura. ¿Cómo dijo que se llama esa empresa? La Alborada Sociedad Anónima. ¿Me podría dar la dirección? —Paddington abre un cajón, saca una tarjeta y se la entrega—. *Muchas gracias, imagino que tienen un expediente de cada interno. Lo llamamos registro, y a los internos, huéspedes. Muy conveniente. ¿Me puede facilitar el registro de Bisordi? No. ¿Por qué no? Son registros virtuales, pero puedo enviarle una copia si me da un correo. Hágalo, por favor* —dice Capitán entregándole ahora su tarjeta de visita—. *¿Cuándo cree que podré hablar con Lascano? Yo creo que mañana estará en condiciones. Por favor, llámeme cuando le parezca oportuno que lo entreviste.*

Capitán sale y cierra la puerta un poco demasiado fuerte. Paddington va hasta la ventana. El equipo forense ya retiró el cadáver de Bisordi, su ambulancia está cruzando la barrera de la entrada. *La muerte pasó por mi jardín, ahora todo vuelve a estar como antes, como si la vida fuese lo normal, como si nada hubiera pasado* —piensa. No ve salir a Capitán. Se sienta a su escritorio para controlar las cámaras de vigilancia. El policía parece estar esperando a alguien junto al escritorio de Sofía, la recepcionista. Aparece Pérez y se pone a conversar con él. La charla es breve. El policía gira y sale de cuadro. Paddington va hasta la ventana. Abajo, Capitán sale del edificio y se dirige al aparcamiento. *No le dije nada de la navaja de Lascano* —se dice—, *lo haré la próxima vez que venga.* —Comienza a llover. Alguien llama a la puerta—. *Adelante.* —Es Sofía—. *Buen día, bonita. Perdone, señor Paddington. No me llames señor Paddington y por favor tuteame, que me haces sentir viejo. Llamame Peter. Lo que diga. Sé que no es buen momento con la que se armó, pero hay algo que tengo que decirle. Decime. Es Vincenzo. ¿Qué hay con él? Está enfermo, no podrá hacer el almuerzo. No te preocupes, hagamos lo siguiente, llamá a Art Catering y que preparen un menú. ¿Algo en especial? Entrada, principal y postre. Lo que vos decidas estará bien, tenés toda mi confianza* —le dice mirándola tiernamente y haciéndola sonrojar—. *Ya lo pongo en marcha* —responde Sofía y sale. Paddington repara en la camiseta bajo la que se adivinan unas tetas banana de regular tamaño, sus preferidas, que curvan la leyenda que tienen impresa: HERE COMES TROUBLE.

3

De camino al Hogar, Capitán le da un repaso mental a lo que averiguó de Bisordi, el muerto del jardín, y al testimonio que Adriana, su mujer, rindió ante la Comisión sobre desaprición de personas. Aunque estaba condenado por crímenes contra la humanidad, tuvieron que liberarlo de la cárcel cuando el presidente Menem firmó el indulto que lo regresó a su casa. Adriana recordó aquella mañana del atentado. Su esposo desayunó tranquilamente leyendo *La Nación*. *Mirá esto* —me dijo riendo—, *hay unos pelotudos que pusieron una bomba en la Embajada de Japón porque le negaron la visa a Maradona para ver la final de la Copa. Esas cosas le causaban gracia. A mí no, la violencia nunca me gustó y seguí planchándole la camisa. No sabíamos que esos mismos pelotudos lo estaban esperando a la puerta de casa. Entonces vivíamos en la calle Magallanes de Quilmes. Él se consideraba un tipo de suerte, sintió el aliento de la muerte no menos de treinta veces en su vida, pero jamás le tuvo miedo. No temió cuando el tipo lo encañonó y gatilló. Ni cuando le dieron un escopetazo por la espalda tratando de huir. Dos tiros de nueve y veintitrés perdigones que tuvieron que extraerle en el Hospital Naval Doctor Pedro Mallo. Tampoco aquella vez que puso en marcha su auto. Nunca supo si oyó u olió algo, o simplemente intuyó la carga de C4 que sus enemigos de la guerrilla habían colocado bajo el asiento. Abrió la puerta, se arrojó a la calle y rodó cuesta abajo indemne, a no ser por la explosión que lo dejó casi sordo de un oído y le tapió el otro para siempre. Los camaradas de Bisordi se lo hicieron pagar con una carga de Trotyl convenientemente alojada en el sótano de la sede del Partido Comunista de la calle Cangallo. Cinco muertos, ocho heridos. Ojo por ojo, decían, aunque fue muy poco probable que tuvieran alguna relación con el atentado ya que, en esos momentos, siguiendo las órdenes que bajaban desde Moscú, los bolcheviques estaban alineados con el Gobierno de la dictadura y hacían la vista gorda a las atrocidades con que las Fuerzas Armadas aterrorizaban a diario a la población. Alguien tenía que pagar. Para él y los suyos, los comunistas, los judíos y los homosexuales eran chivos expiatorios por naturaleza.*

Algunos investigadores de la policía piensan que sus enemigos de la guerrilla fueron los autores del homicidio, pero Capitán lo duda mucho, aquellos guerrilleros peligrosos que sobrevivieron hoy son unos ancianos melancólicos que siguen declamando el viejo lema de

«Hasta la victoria siempre», una victoria que parece alejarse cada día más.

Con los informes, fotos y gráficos que le suministraron los de la Policía Científica, Capitán hace una reconstrucción de los hechos de la mañana en que Bisordi fue asesinado como si estuviese proyectando una película en el teatro de su mente. Nada le hizo prever a Bisordi el ataque, intentó repelerlo, pero su contrincante era más joven, más fuerte y más hábil. Lo dominó y con bastante facilidad consiguió colocarse detrás de él. Buscándole el cuello, la hoja del puñal capturó un rayo de sol, fue como un *flash* que lo encandiló en el instante previo a posarse bajo su oreja derecha, iniciar el corte y deslizarse hacia un punto diametralmente opuesto abriéndole un surco sangriento y helado. El filo encontró alguna resistencia al tropezar con la tráquea, pero la venció fácilmente ejerciendo muy poca presión extra. Cumplida su función, el arma cayó al suelo. Bisordi soltó todo el aire de los pulmones. La sangre le inundó la garganta. El corte seccionó, además de las yugulares, todo nervio o músculo que encontró a su paso. Él debe de haber sabido que iba a morir, pero su cerebro no disponía de sangre suficiente para tener miedo. Abandonó y desconectó. Ya no sintió nada más que un soplo de efímera tristeza. Todos sus músculos se relajaron. Lo único que lo sostuvo fueron los brazos de su atacante, que debe de haberse inclinado lentamente mientras iba aflojando el agarre para depositarlo en el suelo con delicadeza, como si temiera lastimarlo, no había señales de golpes en el cuerpo. El asesino habrá contemplado su obra un momento, antes de recoger el arma. Debe de haber mirado alrededor para cerciorarse de que no lo habían visto para desaparecer de la escena del crimen.

Capitán baja la ventanilla para que le dé el aire, se siente satisfecho, piensa que su reconstrucción debe de aproximarse mucho a lo que sucedió en realidad.

4

Un sonido despierta a Lascano. Abre los ojos y comprueba con alivio que no perdió la vista. Amalia acaba de entrar a la habitación. Cuando levanta la persiana, un torrente solar inunda la estancia y lo deslumbra.

¡Buenos días! Mire usted qué hermosa mañana nos regala el Señor. Amalia, es demasiado temprano para supersticiones. No son supersticiones, son creencias. Da igual. Algún día verá la luz. Ya la vi cuando abrió la ventana y no me hizo ninguna gracia. Por supuesto, porque la gracia la da Dios. Amalia, baje la voz, por favor. Nada de eso —ordena—, *arriba y vístase, que tiene visitas. ¿Quién? Su hija vino a desayunar con usted. Yo no tengo ninguna hija.* —La mucama detiene su andar entre un paso y el siguiente—. *Claro que no, pero vino igual* —contesta, continúa camino hasta el armario y comienza a sacar la ropa que, ella decidió, el Perro usará—. *Cuanto más viejo se hace uno, menos decisiones toma. La vejez es una cárcel de puertas lentas sin libertad condicional* —piensa y observa a Amalia. Una mujer de modales toscos con un rostro brutal, simiesco. Tiene el torso demasiado largo y delgado para unas piernas cortas y regordetas. Se pregunta si alguna vez alguien se habrá sentido atraído por ella, porque su falta de gracia no se limita a lo físico, sino a la absoluta carencia de sensualidad que embarga sus gestos, sus miradas y su voz. Tiene dos hijos, pero son adoptados, es buena gente pero difícil de mirar y tiene una virtud envidiable: parece ignorar su fealdad o no importarle lo más mínimo. Para Lascano, la belleza femenina es importante, las mujeres que dejaron huella en su vida, de su madre en adelante, fueron bellas.

¿Quiere que lo vista o se arregla solito? Yo me ocupo, temo que si lo hace usted, me excite. No se haga el gracioso, que ese pájaro hace rato que no vuela.

Lascano opta por no decir nada. Se ha metido en un terreno que no desea transitar, no con Amalia al menos. Pero se equivoca, son frecuentes las mañanas en que despierta con una erección dolorosa. En esas ocasiones condesciende a un paciente y ensoñado trabajo manual. Su vida amorosa le dejó abundante material para la fantasía. El vigor sexual y la memoria de largo plazo aún no lo abandonan. Deja la cama

y se acerca al sofá donde Amalia dejó sus ropas. La mira. *¿Qué espera, que le haga un* striptease? La mujer sonríe sacudiendo la cabeza y sale.

Cuando baja el último escalón, la ve. Atravesando múltiples capas de tiempo, Eva lo espera sentada a la mesa en la terraza que domina el jardín. En la mente de Lascano se proyecta la imagen de la habitación del hospital, cuando él le rogaba en silencio *—respira, respira en el aire, no temas, vete, pero no me dejes—*, viéndola ahora se da cuenta de que ella nunca lo dejó. Los grandes amores nunca nos dejan. La vista nublada refuerza la visión. La cabellera como una llamarada, los ojos llenos de chispas, la voz de piano y una risa que espanta a los demonios.

Permiso.

Lascano se sobresalta. Es Roque, el camarero, a quien le está obstaculizando el paso. Se hace a un lado y se apresura a la terraza. Al verlo llegar, la muchacha se pone de pie, lo abraza y lo besa. Se sientan uno frente al otro y se miran en silencio unos instantes.

Hola, Eva. Hola, papá, no soy Eva, soy Victoria.

A Lascano lo ataca una sensación de caída, como esa que lo despierta de una pesadilla justo en el instante en que está por estrellarse en el fondo del barranco. Roque aparece y coloca un cortado frente a Victoria y un café con leche para él.

¿Y esto quién se lo pidió? Es lo que toma todas las mañanas. Todas las mañanas menos esta, tráigame un té verde, por favor.

Con gesto resignado, Roque recoge la taza y la coloca sobre la bandeja. Victoria lo mira con una sonrisa.

¡Qué cascarrabias! No es eso. ¿Qué es? Es que no hay que dejar que te arrebaten la posibilidad de elegir. ¿Es tan importante elegir entre un café y un té? Esa no es la cuestión. ¿Cuál es? A medida que envejecés vas dejando de tomar decisiones, otros avanzan y comienzan a tomarlas en tu lugar. Mientras se pueda hay que defender las decisiones. Ya lo entenderás cuando te hagas mayor.

De algún lado llega el sonido de un saxo cortando el aire como una sierra mecánica.

Vine hoy porque me voy unos días de viaje. ¿Adónde te vas? Me invitaron

a un festival. Qué bueno. ¿Estarás bien? No te preocupes por mí. Si querés me quedo. De ninguna manera, estoy perfecto acá. ¿Seguro? ¿Te lo doy por escrito? No hace falta, viejito gruñón.

Roque deja el té en la mesa. Lascano lo sigue con la mirada hasta que desaparece tras la puerta vaivén de la cocina. Mira hacia un lado y otro y habla con voz apenas audible. *Me parece que maté a alguien. ¿Cómo?* —Al instante Lascano se da cuenta de que lo único que va a conseguir si le comenta el asunto de la muerte de Bisordi es preocuparla y que no haga su viaje o lo haga mal—. *Nada, no dije nada. Sí dijiste. Estaba pensando en voz alta. ¿Se puede saber qué pensabas? En tu madre. No te creo, cuando no querés decir algo, no hay fuerza que lo consiga.*

Victoria termina su café, deja la taza sobre el platillo y se limpia los labios dejando una marca de *rouge* en la servilleta. Lascano mira orgulloso a la estupenda mujer en que se ha convertido.

¿Adónde me dijiste que viajabas? A Milán. ¿Vacaciones? Trabajo. ¿Necesitás dinero? No, papá, tengo más de lo que necesito gracias a vos. Nada que agradecer —responde el Perro, a quien siempre lo gratifica que lo llame papá, aunque no siempre lo hace. Victoria no es su hija, pero lo es—. *Solo las mujeres tienen hijos* —piensa—, *los hombres solo podemos adoptarlos, hayamos participado o no en la procreación, que lo llame papá significa que ella también lo adoptó. ¿Adónde te fuiste?* —La voz de Victoria lo saca de sus pensamientos—. *Nada, estaba pensando en lo grande que te hiciste.* —Victoria sonríe complacida—. *Perdoname que lo pregunte, pero ya sabés que a estas edades, la memoria... No te preocupes, ¿qué querés saber? ¿De qué era que trabajabas? Soy diseñadora de moda. ¿Estás de moda? Ojalá, no, trabajo diseñando ropa y accesorios para la moda. Ah, qué bien. Tengo tres entrevistas con capos de Prada, Armani y Bottega Veneta. ¿Qué son? Tres casas de ropa de las más famosas. ¿Te irás a trabajar con ellos? Si se da...* —Una nube de pena corre brevemente por los ojos de Lascano—. *¿Sabés lo que decía Wilde sobre la moda? No. Algo así como que la moda es una forma de la fealdad tan insoportable que es necesario cambiarla cada seis meses. ¿Estás tratando de desalentarme? De ninguna manera. Me alegro, porque no ibas a conseguirlo. Ahí está* —piensa Lascano y sonríe—, *el carácter de su madre que yo adoraba y sufría por partes iguales.*

Victoria se pone de pie. ¿Dónde hay un baño? Junto a la recepción. Ya regreso —dice y sale. Una vez allí se cruza con Capitán, que viene entrando y la confunde con una miembro del personal. *Perdoná, ¿sabés dónde puedo encontrar al señor Lascano?* —Victoria decide no aclarar la

confusión—. *¿Quién lo busca? Soy el inspector Capitán, de la policía. Mucho gusto* —responde Victoria extendiéndole la mano—*, creo que me tomó por alguien del personal. ¿No lo sos? No, soy la hija de Lascano. Disculpame. Nada que perdonar, pero dígame, ¿por qué lo busca? Hubo un homicidio. Papá está retirado. Lo sé, la muerte sucedió acá, en la residencia. ¿Y qué tiene que ver con él? Fue quien lo encontró, por eso quería hablarle. Entiendo, prométame que va a tratarlo bien. Como no podría ser de otra manera, conozco la carrera de su padre, y me parece una persona admirable. Lo es* —dice Victoria—*, sí que lo es. No sabía que tuviera una hija. Bueno, esa es una larga historia. Me gustan las historias, algún día podrías contármela. Tal vez.*

Paddington termina de bajar la escalera y se acerca. Buen día, Victoria, Inspector. Buen día —responden los dos al unísono y cruzan una mirada fugaz y brillante. —Tengo algo que comunicarle —le dice Paddington a Capitán. Victoria se excusa gira y se va al baño.

5

Con aire misterioso, Paddington conduce a Capitán hasta su despacho. *¿Podré hablar con Lascano ahora? Esperemos a que su hija se vaya, no va a demorar mucho. De acuerdo, ¿qué tiene para contarme? Algo que olvidé mencionar el otro día. Dígame. Lascano estaba en el jardín cuando apareció el cadáver de Bisordi. Eso ya me lo dijo. Sí, pero omití que en el momento en que estoy yendo hacia él lo vi arrojando algo. ¿Qué era? Una navaja. Interesante. ¿Dónde está? No quise tocarla. Si le parece le muestro dónde la encontré. Por favor.*

Salen al jardín, Victoria y Lascano se están despidiendo en la terraza. Los dos hombres pasan de largo y toman el camino de pedregullo. Crac, crac, crac, crac. Paddington señala las piedras que colocó para marcar el sitio. Victoria camina hacia el *parking*. Lascano, muy serio, mira a los dos hombres inclinados sobre los arbustos.

Acá fue donde cayó. Tenga cuidado con las hojas, pueden dañarle las córneas. A ver, muéstreme usted.

Paddington se cubre un flanco con un brazo y aparta los plumeros de las cortaderas con el otro. Busca y rebusca.

No lo entiendo, acá la dejé. Alguien debe habérsela llevado. ¿Se le ocurre quién pudo haber sido?

Desde la terraza, Lascano observa a Paddington y Capitán. Al unísono los dos hombres giran sus cabezas y miran en su dirección, él se vuelve y entra.

Me parece que el Perro es un buen lugar por donde empezar —se dice Capitán, y camina hasta la casa. Lascano está sentado a su mesa. Nadie nunca se la concedió, las reglas del Hogar, incluso, prohíben que los huéspedes se apropien de alguna, sin embargo, por una ley no escrita o por algún acuerdo tácito entre los ocupantes de la residencia, nadie más la ocupa desde que Lascano tomó allí su desayuno por primera vez. Pero esto lo ignora Capitán cuando entra al comedor y se aproxima a él.

¿Puedo acompañarlo?

El Perro le dedica una mirada nada hospitalaria.

¿Nos conocemos? Usted no me conoce a mí, pero yo sí lo conozco a usted. Valga la redundancia. Soy policía. Otra redundancia. ¿Cómo sabe que soy policía? Vamos, inspector, se le ve la marca de la gorra. ¿Cómo sabe mi rango? Llámelo intuición, ¿vino por la muerte de Bisordi? Así es. ¿Piensa que pude haberlo hecho? ¿Lo hizo? No lo sé, a veces hay alguien en mi cabeza que no soy yo. Podríamos investigarlo. ¿Podríamos? Debo confesarle mi admiración. No tendrá nada mejor que hacer. Estudié su trayectoria. Se ve que le gustan las carreras cortas. ¿Podrá dejar el sarcasmo de lado y ayudarme a encontrar al asesino, aunque sea usted mismo? ¿Por qué habría de ayudarlo? Porque usted tampoco tiene nada mejor que hacer. Se equivoca, acabo de inscribirme en un curso de ikebana. —Capitán sonríe francamente—. *Creo que le hará bien embarcarse en una pesquisa, que es su pasión. No me convence, quiere que lo ayude a descubrir a un criminal que quizás sea yo mismo, para que, si resulta cierto, terminar mis días en la cárcel. Vamos, usted sabe que a su edad no lo van a encarcelar. Seguramente, pero pueden recluirme en un manicomio, no sé qué es peor. Es un riesgo, y a usted no lo asustan los riesgos, eso por un lado… ¿Y por otro? Es mejor que desperdiciar su talento entre todos estos viejos millonarios contemplando cómo se les van muriendo las últimas neuronas que les quedan. No se engañe, Lascano, esta no es su gente.*

Capitán dio en el clavo.

Muy bien, lo ayudaré, pero con una condición. Usted dirá. Si descubrimos que yo lo maté, usted deberá matarme a mí. Le propongo una alternativa. A ver. Si aquello que lo motivó es justo, lo encubriré. ¿Usted cree que hay causas justas por las que matar a una persona? Sin duda, ¿tenemos un acuerdo? Provisorio, pero lo tenemos. Muy bien, ¿por dónde empezamos? De ahora en adelante hablaremos del asesino en tercera persona, eso facilitará la objetividad, más necesaria que nunca en este caso. Perfecto. Averigüe todo lo que pueda sobre Bisordi, en su historia debería de estar el motivo de su muerte y en la causa está el asesino. ¿Puedo pedirle algo? ¿Qué? La mano. ¿Va a pedirme matrimonio? —Capitán suelta una risa—. *No, es para hacer una prueba* —dice Capitán mientras apoya el codo sobre la mesa y abre la mano—. *Vamos a hacer una pulseada. ¿Qué espera probar? Consiéntame.* —Lascano lo imita y le toma la mano—. *Cuando usted diga. Ahora* —dice Capitán, y los dos hombres comienzan a forcejear. Los músculos se tensan, las miradas se fijan, los brazos se traban, pero ninguno consigue torcer al otro—. *Muy bien* —dice

Capitán aflojando la mano—. *Ya es suficiente.* —Las manos se sueltan —. *¿Qué quería probar? Si es lo suficientemente fuerte para someter a un tipo como Bisordi. ¿Cuál es el veredicto? Lo es, me sorprendió su fuerza. Nada mal para un viejito choto, ¿verdad?* —dice Lascano con orgullo—. *Nada mal en verdad. Dígame, ¿le gusta el cine? Mucho, ¿por qué lo pregunta? A mí también, veo todo lo que puedo. Espero que no vaya a contarme una película, no hay cosa que me aburra más. Sí, quiero contarle una película, pero que nunca se filmó. No entiendo. Yo hago una reconstrucción de los hechos en mi cabeza, como si fuese una película que estuviera viendo. ¿La fantasía al servicio de la investigación? Exactamente. ¿Y le sirve de algo? Creo que me aproxima bastante a lo sucedido. Si a usted le sirve… Me hice la película de la muerte de Bisordi. Y me la quiere contar. Si no hay objeción. Adelante, a ver qué tal director es.* —Capitán le hace el relato que Lascano escucha atentamente hasta el fin—. *No está mal su película, Capitán, nada mal, pero hay una cuestión. Dígame. ¿No estará cobrándome afecto? Es probable, ¿por qué lo dice? Porque en su película yo salgo absuelto, el asesino es joven y doblega a Bisordi con facilidad. Es verdad. Pues debe tener cuidado, los afectos distorsionan la realidad.*

Capitán pasa revista a la concurrencia, a los rostros de todos esos viejitos y viejitas apacibles y malhumorados que desayunan tranquilamente, entre quienes probablemente se encuentre un asesino. El círculo que describe su mirada finaliza y se detiene en el espejo donde él mismo se refleja.

Cada día es como una nube que pasa sin dejar huella en la memoria. Lascano piensa y piensa, pero nada le queda en la memoria. Su mente hace conexiones extrañas, como en los sueños. El anochecer llega rápido como una sorpresa. Recuerda textualmente algo que la madre le dijo a Eva. *Los viejos vamos de comida en comida. Ya no trabajamos, no arreglamos la casa, no tenemos nada de qué ocuparnos, dependemos de los demás para todo. Siempre estamos esperando que llegue la hora de comer porque es la última actividad vital que nos queda. El problema es con qué llenar el tiempo entre una y otra comida.* Lascano observa a los huéspedes comer con fruición. *Los viejos delgados son una excepción o ya están en camino de salida* —piensa—. *Los viejos comemos más de lo que necesitamos.* —Su amigo Fuseli, quien, como buen médico, tenía una teoría para todo, sostenía que era por un mecanismo natural de supervivencia—. *Satisfecha la demanda energética, los cuerpos acopian el excedente en forma de grasa para convertirla en energía cuando los alimentos escaseen y sean acaparados por los más jóvenes y fuertes con quienes no pueden competir. Ese mecanismo* —teorizaba— *evidencia que, para la naturaleza, los viejos deben tener alguna utilidad. Un conocimiento*

que los hombres han olvidado, ocupados como están en glorificar la juventud y ocultar el paso del tiempo y la proximidad de la muerte. Lascano se pregunta qué habrá sido de su amigo, si estará vivo. Hace años que perdió contacto con él. Se siente pesado, comió demasiado durante la cena. De pie, junto a la puerta que acaba de cerrar, mira con aprensión la mesa junto a la ventana. Un rayo lunar, que pronto se deslizará sobre la cama y luego desaparecerá, atraviesa los cristales y le da aspecto sobrenatural a lo que de ordinario es una tabla y tres patas de pino sueco. Lascano duerme siempre con la ventana abierta, nunca bajo la luz de la luna porque, como se sabe, produce locura. Va hacia la mesa con cautela, como quien se aproxima a un reptil venenoso, toma asiento y espera con los brazos cruzados sobre el pecho. En pocos minutos la habitación queda a oscuras y la silueta de los árboles se recorta contra un cielo desvelado por la luminiscencia de la ciudad, dando la impresión de que se metieron dentro. Es hora de bajar las persianas, acostarse y dormir.

Los ojos de Eva tienen el brillo de la luna sobre el agua.

¿Nuevamente metido en problemas? Ya no sé si yo busco los problemas o si los problemas me buscan a mí. Sabés la respuesta. Preferiría no saberla. ¿Dónde estabas, Eva? Dónde estoy querrás decir. No me lo digas. ¿Fuiste al médico? Sí. Me estás mintiendo. Sí. ¿Por qué? Ya lo sabés, no me gustan los médicos y si se ponen a buscar, siempre encuentran algo. En una de esas te ayudan a vivir mejor. Si tengo alguna de esas enfermedades tremendas de la vejez, no quiero saberlo. Cualquier cosa es preferible a la quimioterapia, los rayos o cualquiera de esas mierdas. La degradación química me parece menos atractiva que la natural, y más corta, ¿y el dolor? Aguantarlo todo lo que se pueda y después, pentobarbital. Ah, el mataperros. Nunca mejor llamado. ¿Tenés miedo de morir? No. ¿Dudás? No le temo a la muerte. ¿A qué le temés? A tu ausencia; sin mí, vos también desaparecerás. No me echarás de menos entonces. El problema no es la muerte, es la agonía. Mientras agonice vos estarás conmigo, después… nada. Lascano, estás inaguantable. ¿Qué vas a hacer hasta entonces? Mataron a uno acá. Interesante. Apareció un policía joven, un tal Capitán. Ahá. Quiere que colabore en la investigación. Qué bueno, un proyecto va a mantenerte vivo, si tuvieras un poco de alegría, seguirías jodiendo hasta los cien años, ¿cuánto hace que no reís? ¿Querés que te cuente algo gracioso? Por favor. Adiviná quién es el principal sospechoso. Me doy por vencida. Yo. Dormite, Lascano, con esa sonrisa que te pinta la cara.

6

En los archivos llaman prontuario al expediente donde se anotan los antecedentes de los ciudadanos, desde sus actos administrativos, como pedir o renovar documentación personal, hasta sus crímenes y condenas, pero Capitán prefiere llamarlos historial penal parafraseando el historial clínico de los hospitales. Hasta no hace mucho había que pedir los prontuarios con anticipación y esperar a que la burocracia los pusiera a disposición. Desde hace unos años se consultan por medio de una aplicación telemática. Sin embargo, cuando tipeó los datos de Bisordi, la pantalla no devolvió nada. Por esa razón se presenta ahora en esa oficina. Donde antes trabajaban treinta personas, ahora solo hay tres de las cuales dos están casi siempre de licencia. La sala está mayormente ocupada por canastos repletos de expedientes. Al joven desaliñado, que matea y mira con ojos a media asta una revista porno colocada estratégicamente dentro de un ejemplar de *Qué Interesante*, lo llaman Yoruga y da la impresión de que siempre está cansado. Levanta la vista, deja el mate sobre la mesa y se acerca al mostrador.

¿Y, Yoruga, pudiste encontrarlo? No se imagina el trabajo que me dio, con la mudanza esto es un desbole. ¿Me lo vas a mostrar? Sí, claro —dice y desaparece tras una de las columnas que forman cinco canastos apilados. Emerge con una carpeta escuálida y gris que coloca sobre el mostrador. Capitán la mira sorprendido—. *¿Esto es todo? Sí, está en cédula. ¿No registra ningún antecedente? Nada, solo un asiento de renovación de documentos.*

Capitán abre la carátula. Dentro hay solo un formulario de solicitud de pasaporte con los datos mínimos y un garabato ilegible en el casillero que dice «firma». Levantando la vista a Yoruga.

¿Estás seguro de que no hay nada más? Nada. ¿O te da fiaca buscar? No hay nada más, jefe, se lo juro. Por favor, haceme una fotocopia. No puedo. ¿Por? Se llevaron la máquina esta mañana.

Capitán saca su celular y toma fotos de las dos caras del formulario.

Gracias, pibe. A la orden, jefe.

Mientras baja en el ascensor hace un llamado.

Hola, Gringo… Bien, ¿y vos?… Me alegro… Necesito que me averigües todo lo que puedas de las personas que se mencionan como referencia en un formulario de documentación personal… Te lo mando ahora por WhatsApp… Ok, gracias… Espero tu llamado… Mandale un beso a la Negra… Chau.

Dos horas más tarde, Carlitos le sirve un café en el mostrador del Florida Garden. El Gringo lo llama por teléfono.

¿Qué encontraste? Nada. ¿Nada? Los nombres y direcciones de referencia, todo falso. El pasaje Seaver, donde declaró su domicilio, lo demolieron hace más de cincuenta años cuando se amplió la 9 de Julio. ¿Algo más? No, me parece que estás ante un muerto inexistente. Che, ¿no será alguno de los verdugos de la dictadura que se cambió la identidad? También lo pensé, me vine al Florida Garden para ver si me encuentro con alguno de los viejos alcahuetes de la Secretaría de Inteligencia. ¿Todavía se reúnen allí? Yo qué sé, al menos el café es bueno.

Una excusa, lo más probable es que haya venido a este lugar, donde se encontraron tantas veces, a recordar a Julia. *¿Dónde estará?* —se pregunta. La última vez que se vieron fue en la Costa Brava. Capitán había alquilado una casa en los altos de la Cala en Palamós, un lugar de ensueño donde pasar el verano. Pero, desde que llegaron, una semana antes, estaba inquieta, no se hallaba a gusto en ningún sitio, con frecuencia se enojaba por nimiedades, se iba a caminar durante largas horas, su mirada se volvió distante. Una mañana, al regresar del súper, Capitán se encontró con una nota: *Me voy a Barcelona, tengo un asunto urgente que resolver, regreso el miércoles y te cuento,* pero no volvió el miércoles, ni el jueves, ni el viernes, sino diez días de angustia después. En todo ese tiempo nunca lo llamó ni atendió sus llamados. Se instaló en Capitán la idea de que se le había terminado el amor. Fue un jueves a las seis de la mañana, apenas estaba amaneciendo cuando Julia, vestida de chico, entró casi sin hacer ruido. Capitán estaba sentado en su sillón con un libro que encontró en la biblioteca de la casa: *Novo Mundo,* aunque estaba en portugués comprendía bastante bien esa fascinante historia sobre el origen literario del continente americano.

¿Leyendo tan temprano? No tenía nada mejor que hacer. ¿Cómo estás? —Capitán se quedó mirándola sin responder. Flotaba en el aire claramente un clima de ruptura y él estaba perdiendo la paciencia—.

¿Qué está pasando, Julia... o debo llamarte Julio? Debemos separarnos... —le soltó a quemarropa y se sentó en el escabel de la biblioteca. A Capitán le pareció un contrasentido que se sentara mientras le decía que iba a dejarlo. Uno no se sienta cuando quiere irse—. *¿Puedo saber el motivo? Conocí a alguien. Ya veo. Es una mujer* —agregó con una sonrisa, como si eso fuera mejor, como si su regreso a la masculinidad los hermanara de alguna manera, porque se lo dijo así, como a un hermano. Le pesa a Capitán todo lo que tuvo que superar para poder amar a una mujer trans, no fue fácil aceptar a Julia como objeto de su amor, de su deseo y de su satisfacción. Lo hizo en silencio, sin alardes, sin piedad, sin arrepentimiento. Fue arduo y revulsivo. Las contradicciones lo atacaron varias veces como un enjambre de avispas furiosas. Pensó en matarse, pero logró superarlo, no sabe bien cómo. Y ahora, aquí estaba oyendo las razones de su desamor. Al atardecer ya no tenían más nada que decirse, la decisión estaba tomada. Cuando ella terminó de empacar sus cosas, Capitán fue hasta la puerta para despedirse. Julio se acercó a besarlo en los labios, pero él giró la cara y le dijo, con el corazón seco y partido. *Adiós, Julio.* No comió y no durmió en toda la noche. Se quedó contemplando el mar, el rastro de la luna en el agua mientras duró y, cuando se acabó, la noche negra. Por la mañana transfirió la mitad de su dinero a la cuenta de Julio. Se subió al coche que había alquilado y condujo media hora hasta Palafrugell, hasta la inmobiliaria, para anunciar que dejaba la casa y devolver las llaves. Por toda explicación dijo que había sucedido una desgracia en la familia. Le llevó dos horas llegar hasta El Prat, donde compró un billete para el primer vuelo a Buenos Aires que salía diez horas más tarde, y otras trece después aterrizaba en Ezeiza, salía a la calle, a uno de esos días grises de invierno cargados de melancolía que son la única explicación al tango. Se subió a un taxi que conducía un tipo con pinta de estafador, pero que se dio cuenta de inmediato de que su pasajero era policía y desconectó el mecanismo que aceleraba la tarifa del taxímetro. Cuando salieron del aeropuerto, lo miró por el espejo. *¿Qué tal el viaje, jefe, anduvo de vacaciones?* Esa pregunta, en ese tono, le confirmó que volver había sido una decisión acertada. No hay mejor ciudad en el mundo que Buenos Aires para estar solo, acá se puede encontrar un amigo en cualquier parte, en cualquier momento.

7

Lascano duerme cada vez menos. Tal vez debido a que suele pasar gran parte del día como en un sueño. Es el primero en llegar al comedor cada mañana. Su mesa está ubicada en el ángulo que forman dos paredes ciegas. Nunca se sienta de espaldas a la puerta, hábito de quien se ha pasado la vida precaviéndose de sus enemigos. Desde esa posición privilegiada tiene control visual de toda la estancia y del ventanal que da al jardín. Nada ni nadie pasa sin que él lo advierta. Es frecuente que deba esperar a que el personal termine de disponer el comedor para el desayuno. Tras los cristales, la luz del sol desciende lentamente desde las copas de los árboles, poniendo de relieve las rugosidades de los troncos que semejan antiguas cicatrices. Esas que llevamos para recordar que el pasado existió. Se entretiene viendo cómo va cambiando la luz que hiere las hojas, a veces rememorando contra su voluntad la juventud. Una silueta se acerca por el pasillo. Lascano no necesita mirar directamente para saber que es Capitán. Su arribo coincide con el de Roque bandeja en mano.

¿Café, comisario? Negro, corto. ¿El señor? Lo mismo. Voy a tener qué cobrárselo. —Lascano le lanza una mirada iracunda—. *¿Y con eso qué hay? No, lo digo por las dudas. Traiga los cafés, por favor, y deje las dudas para quien las merezca.*

Hace rato que Roque se dio por vencido de tratar de comprender las ironías de Lascano, gira y sale para la cocina bajo la mirada del Perro.

No soporto a los hombres-perro, esos obsecuentes y miserables que le cuidan la plata al patrón como si fuera suya —comenta y encara a Capitán—. *¿Qué averiguó? Nada. Es como si Bisordi nunca hubiera existido. ¿No tiene antecedentes? Su prontuario está en blanco. ¿Qué le parece?* —Lascano se bebe su café de un sorbo—. *Me parece que necesito un poco de aire fresco. Salgamos.*

La mañana es espléndida. Capitán, deliberadamente, hace que se encaminen hacia el lugar donde apareció el cuerpo de Bisordi.

El otro día anduve por aquí con Paddington. ¿Ah, sí? Sí, ¿sabe por qué? No, pero sospecho que estoy a punto de enterarme. —Capitán sonríe—.

Me dijo que la mañana en que usted encontró el cadáver lo vio arrojando algo hacia esa mata de cortaderas. ¿Qué era ese algo? Una navaja. —Lascano no hace el mínimo esfuerzo por ocultar su sorpresa—. *¡Mi damasquina! Ah, lo admite. Hace días que la busco. Pero confiesa que se deshizo de ella. Es posible, pero... ¿recién ahora se lo dijo Paddington, por qué no lo hizo el día del hallazgo? Dice que lo olvidó. Extraño. En verdad lo es. ¿Dónde está la navaja ahora? Eso es más raro aún, desapareció. Capitán, ahora tiene dos buenos sospechosos: Paddington y yo. Si tuviesemos la navaja, y fuese el arma homicida, podríamos descartar a Paddington. Pero no la tenemos. Por otro lado, si yo hubiera sido el asesino, el hecho de haber intentado ocultarla revela cierto grado de conciencia que me habría impedido hacer una maniobra tan torpe a la vista de Paddington y sus secuaces. Pero, bueno, es todo muy teórico. ¿Qué sugiere entonces como línea de investigación? Dado que la volatilidad de mi memoria me impide ayudarlo con respecto a mí mismo, debemos concentrarnos en Paddington, si logramos descartarlo a él como autor del hecho estaremos más cerca de determinar que el asesino es Venancio Ismael Lascano. O sea, usted mismo. Así es, Watson.* —Capitán decide ignorar el sarcasmo, pero se promete que un día de estos va a mandar a la mierda a Lascano—. *Me dijo Paddington que es una empresa quien pagaba las facturas de Bisordi por orden de un juzgado. Interesante, ¿tiene los datos del juzgado? Sí, señor, está todo en el registro de Paddington. Pues, adelante, mi Capitán.* —Esta vez a Lascano la ironía le salió afectuosa.

Por la mañana, Capitán llama a su hermano Carlos a la secretaría del juzgado penal donde trabaja. *¿Cómo andás? Tapado de trabajo, decile a tus amigos de la policía que se dejen de producir crímenes, que no damos abasto. Se lo diré. ¿Qué andás necesitando? ¿Por qué creés que necesito algo? Vos solo llamás cuando necesitás algo. Esta vez no. ¿No? Sí. Lo sabía, ¿de qué se trata? ¿Conocés a alguien en el civil cinco? El secretario juega al* squash *conmigo todos los viernes. ¿Puedo llamarlo en tu nombre? Sí, en un rato te paso el contacto por WhatsApp. Gracias. El viernes por la noche hay asado en casa, es el cumple de Sergi. ¿Vendrás? Sí. Sergi estará encantado de verte, aunque le des poca bola, te adora. Allí estaré.*

Catalinas. Vientos racheados con lluvia azotan a Capitán cuando cruza el parque que rodea el edificio. Los privilegiados que lo habitan estacionan sus coches en las entrañas de la torre donde cada día los asalta un breve temor a ser emboscados por algún asesino, cosa que normalmente no sucede, pero la posibilidad siempre existe aunque a

la entrada monten guardia dos tipos con escopeta disfrazados de *sheriff*. Los empleados y los visitantes de poca importancia deben caminar más de cien metros desde la avenida Alem. El barrio de oficinas, a un paso de la *city*, lo constituyen nueve torres de altura que forman un túnel de viento que hace palidecer a las ráfagas que hacen volar a las piedras del Aconcagua. Mojarse lo pone de malhumor, su cabello se erige como espino al contacto con el agua. Una vez dentro del monumental *lobby* de triple altura, se dirige decididamente al escritorio de recepción que atiende una niña bonita y custodia otro *sheriff*. Capitán ignora a la chica, pasa de largo y le hace una seña al guardia para que se acerque. Cuando está a dos pasos, lo chapea.

Diga, jefe. Dos cosas, macho —les gusta que los llamen macho—. *Usted dirá. ¿Dónde hay un baño? Solo el que usamos nosotros. ¿Dónde está? Por acá.*

El *sheriff* inicia la marcha, Capitán lo sigue hasta un pasillo ubicado detrás de la batería de ascensores.

Decime, ¿quién corta el bacalao en La Alborada? El capo se llama Condomí, no se deje engañar por su aspecto y sus modales de mariconcito, es un reverendo hijo de puta. No me digas. Esa es la puerta del baño. Ok, por favor, pedile un pase a la recepcionista para mí, prefiero no identificarme. ¿Está en una investigación? ¿Cómo lo supiste? En cuanto lo vi entrar pensé este es cana y seguro que anda detrás de algún pez gordo de por aquí. Deberías ser policía. Más quisiera, pero no puedo. ¿Por? Antecedentes, ¿vio?, una cagada de pendejo y quedás marcado para toda la vida. Es verdad, a los pobres no se les perdona nada. Lo espero junto al molinete con el pase. Bien, gracias.

Capitán entra al baño y dedica unos buenos minutos a someter la rebeldía capilar. Regresa al *lobby*. El *sheriff*, con la actitud de quien custodia Fort Knox, lo espera donde había dicho. Al verlo llegar mete una tarjeta en la ranura del molinete y deja paso a Capitán. Lo acompaña hasta el ascensor, presiona un botón, la puerta se abre, coloca una mano sobre el sensor y con la otra le entrega la tarjeta magnética a Capitán. *Piso veinte,* dice guiñándole un ojo de complicidad. En el espejo, comprueba que un mechón de cabello de la coronilla resiste la domesticación y se pone de punta dándole un indeseado toque cómico. A la mano untada con saliva le toma seis pisos sofocar el conato rebelde. La puerta se abre a la recepción desde donde le sonríe una rubia de veinte años, vestida en una gama de azules con un pañuelo rojo sangre al cuello y una chapita con su nombre.

Buenos días, Candela, necesito ver al señor Condomí. ¿Tiene cita? No. Lamento mucho… —Capitán la interrumpe mostrándole su chapa—. *Es un asunto policial.* —La chica tiene un momento de estupefacción como si le hubiera dicho que es el embajador de Marte cuyo platillo volador acaba de aterrizar en el patio—. *¿Y bien?* —Candela se pone de pie—. *Un minuto, por favor* —y se encamina hacia la oficina vidriada del gerente de personal. A la puerta, otro *sheriff*. Adentro dos hombres discuten acaloradamente, a uno se lo ve delgado, frágil y de modales sutiles. El otro es una especie de oso y, aunque está afeitado, cubre su rostro una sombra de barba tupida y, a juzgar por su abrupta gesticulación, está muy molesto. Candela interrumpe la charla. El delgadito levanta la vista para mirar a Capitán, se pone de pie, sale y se aproxima a él. Es un petimetre de pantalón ceñido y zapatos puntiagudos.

Buen día. ¿Podría informarme la naturaleza de su interés por entrevistarse con el señor Condomí? —Capitán lo odia de inmediato, por instinto—. *Es un asunto policial que solo trataré con él* —le dice mostrándole la placa—. *Me temo, señor… Capitán* —apunta consciente de que su apellido confunde—. *Me temo, señor Capitán, que entonces deberá solicitar una entrevista, Candela* —agrega señalando a la recepcionista — *podrá asistirlo. Vea, si me obliga a volver otro día lo haré con una orden de allanamiento.* —El tipo lo medita un instante—. *En tal caso veré si puede atenderlo* —contesta, se da media vuelta y desaparece por un pasillo. Capitán se siente observado. Desde el escritorio del gerente, el hombre que discutía con el petimetre tiene la vista clavada en él. Capitán hace el movimiento de cabeza que en lenguaje gestual significa «¿pasa algo?». El tipo lo saluda. Reaparece el gerente y le pide que lo siga por un pasillo hasta un despacho grande donde el tal Condomí lo espera con los brazos estirados y las manos apoyadas sobre el escritorio. Es pequeño, felino, lampiño y de modales suaves. Debe creer que adoptó una postura intimidante, pero al inspector más le parece un gatito a punto de enfadarse. Capitán, que se ha enfrentado mil veces con los hombres más rudos y peligrosos de los barrios más turbios, reprime la risa y se sienta.

¿En qué puedo servirle, comisario? Inspector. Inspector. Estoy investigando la muerte de un cliente suyo, Sebastián Bisordi. Ah, sí, una horrible desgracia, ¿ya tienen al asesino? —Capitán demora un segundo en contestar—. *¿A usted le parece que si lo tuviera estaría acá? Seguramente no, ¿qué quiere saber? ¿Quién era Bisordi? No entiendo la pregunta. Busqué sus antecedentes en los archivos de la policía y no encontré nada. Las referencias que dio para sacar documentos son falsas, es como si fuese*

un recién nacido, pero tenía más de setenta años. Un segundo —dice Condomí y toma el teléfono—. *Gámez, por favor, póngame en pantalla el registro de Sebastián Bisordi..., gracias.* —Gira hacia el monitor, pulsa una docena de teclas y espera dando golpecitos rítmicos con el índice sobre el ratón—. *Muy bien, acá está, me temo que no tenemos mucha más información, ¿quiere una copia? Sí, por favor. Candela se la entregará cuando salga. Tengo entendido que su compañía adquirió el departamento donde vivía Bisordi. Así es. ¿En qué situación está ese bien? Estamos esperando que el juzgado civil lo libere para tomar posesión y venderlo, pero el asunto se demora por la intervención del juzgado penal. Comprendo, ¿podré visitarlo? Eso deberá solicitarlo al juzgado. De acuerdo, así lo haré. Bien, espero que capture pronto a quien lo hizo, necesitamos recuperar el inmueble. En eso andamos. Cualquier cosa que necesite, estamos a su disposición, es nuestro interés que el caso se resuelva lo antes posible. Muchas gracias.*

Capitán le da la mano y sale. Condomí se queda mirándolo alejarse por el pasillo, desaparece brevemente al girar hacia la recepción y vuelve a aparecer cruzando la entrada hasta el ascensor, pulsa el botón y aguarda leyendo el registro de Bisordi. Las puertas se abren, sube, pulsa un botón, las puertas se cierran. Condomí toma el teléfono. *Candela, por favor, comuníqueme con Paddington.*

La lluvia ha cesado cuando Capitán sale del edificio. A poca distancia de la entrada se encuentra el tipo con pinta de oso que lo miraba desde la gerencia de personal. Capitán camina hasta él. *¿Se le ofrece algo? ¿Usted es del ministerio? ¿De qué ministerio? De trabajo. No. Ah, como lo vi hablando con el gerente de personal. No, vine a entrevistarme con Condomí. Ese hijo de puta. ¿Por qué lo dice? ¿Quién es usted? Soy el inspector Capitán, de la federal. ¿Condomí tiene problemas con la policía? Que yo sepa, no. Pues me parece que pronto los va a tener. ¿Por qué lo dice? Está aquí por la muerte de Bisordi, ¿verdad? Sí. Debe saber que la compañía está prácticamente en quiebra, ¿sabe por qué? Si no me lo dice... Antes debo explicarle algo: Condomí proviene de una familia tradicional, sin dinero pero con buenas conexiones. Fundó La Alborada con el capital que les hizo invertir a parientes y amigos, y usó una parte para comprar varios inmuebles, el de Bisordi entre ellos, con el sistema de hipoteca inversa, ¿sabe lo que es? Sí, me lo explicaron, le compran a gente mayor, pero no pueden tomar posesión hasta que se mueran. Exacto, este es un negocio que requiere una paciencia que Condomí no tiene. Entonces armó una serie de carpetas sobre inmuebles para comprar y se lo propuso a sus inversores. Hasta ahí, todo bien* —dice Capitán tratando de entender a dónde va con este discurso—. *No tanto* —contesta el Oso con una sonrisa cómplice—, *los bienes no existían, o si existían, sus propietarios*

no se habían interesado en la propuesta. Eran proyectos que no se habían concretado. Los inversores le dieron el dinero y Condomí se metió a timbear con eso de los bitcoins, esperando que con sus grandes ganancias podría devolver las inversiones y quedarse con el resto. Ok. Se metió en la plataforma Wormhole…, ¿oyó hablar de ella? Jamás. Mediante un ciberataque los desplumaron, en menos tiempo que lo digo, les soplaron trescientos veinte millones de dólares. La inversión de La Alborada se esfumó con ellos y ahora está al borde de la quiebra. Condomí está desesperado. No sé si esto le servirá para su investigación. Creo que es una información de lo más interesante. Por favor, deme sus datos de contacto por si llego a necesitarlo. Como no —dice el Oso, saca su billetera y un bolígrafo con el que escribe en su tarjeta de visita el número de su celular y se la entrega—. *Una cosa más. Dígame. El asunto de los bitcoins lo hizo en sociedad con Peter Paddington, el director de… Sí, sé quién es. ¿Sabe también que es cuñado suyo? No, eso no lo sabía… ¿Cómo se enteró de todo esto? Hasta hace quince minutos fui el contador jefe de La Alborada, acaban de despedirme*

8

Desde el fondo del tiempo la noche nos amenaza. Somos animales diurnos. A diferencia de los perros y los gatos, cuando llega la noche nos quedamos casi ciegos. Si no hubiéramos aprendido el manejo del fuego, la especie no habría sobrevivido. Ese pequeño día que encendíamos en medio de la caverna nos proporcionó calor en las noches heladas y protección de los predadores, quienes aún no habían aprendido que los hombres somos más peligrosos que las llamas. La mente profunda aún no se enteró de que ahora dormimos en casas, tenemos calefacción, que hemos encarcelado a los animales de presa, y sigue poniéndonos en alerta cuando llega la oscuridad. No hay leones al acecho, pero otras bestias merodean en las sombras. Nos ven, pero no las vemos. Son nuestros hermanos o nosotros mismos, seres que no necesitan demasiadas razones para matar: dinero, poder, odio, celos... A la hora de asesinar somos silenciosos, astutos y despiadados. Podemos desarticular cualquier artilugio o dispositivo que se interponga entre nosotros y nuestra víctima.

En estas cosas piensa Lascano mientras sube la escalera. Con la derecha aferra la baranda, en la izquierda lleva el *print* de esa imagen que lo muestra joven y seguro en medio de la matanza y el caos. *Los años me han hecho más lento, más sabio* —piensa— *y más prudente, por no decir más cobarde.* Va quedando atrás el ruido que hace el personal terminando de limpiar el comedor. De abajo le llega un clac repetido. Con cada uno se van apagando las luces. Solo quedan encendidas las lámparas de los pasillos cuando el Perro llega y entra en su dormitorio. Se deja caer en la cama sin desvestirse. La sombra de la ventana se cuadricula en el cielorraso. Es el conticinio, como llamaba su abuelo a la hora de la noche en que todo sonido cesa. Como si hubiera fumado la pipa de los sueños, un denso sopor se apodera de Lascano y lo hunde en un trance visionario. Detrás del fantasma del ventanal que se dibuja en el techo va formándose un rostro difuminado pero familiar que lo mira con rabia y tristeza.

¿Por qué viniste?, ¿qué buscás?, ¿qué querés?

La mujer mira hacia los costados y hacia atrás con aprensión, como si temiera a algún perseguidor.

Están aquí, Lascano, te lo quería advertir. ¿Quiénes? Los asesinos, nunca se fueron. ¿Quiénes son? Los de siempre, nosotros mismos. No entiendo. Me dan miedo, tenés que sacarlos de acá. ¿De dónde? Dentro tuyo, Lascano, donde yo también estoy, aquí es donde habitan. ¿Qué me querés decir, Marisa? Que no busques afuera lo que no puedas encontrar adentro. Sigo sin entender. Por eso, pero entendé esto, Lascano, tengo mucho miedo, sacalos de aquí.

Como un *fade out* cinematográfico la bella cara de Marisa se disuelve lentamente en la noche y es reemplazada por figuras furtivas, sombrías, con facciones que, más que verse, se adivinan monstruosas. Le parece oír gritos de niños que están siendo arrastrados a los pantanos oscurísimos donde serán ahogados. Lascano tiembla de miedo, no consigue deshacerse de esas imágenes. Quiere despertar, pero no lo logra, tal vez porque no está dormido. Voces en su cabeza que lo instan a escapar de allí, de inmediato. Se levanta, acciona el interruptor, pero la luz no se enciende. Necesita salir de la habitación, pero no encuentra la puerta. Una brisa helada le golpea la nuca. Cae de rodillas al suelo. Siente que todo esto no son otra cosa que los síntomas de la muerte. Se deja caer de costado en el suelo y rueda hasta quedar boca arriba. Toma aire, rítmica, metódicamente, el corazón late en las sienes como tambores. Mira al costado y ve la raja de luz que se cuela por debajo de la puerta. La encontró. Sigue respirando. Los tambores van acallándose. *Algo tengo que hacer para sacar a los asesinos del hueco en mí donde se metieron* —piensa mientras se relaja y va quedándose dormido, en el suelo, allí donde un hilo de luz le cruza el rostro y lo hace sentir más seguro, más confiado.

¿Cómo se siente, Lascano? —le pregunta Paddington. El Perro no puede dejar de mirar el grano de cabeza blanca que tiene en la punta de la nariz.

Bien, ¿por qué lo pregunta? Amalia me comentó que esta mañana lo encontró durmiendo en el suelo. Ah, sí, tuve malos sueños, aunque en realidad no tengo muy claro si fueron sueños o apariciones. Cuénteme.

Lascano advierte que en la pared tiene colgada la cruz doble de Leviatán encajada en la intersección del símbolo del infinito.

¿Siempre tuvo esa cruz? —No termina de decirlo cuando ya está arrepentido de haberlo preguntado.

Paddington se vuelve a mirarla como si necesitara confirmar que está allí.

Siempre —responde con sonrisa hipócrita—, *era de mi madre. La llevo conmigo a todas partes desde que ella murió. No lo imaginaba supersticioso. Hay más cosas en el cielo y la tierra de las que sueña su imaginación* —recita Paddington con el vano propósito de impresionarlo—. *¿Es usted creyente, Lascano? ¡Lo sabía!* —se dice el Perro para sus adentros—. *¿Por qué lo pregunta? Por las visiones que tuvo. ¿Qué hay con ellas? Tal vez deba considerar que esas visiones pueden provenir de una realidad metafísica.* —Lascano siente que un pequeño núcleo rabioso se le anuda en el pecho—. *No se haga ilusiones, Paddington. No voy a ir por ese camino. ¿Por qué no? Porque no. ¿Así no más? Así no más. ¿Puedo insistir? Vea, Paddington, ya soy un hombre viejo y el poco tiempo que me queda no lo voy a desperdiciar con disparates. Eso es insultante. Ya le dije, no vayamos por ese camino, para mí el catecismo es insultante.*

Paddington cruza los dedos sobre la mesa y se queda mirándolo en silencio. Sonríe con los labios, pero odia con los ojos. Lascano siente el impulso de borrarle esa sonrisa condescendiente de la cara de una bofetada, pero se contiene.

¿Para qué quería verme? Tengo entendido que la residencia dispone de un servicio de psicología. Así es. Quiero hacer una consulta. Le concertaré una cita con el doctor Alexander. Siempre y cuando no sea creyente. —Quien siente bronca ahora es Paddington, pero también se contiene—. *No tiene que preocuparse por eso, también es un hereje* —le contesta haciéndose el gracioso—. *Un hermano siempre es bienvenido* —responde Lascano poniéndose de pie.

Decide ir a la biblioteca a buscar algo sobre el psicoanálisis, no sea cosa de ir demasiado desprevenido a la primera sesión. En una mesa apartada, cubierta por un paño verde que se usa habitualmente para juegos de mesa, se encuentra Mónica, mujer de extravagante elegancia a quien los años no pudieron arrebatarle completamente una belleza que debe haber sido legendaria. Se encuentra muy concentrada ordenando las cartas del tarot de Marsella que va sacando de un mazo y comentando en voz baja, como si estuviera rezando, lo que la baraja le cuenta. Lascano se acerca y se queda mirando. Sin levantar la vista le pregunta qué se le ofrece. *Nada* —le responde—, *solo me dio curiosidad lo que hace. ¿Quiere saber algo? ¿Como qué? Lo que sea, las cartas pueden ayudarlo en las dudas que tenga, tienen el poder de prever el curso de los acontecimientos. No me diga. Es así, solo necesita creer* —dice y da vuelta sobre la mesa una baraja—. *No soy hombre de fe. Ya lo sé* —responde Mónica señalando la figura del Loco y voltea otra carta, la

Justicia—. *Usted está en busca de conocimiento. Quiere saber algo. Es cierto* —responde sentándose frente a ella—. *Pregúntele al tarot. A lo mejor le responde. ¿Cómo lo hago? Cierre los ojos y piense en la pregunta, procure que sea clara, simple y precisa. De acuerdo, ¿se la digo? No, haga la pregunta como si se la formulara a usted mismo, en silencio.* —Lascano cierra los ojos—. *¿Quién mató a Bisordi?* —Mónica vuelve otra carta, el Caballero de la Copa, y otra más, la Papisa, que sale cabeza abajo, y se queda contemplándolas unos segundos—. *Veo una figura, no es una mujer, es un hombre.* —Gira otra, el Colgado—. *Hay un enigma que resolver.* —Otra, los Amantes—. *Pronto se reunirá con un viejo amor. ¿Quién? Usted probablemente.* —Otra, la Estrella—. *La ayuda está en camino. Ese ser le ayudará a responder su pregunta.* —Lascano mira las cartas, Mónica lo mira a él—. *¿Le sirve de algo esto? No lo sé. A veces el mensaje de las cartas puede ser un tanto hermético, pero con el tiempo uno siempre descubre el significado* —dice y vuelve dos más, el Mundo y la Muerte—. *Esto sí le puedo decir, a usted lo siguen una cantidad de seres que ya no están entre los vivos. Es posible* —responde Lascano algo inquieto—. *Tal vez le convenga hacer una limpieza de la habitación donde duerme, es allí donde se manifiestan. Si quiere puedo ayudarlo en eso. Lo tendré en cuenta* —responde Lascano poniéndose de pie. Siente que ya tuvo bastante de ciencias ocultas en lo que va del día.

Algo en esta mujer lo deja intrigado. Dos días más tarde la ubica en la pileta, donde Mónica toma el sol con total impunidad. Delgada al extremo, viste ropas caras y sobrias. Tejidos nobles, de colores firmes, sin marca ni señal. En su mirada baila esa chispa de las mujeres que se han permitido el lujo y el placer sin culpa ni remordimientos. Se la adivina curtida por tristezas y decepciones, pero esas experiencias, al igual que su ropa, no le dejaron marca alguna, al contrario, la hicieron más sabia, más discreta.

Espléndido día, ¿verdad? —Mónica entreabre un ojo para ver quién osa hablarle. Lascano no parece advertir lo inadecuado de su vestimenta para este lugar—. *Ah, usted, ¿y ese ropaje qué es, excentricidad o Alzheimer? Tal vez un poco de los dos. Mire que venir al solárium con traje y corbata. No voy a estar mucho tiempo, el sol y yo no somos grandes amigos, me pone de malhumor. Ya veo, un taciturno…, tuve un marido así, no me duró mucho. Yo soy un ser solar, él tenía alma de sótano. ¿Qué le parece si comemos juntos y conversamos? ¿De qué? Tengo entendido que usted fue editora durante mucho tiempo, podríamos hablar de libros.*

Mónica lo mira largo, en silencio, midiéndolo. Es una mujer muy acostumbrada a que los hombres la sirvan.

A ver, Lascano, mejore la propuesta.

Lo piensa unos momentos.

Voy a pedirle a Vincenzo que nos haga un menú especial y nos lo sirva en la pérgola. Eso está mejor. Tenga en cuenta que no como nada con plumas y dígale de paso que ponga a enfriar una botella de champagne *de las mías. ¿A las dos? Mejor una y media* —responde Mónica con un tono que indica con toda claridad su deseo de terminar con la conversación y volver a dejarse adorar por el sol. Lascano la saluda con una inclinación de cabeza, que ella no ve pues ha vuelto a cerrar los ojos, y se va. Al sentirlo, Mónica los abre para verlo alejándose y preguntarse—: *¿Qué querrá este botón conmigo?* El término *botón* para llamar a un policía se lo contagió un criminal que tuvo por amante hace mil años. Aquel hombre, que le hizo el amor como una bestia, solía decirle que ella era su estrella de la suerte. *Habrá sido cierto* —piensa— *porque a los pocos días de dejarlo lo mataron a tiros en un callejón de Villa Dálmine,* of all places. *Idiota, ¿cómo pudo ocurrírsele ponerme una mano encima?*

De vuelta en su habitación, Lascano relee la nota que, en la letra apretada y estilizada de Capitán, da cuenta de que Mónica fue procesada dos veces por la justicia, una por complicidad en un negocio que consistía en vender un inmueble varias veces, otra por el asesinato de su amante, Valentín, alias el Tata Moya. En ambos casos se dictó la falta de mérito. *Algo completamente inapropiado* —se dice Lascano— *porque si a esta hija descarriada de la clase alta le sobra algo, son méritos.*

9

Alexander es bajo y tiene la cabeza revuelta por unos indomables rulos castaño rojizos, sus ojos son inquietos y huidizos como si estuvieran persiguiendo una mosca inexistente, pero su mirada insiste en volver a la de Lascano para hurgar y regresar a la mosca una y otra vez, sin cesar. El Perro notó que era un tipo temeroso apenas le abrió la puerta, con desconfianza, en dos tiempos, antes de invitarlo a pasar. Tiene un cierto parecido con el Pichi Lombán, su profesor de historia en el colegio secundario, un muestrario de tics nerviosos de los que Alexander carece si no se considera tic al uso de su mirada.

¿Qué lo trae por acá? La cabeza —responde Lascano preguntándose si ese gesto mínimo de sus labios habrá sido una sonrisa—. *¿Y cómo lo está tratando su cabeza?* —A Lascano le complace la respuesta, se acomoda en la silla—. *¿Por dónde empiezo? Cuénteme su infancia. ¿Así de obvio? A veces lo más obvio es lo más difícil de ver. ¿Usted cree? Fíjese que la industria editorial norteamericana montó un negocio multimillonario con la sistematización de lo obvio. ¿Cómo es eso? Los libros de autoayuda. Jamás leí uno. Y lo bien que hizo, pero acá no estamos para hacer crítica literaria, hablábamos de su cabeza. Es cierto. Veo personas que no existen. ¿Imaginarias? Muertas. Ya veo. Me hablan, me cuentan lo que están sintiendo. ¿Qué sienten?* —Lascano reflexiona unos instantes—. *Miedo, mayormente miedo... ¿A qué? La sensación que tengo es que a su propio pasado. ¿Cuando esas personas estaban vivas? Así es, como si la muerte las hubiera sorprendido dejándolas ancladas en los peores momentos y me estuvieran pidiendo que las rescaten de allí. Pero no sé cómo hacerlo. ¿Y usted qué siente en esos momentos? El otro día le decía al inspector Capitán, un colega con el que estoy trabajando, que a veces hay alguien en mi cabeza que no soy yo. ¿Trabajando?, creí que estaba jubilado* —dice Alexander y sus ojos salen en persecución de la mosca imaginaria, cuando regresan a Lascano lo sorprende con una pregunta repentina como un flechazo o una puñalada—. *¿En qué está pensando? En mi padre. Hábleme de él. En algún momento el hogar de mi infancia se transformó en el campo de batalla de las desavenencias entre mis padres. Yo trataba de estar en casa el menor tiempo posible. Era un chico huraño que siempre estaba metiéndose en problemas. Yo era de esos con quienes las madres decían que no había que juntarse. Esos pibes ideales para culpar de todas las tropelías. Los que llevan a los otros chicos*

por la mala senda. Díscolo y peleador, siempre en defensa de los bichos raros, los estudiosos, los mariconcitos. Pésimo estudiante, solo me interesaba por algunas materias, historia, literatura, a las demás no les prestaba atención. Las maestras pensaban que era tonto. Me mandaron a hacer un test de inteligencia, años más tarde, mi madre me contó que mi coeficiente intelectual era superior al del director del colegio. La infidencia se la hizo la psicóloga que realizó el test. ¿Y usted le creyó? —interrumpe Alexander. Lascano entiende que la pregunta no es inocente, sino que apunta a algún lado, aunque no sabe a dónde—. *Quise creerlo.* —Ahora está seguro, Alexander sonríe, fugazmente, pero sonríe—. *Sin embargo, ese niño problemático se transformó luego en un representante de la ley y el orden, un policía. Todo cambió cuando mis padres fueron asesinados. Alguien alguna vez me dijo que tal vez me hice policía para encontrar al asesino de mis padres. ¿Lo encontró?* —Lascano se pone repentinamente muy serio, un ramalazo lo hiere desde adentro, contiene la furia y el deseo de agredir a Alexander y contesta con un *No* seco. Los dos hombres se quedan en silencio durante un minuto eterno que el psicoanalista decide interrumpir—. *¿Le gustaba ser policía?* —El cambio de tema opera como un bálsamo sobre las antiguas heridas y llagas de Lascano—. *Nunca me sentí policía, estaba disfrazado de policía. Debe haberse disfrazado bien, porque tengo entendido que llegó a comisario. A los policías les gusta pensar que no son tontos, pero la verdad es que nunca sentí que pertenecía a la fuerza. A pesar de ello habla del inspector con respeto. Sí, me parece un tipo valioso* —dice Lascano y le sonríe a ese par de ojos que se clavan en los suyos como dos avispas —. *Me dijo que estaba trabajando con él, ¿en qué? Hubo un homicidio en el Hogar, estoy colaborando con la investigación para dar con el asesino. No sé si soy el más apto para eso por dos motivos, uno es que la cabeza no me funciona del todo bien... ¿Y el otro? Que yo mismo soy uno de los sospechosos.* —Los dos hombres se quedan en silencio, Lascano casi puede oír los engranajes de la mente de Alexander tomando nota de sus impresiones, del temor que le inspira la idea de estar tratando con un asesino al que deberá conducir por los recovecos más oscuros de su psiquis. El Perro lo advierte—. *No tema, si fui yo quien mató a Bisordi, debo haber tenido un buen motivo porque no soy un asesino natural, eso sé de mí. ¿Y qué espera de la terapia? Que me ayude a descubrir si yo lo maté, eso al menos en principio. ¿Podrá hacerlo?,* pregunta Lascano y provoca con su silencio un vacío ineludible. La curiosidad por un sujeto tan interesante supera los miedos que Lascano pueda inspirarle, una variación muy tentadora luego de años de tratar a pacientes aburridos, con neurosis de manual, canallitas de entrecasa que creen tener vidas de novela, pero acá no, piensa, acá hay épica, drama de verdad, tragedia y un tipo que parece capaz de sobreponerse a cualquier catástrofe. Le viene a la mente una cita de Benjamin

Franklin: «Escriba algo que valga la pena leer o viva algo sobre lo que valga la pena escribir». Este hombre es una mina de experiencias. *Sí* —responde Alexander con convicción—, *estoy seguro de poder ayudarlo. Usted tiene muy buena comunicación con su inconsciente, allí están todas las respuestas. El inconsciente es muy travieso, le gustan las jugarretas como las que usted está experimentando. No entrega sus secretos fácilmente, muestra tanto como oculta, pero con perseverancia lograremos desenmascararlo y usted tendrá a su asesino. ¿Aunque sea yo mismo? Sobre todo, si es usted mismo.*

Una cortina de lluvia se desata en el momento en que sale del edificio donde Alexander tiene su consultorio. A través de la calle, tras la ventana del pequeño café, donde le dijo que lo esperaría, Pérez le hace señas con la mano. Lascano cruza la calle a paso tranquilo, nunca entendió por qué la gente corre cuando llueve arriesgándose a romperse un hueso por no mojarse. De las tres mesas de tres que tiene el local, solo está ocupada la del enfermero. El Perro se sienta con él.

Qué día de perros —dice Pérez con un suspiro, mirando hacia la calle—. *Todos lo son* —responde el Perro—. *¿Y eso qué significa? Nada, no me haga caso.*

Pérez sale y echa a correr bajo la lluvia hecho una bolita. La chica que atiende el café le habla desde detrás del mostrador.

¿Le sirvo algo? Un café solo, por favor.

Una mujer entra, pliega su paraguas transparente, lo mete en el paragüero, se sienta a una de las mesas, saca su teléfono y se aplica a su pantalla. A Lascano le resulta familiar, pero no es hasta que hace un gesto que la reconoce. Fue su vecina hace mucho tiempo. Entonces era una chica vivaz y libre que cambiaba de novio a cada rato. Al Perro siempre le dio la sensación de que esos muchachos le quedaban chicos y por esa razón los descartaba rápidamente. Con frecuencia alguno de ellos se quedaba algún tiempo rondando la esquina, esperando encontrarla. Estudiaba letras, filología o alguna de esas carreras inútiles. Vestía informalmente, tenía actitudes de chica criada en el campo y todos los síntomas de una rebeldía arrebatada. En algún momento dejó de cruzarse con ella. Era una firme candidata para que algún grupo de tareas de los milicos la chupara y le aplicara el menú entero del terrorismo de Estado: interrogatorio, tortura, violación,

muerte y desaparición del cuerpo. Pero no, aquí está, alegrando a Lascano de verla viva. Los años le serenaron la belleza, ahora es una interesante mujer altiva con una abundante cabellera y unos extraños ojos grises. Una dama madura, apetecible y casual. Cuando la camarera le sirve el café, ella levanta la vista y mira a Lascano detenidamente. Considera hablarle, pero desiste porque no consigue recordar su nombre y, de todos modos, Lascano fue invisible para ella durante todo el tiempo que fueron vecinos, al fin y al cabo, su relación nunca pasó de algún cruce en el pasillo, sin mirarse, mascullando un saludo. Alicia se pone de pie y se acerca al Perro con el rostro sonriente e intrigado. *¿Lascano?* —Lo sorprende—. *Sí* —contesta poniéndose de pie—. *Soy Alicia, ¿me recuerda?* —y agrega sin darle tiempo a responder—. *Su vecina de la calle Tacuarí. La reconocí apenas entró. Lo sorprendente es que usted me recuerde a mí. ¿Puedo?* —pregunta señalando una de las sillas—. *Es un honor. Cómo no lo voy a recordar, lo tenía muy vigilado, usted era policía y yo andaba siempre metida en problemas, lo recuerdo porque, a pesar de eso, me resultaba muy atractivo.* —Lascano no puede evitar que el piropo lanzado a boca de jarro le enrojezca las mejillas y cambia de tema—. *Un día usted desapareció sin más.* —La camarera pone delante de Alicia una tetera de hierro y una taza de cristal y se retira—. *Sí, en cuanto supimos que los horribles habían chupado a mi novio, mi padre me puso en un vuelo a Caracas, una tía vivía allá. Muy oportuno. ¿Y usted, qué fue de su vida? Si dispone de un par de meses, se lo cuento.*

En la calle suena una bocina. Pérez los mira desde el coche.

Vinieron a buscarme. Ya volveremos a vernos. ¿Dónde? En el Hogar. ¿Cómo dice? Mi madre también vive allí. No me diga, jamás la vi en la residencia. Usted no, pero yo sí lo vi. ¿Quién es su madre? Mónica. Búsqueme cuando vaya a visitarla. Lo haré. Lascano se pone de pie y le hace una seña a la camarera para que le traiga la cuenta. Inesperadamente, Alicia lo toma del brazo con firmeza. *Déjeme invitarlo, la próxima vez paga usted* —le propone sin soltarlo—. *De acuerdo, gracias.* Y, sin soltarlo, le da un beso en la mejilla. Lascano sale, ya no llueve, pasa entre dos coches estacionados, se sube al de Pérez y cierra la puerta. Mira a Alicia, su imagen vaporosa por efecto del agua que impregna los cristales del coche y del café. Lo saluda con la mano y recién entonces advierte que lleva guantes rosados. Pérez capta la escena.

A usted no se lo puede dejar solo un instante.

¿Usted tiene un cuñado? No. Es afortunado, casi todo el mudo tiene uno. ¿Y? Una inmobiliaria pagaba la factura de Bisordi. Le había comprado una propiedad muy valiosa con un contrato que establecía que la posesión se haría efectiva a su muerte. Es decir, que la inmobiliaria tenía especial interés en que el cliente pase a mejor vida. Mucho más cuando en una mala maniobra perdieron todo el dinero de sus inversores. El capo de esa empresa es un tal Condomí. ¿Quién es? Cuñado de Paddington. Esto sube su estatus de sospechoso al primer lugar en el podio.

Un subalterno de Capitán, con cara de tonto, aparece cargando media docena de expedientes que deposita sobre la mesa.

Gracias, Tormo, espéreme en el coche. Sí, señor.

Lascano mira los papeles con indiferencia.

¿Y esto? Son los antecedentes de algunos... ¿Cómo llamarlos? ¿A quiénes? A los que viven acá. Huéspedes. De ellos. ¿Cómo los seleccionó? Por su estado de salud general, descarté a casi todos los muy débiles y a los muy idos. ¿Un hombre tiene que estar muy grave para perder su aptitud para el homicidio? Cuando uno está ocupado con su propia muerte, no le dedica mucho tiempo a la ajena. Dudoso el criterio, pero al menos es un criterio —condesciende Lascano y comienza a inspeccionar los expedientes—. *¿Cómo los categorizó? No lo hice, pensaba pedirle a usted que lo haga. Bien. Pongamos en primer lugar a Paddington, hasta ahora el más motivado con Condomí como cómplice o instigador. Hay un enfermero que debería investigar. ¿Quién? Se llama Gerónimo, uno que tiene pinta de Mapuche. Sé a quién se refiere, ¿por qué a él? A veces ayuda a Vincenzo en la cocina, maneja bien el cuchillo. Paddington es un pusilánime, no pudo haber sido el autor material.*

El Perro va seleccionando las carpetas y colocando las más voluminosas al tope de la pila.

¿Los categoriza por peso? Sí, una pauta como cualquier otra. Se trata de reducir la cantidad de sospechosos para hacer la información más manejable. Entiendo, sin embargo, el que colocó segundo no es el más

voluminoso. No. ¿Por qué entonces? No mire ahora, en el banco que está junto a la puerta del jardín hay tres hombres. Uno de ellos es Conte, lo reconocerá porque lleva el cabello teñido de rubio. Una vez lo vi discutiendo bastante airadamente con Bisordi en la orilla del arroyo, pero cuando me acerqué, se callaron y se separaron rápidamente. Yo me encargaré de interrogar a Conte, averigüe lo que pueda de él y yo veré qué le puedo sacar. De acuerdo, ¿qué quiere que haga yo? Usted ocúpese de nuestro sospechoso número dos —dice Lascano alcanzándole el expediente más gordo. Capitán lo toma y lee la carátula—. *Es usted. Sí, claro, investígueme. Averigüe en qué andaba yo a la hora de la muerte, si ya lo conocía, posibles vínculos entre nosotros, vamos, Capitán, lo de siempre, sígame la pista. Muy bien, entonces debo pedirle que si llega a recordar algo más hágamelo saber. Delo por hecho. Ya que estamos en eso, ¿podría decirme cómo es que puede pagar esta residencia de lujo?, me imagino que no será con su jubilación de policía. No, Capitán, heredé a una prima millonaria, pero de eso debería haberse enterado antes de venir a verme* —le dice el Perro mirándolo con sorna—. *Touché* —responde Capitán poniéndose de pie—. *Hay alguien que puede ser interesante para que me investigue* —lo ataja Lascano—. *¿Quién es? Antonio Fuseli, fuimos grandes amigos, nadie sabe más de mí que él. ¿Dónde lo busco? Hace años que está jubilado, fue el jefe del Cuerpo Médico Forense, empiece por allí. Lo haré* —contesta Capitán y se retira. Lascano sonríe y se frota las manos como un niño que acaba de hacer una travesura. Fuseli siempre tuvo puntos de vista originales sobre los casos que le tocaron y pocas veces se equivocaba. A Lascano le gustaría mucho abrazar nuevamente a su amigo—. *Ah, antes de que me olvide* —dice Capitán—, *el juzgado me autorizó a revisar la casa de Bisordi, ¿quiere acompañarme? ¿Que si quiero?* —contesta Lascano—, *nunca le perdonaría que vaya sin mí. ¿Cuándo? El viernes tengo cita con Alexander, mi psicólogo. Puede venir a buscarme a la salida y de allí vamos a la casa de Bisordi. Ok, ¿a qué hora? A las seis y cincuenta. ¿La dirección? Pídasela a Sofía.*

11

A Regina, en el colegio, la llamaban «la Jabalina», era la chica más fea del Northland's y también la más rica. El sobrenombre le venía por el asombroso parecido que tenía con don Ramón Redondo, su padre, apodado «el Jabalí». Había heredado su contextura, ya de joven era rotunda, tosca de movimientos y de cabellos duros como cerdas. Su piel tenía un tono grisáceo. Al torso delgado lo sostenían unas caderas y unas piernas demasiado anchas y cortas. Daba la sensación de que la parte inferior y la superior pertenecían a distintas personas. Papá la llamaba «mi princesa», pero nunca le dijo que le recordaba a la Khanum, que pasa por ser la mujer más fea de la historia, pero los hijos no tienen la obligación de ser bellos para que sus padres los quieran y don Ramón amaba a su hija.

Paddington, en cambio, era el más elegante del Saint George's College, y el más pobre. Sus estudios en ese colegio de élite los pagaba un tío generoso. Lo apelaban «el Gato», por su flexibilidad y sus ojos ladinos, era alto, distinguido y atlético. Era un tronco para los estudios, pero como era bueno en los deportes, gozaba de gran popularidad. Se lucía tanto en el *rugby* como en el *soccer*, el críquet o el tenis. Siempre llegaba entre los primeros en el *steepelchase*, la carrera con obstáculos, y era el campeón absoluto de los cien metros lisos y los ciento diez con vallas.

Se conocieron en la fiesta que los colegios de ambos organizaron para estimular las relaciones de los chicos y chicas de la alta sociedad. Había comenzado al mediodía, cuando las rubias de la zona norte llegaron en un bus y se acomodaron en las gradas del campo de *rugby* donde iban a medirse los equipos del Saint George's y del Saint Andrews, eternos rivales. Cuando hicieron su entrada, las chicas se humedecieron al ver a Paddington, impecable con su camiseta blanca con el dragón rojo bordado sobre el corazón. Luego vendría el almuerzo en el refectorio. Hubo entre las chicas una batalla apenas disimulada por sentarse cerca de Paddington. Regina consiguió un lugar en su proximidad mediante el sencillo expediente de comprárselo a Lala, que era muy puta desde joven y le gustaba mucho el dinero. Durante la comida, Peter no le prestó atención, las demás adolescentes que lo rodeaban exhalaban una nube invisible de

feromonas y no ahorraban mohines ni miradas pícaras. Al llegar a los postres sin que se hubiera dignado a dirigirle una mirada, Regina puso sobre la mesa, y frente a él, la foto de un *yatch* de lujo de veinticuatro metros.

¿Y esto? Es el barco de mi padre. Iremos a Punta del Este para la semana del Easter. Qué bueno. ¿Querés venir? ¿Me estás invitando? Claro, todo incluido.

La propuesta le ganó su atención para el resto de la jornada. Por la noche, en el baile organizado en el *gym*, solo bailó con ella. El resto de las estudiantes la odió, pero a ella no le importó, no era la más guapa, pero era quien lucía la ropa más fina; se enamoró del *dandy* y él de su dinero.

Don Ramón era un tipo sumamente práctico a quien siempre le había preocupado el futuro sentimental de una hija que no había heredado ni un gramo de la belleza de su madre. Sabía con certeza que su hija era un producto difícil de colocar. A cada rato debían consolarla por los desprecios que le hacían sus pares a pesar de las fiestas, las salidas y los regalos con que los agasajaban. Don Ramón estaba convencido de que todo tiene un precio, que todo se puede comprar. Peter le había parecido un tilingo ambicioso y sin cabeza, pero Regina estaba perdidamente enamorada de él y decidió comprárselo. El viaje de bodas duró un año. Le dieron la vuelta al mundo, atravesaron Rusia y Mongolia en el transiberiano, se maravillaron con la potencia del Nilo y la majestuosidad de los templos de Indochina, y se asomaron al futuro en Tokio. Al regresar la invitó a almorzar. *Sola* —especificó. Se reunieron en la terraza del restorán Las Lilas, justo frente donde su padre tenía amarrado su yate, el Español. Ambos eran carnívoros de alma y se despacharon un abundante asado de costillar bañado en chimichurri con un plato de papas fritas a la provenzal que apenas tocaron y una botella de Malbec de Nieto y Senetiner. El postre, preferido de ambos, desde que ella era una niñita, panqueque de dulce de leche con helado de vainilla.

¿Qué tal el viaje? Maravilloso, papá. ¿Lo disfrutaste? Mucho. ¿Qué fue lo que más te gustó? Todo, pero si algo me impresionó de verdad fue el Nilo. Sí —dijo don Ramón apelando a sus propios recuerdos—, *un río potente que es capaz de vencer al desierto más árido del mundo. Como nosotros. ¿Qué quieres decir? La vida, el azar, Dios, llámalo como quieras, no nos bendijeron con la belleza física, esa que abre tantas puertas* —Regina bajó la vista, no le agradaba ni un poco lo que escuchaba—, *no lo tomes a mal. Es la verdad. No tendremos belleza, pero tenemos potencia.*

La potencia que da el dinero. Tenemos poder. ¿Sabes qué es el poder? —Regina lo miró desorientada, no entendía a dónde iba su padre—. *Te lo explicaré, es la capacidad de cambiar a las personas o el curso de los acontecimientos. Papá, ¿adónde quieres llegar? Te lo diré francamente, te hemos comprado un marido. Un tipo que, si fueras pobre, no iría ni a la esquina contigo.* —A Regina se le llenan los ojos de lágrimas—. *Lamento lo que te digo, ahora me odiarás por ello, pero yo sé que eres una persona capaz de soportar una gran carga de verdad. Es una virtud poco común, menos aún que la belleza, y tú la tienes. Peter es elegante pero banal; es ambicioso, pero incapaz de hacer esfuerzos; le gusta la buena vida, pero odia trabajar. No es tan malo. No, hija, si no digo que sea malo, no podría serlo aunque quisiese, es tonto. Papá, yo lo quiero. Ya lo sé. Pero él no te quiere a vos, quiere tu dinero. Sos muy cruel. Escuchame bien. En la vida es importante saber para qué sirven las personas, entonces, te pregunto, ¿para qué sirve Peter? Estoy segura de que vas a decírmelo. Él te abrirá las puertas de la alta sociedad, a la que no pertenecemos aunque seamos ricos. Peter tiene mucho ascendiente entre la tilinguería, porque él, aunque sea un pobre diablo, es auténticamente uno de ellos, nosotros no. Espero que tengan hijos, y deseo que, en la timba genética, a esos hijos que tendrás con él les toque su belleza y tu inteligencia. Esta es su utilidad. Pero ten cuidado, es tonto pero ambicioso, una mezcla peligrosa. Debes tener en claro una cosa: déjalo que tenga una buena vida, dale lo que te pida, pero no tanto como para que le crezcan las alas y se vaya. En esto las mujeres son especialistas. Dale tanto como para que esté contento, pero no tanto como para que se independice. Peter es tuyo, te lo compraste, te pertenece. Tómalo como un empleado al que le pagas un salario para que haga lo que tú digas. Si no lo hace, cerrale la canilla hasta que entre en razón, eso no falla. Nunca le des poder sobre nada, vos sos la dueña, vos administrás.*

Paddington contempla en silencio a Regina. Siempre le llamó la atención su capacidad para concentrarse. Tanto que ni siquiera advirtió que había llegado al campo de tiro, o eso es lo que cree él. De pie, con las piernas abiertas y los pies firmemente asentados en el suelo. La cuerda del arco tensada al máximo y prácticamente apoyada en su mejilla, donde la mano sujeta el disparador, el brazo izquierdo extendido, el derecho flexionado y rígido, la mirada fija en la diana a través del visor. Cuando suelta, se oye el brevísimo silbido de la cuerda, la flecha se hace invisible hasta que da en el blanco, muy cerca del centro. Regina baja el arco despacio mirando fijamente el resultado del tiro. Erguida, sólida y algo masculina.

¿Necesitás algo? —le dice sin apartar la vista del objetivo—. *Buen tiro. ¿Y bien? Me llamó Aarón. ¿Qué quiere? Tienes que firmar el acta de renovación de autoridades. De acuerdo. Te recuerdo que cenamos con los Fábrega. Lo tengo presente. No quiero que lleguemos tarde. Comprendido* —responde Paddington con acento militar. La gracia hace que ella le eche una mirada muy seria que a él lo decide a salir de escena—. *Nos vemos en casa.*

El campo de tiro era parte del terreno de la residencia. Regina lo hizo dividir y construyó allí una sala de fiestas, piscina, cocina y quincho para agasajar a sus amistades. Para sus ágapes, hace venir a Vincenzo desde la residencia, que queda a un tiro de piedra. El chef es el único empleado de la residencia a quien ella le paga directamente un sueldo más que generoso. Vincenzo es sus ojos y oídos en el Hogar, es suyo, no quedó incluido en el personal de la residencia cuando le cedió a Paddington el manejo administrativo. Luego de los dos fallidos de Maderas del Plata y de Extrusarte, dejó de confiar en él como hombre de negocios y, paralelamente, fue dejando también de quererlo. Entonces comenzó a comprender y valorar los consejos que le diera su padre aquella vez en Puerto Madero.

Regina se viste con lo mejor de la alta costura y adora las reuniones sociales, donde, con toda impunidad, provoca la envidia de amigas y conocidas con sus trapos, su riqueza y su marido, a quien tiene bajo constante vigilancia, no vaya a pasarse de seductor. Mintiendo sin pudor, hace alarde público de la poderosa pasión sexual que comparten. Paddington aprendió a no contradecirla. La vez que hizo un comentario adverso, Regina lo dejó pasar, pero, en cuanto se quedaron solos, lo tomó por las solapas y lo revolcó por el suelo. Es mucho más fuerte que él. Con la ropa hecha jirones recibió una amenaza muy seria. Regina nunca bromea, carece de sentido del humor. Paddington, sus ropas, su casa, sus joyas, sus viajes son objetos muy costosos que valen para adornar y disminuir el impacto de su fealdad. El amor, cuando no es correspondido, realimentado, se cansa y muere, pero la posesión tiene la vida más larga. Como dijo su padre: *Peter es tuyo, te lo compraste, te pertenece.* Paddington tiene una vida cómoda y sin complicaciones a condición de que sus tonterías no sean evidentes y la avergüencen, Regina no tolera la humillación.

Estoy colaborando con Capitán en la investigación de la muerte de Bisordi. Sí, me dijo que lo ayude en lo que pueda. Hábleme de Conte. Es un tipo muy reservado, un campeón del monosílabo. Creo que fue militar —dice Paddington— *o que estuvo vinculado con el ejército, no recuerdo de dónde tengo esa información ni estoy seguro de que sea exacta, ¿es un sospechoso?* —Lascano se toma un instante para responder—. *No necesariamente. Tengo entendido que jugaba al ajedrez con Bisordi. Sí, a veces jugaban, Conte juega bien, pero nunca pudo ganarle a Bisordi. Un tipo con poca capacidad de frustración, dejó de jugar con él.*

Al igual que Lascano, Conte también tiene su mesa. Ubicada en una suerte de cueva que forman una columna y la caja de la escalera, la suya es la más escondida. Un emplazamiento apto para ver sin ser visto. Es el último en llegar cada mañana a tomar su desayuno en solitario y en silencio mirando con nervioso recelo en toda dirección. Un hombre nebuloso y malhumorado que se mueve con sigilo, como si alguien lo siguiera. Siempre parece estar ocultando algo. En días pasados, Lascano observó que, luego del café, suele ir a la biblioteca a leer *La Nación* de cabo a rabo, dedicándole especial atención a avisos fúnebres y obituarios. Aprovecha que no hay nadie para armar la trampa en la que espera que Conte caiga. En el revistero hay dos ejemplares del periódico, se mete uno bajo el brazo y esconde el otro en el armario donde se guardan los juegos de mesa. Saca el ajedrez, lo lleva a una mesa y dispone las piezas sobre el tablero como si hubiera una partida en marcha, se sienta del lado de las negras, abre el periódico y simula leer. Conte no tarda en aparecer y dirigirse directamente al revistero. Al no encontrar el diario levanta la vista procurando ver quién lo tiene. Lascano espera unos segundos, pliega las hojas y, con un gesto, le pregunta a Conte si lo quiere. Cuando el hombre se acerca repara en el juego dispuesto.

No sé cómo seguir —dice Lascano con tono de resignación—. *Alfil a C4* —contesta Conte. El Perro hace el movimiento y comenta—: *Nunca lo hubiera imaginado.* —Conte mueve peón a D5—. *Ahora sí que me puso en aprietos.* —Titubeando, Lascano mueve el caballo a H3, con gesto triunfal. Conte mueve la dama a E3 y con una sonrisa exclama—: *Mate.* —Lascano voltea el rey con cara de resignación—: *De haber*

sabido que teníamos a un campeón por acá… Es que usted cometió algunos errores bastante elementales. Cayó… —piensa Lascano y lo invita con un gesto a sentarse—: *Ilústreme, por favor.* Conte se sienta y comienza a darle una perorata ajedrecística con aires de catedrático mientras mueve las piezas. Lascano con ocasionales «ah, sí» y movimientos de cabeza hace como que escucha, pero en realidad estudia sus gestos tratando de percibir sus vacilaciones, sus temores. Lo deja hablar, sentirse orgulloso de su proeza mientras juega el papel de vencido, de humillado. Conte se va aflojando, sintiéndose progresivamente confiado. Lascano con leves intervenciones va llevando la conversación al terreno de la similitud del ajedrez con la estrategia militar.

Veo que usted la domina, tendría que haberme advertido sobre su pasado militar.

La mirada durísima que le dirige Conte le dice a Lascano que se precipitó. Con un pretexto poco convincente, Conte se pone de pie. El Perro hace un último intento por retenerlo.

¿No me va a dar la revancha? El juego terminó, señor —dice enfatizando la palabra juego para darle doble sentido y se retira con el periódico —. *Tendría que haber ido más despacio. A mi edad debería ser más paciente*, piensa el Perro.

La sesión con Alexander está algo aburrida, desde que llegó, diez minutos antes, Lascano no dice una palabra, no puede dejar de pensar en la metida de pata con Conte y cómo revertirla. *¿En qué está pensando, Venancio?* —Hay tan pocas personas que lo llamen por su nombre de pila que le cuesta darse cuenta de que se refieren a él—. *¿Eh, cómo dice? Le preguntaba en qué estaba pensando. ¿Recuerda que le conté que estoy colaborando en la investigación de un homicidio? Sí, de un tal Bisordi, ¿verdad? Exactamente. Bueno, esta mañana interrogué a uno de los sospechosos, pero cometí una torpeza y el tipo ahora se puso a la defensiva y se cerró completamente. Hábleme de él.*

Lascano le hace una pormenorizada descripción del encuentro con Conte y de su aspecto físico, su lenguaje corporal, sus miradas evasivas, sus repentinos ataques de ira, su tendencia a pasar desapercibido y el hábito de estar mirando siempre por encima del hombro.

Lascano, acaba usted de hacer una descripción perfecta de un paranoico. Porque es paranoico se dio cuenta de que a usted no le interesaba el ajedrez, sino otra cosa. Entiendo, el asunto es que ahora no va a contarme nada. Tal vez tenga que hacer una aproximación más franca. ¿Qué quiere decir? Un paranoico es alguien que tiene miedo, mucho más del que es capaz de tolerar, entonces, lo único que puede tranquilizarlo es pasarle ese miedo a otra persona, si no lo consigue, se quiebra; por tanto se trata de invertir la ecuación atemorizador-atemorizante, ¿comprende? Perfectamente. Como usted se aproximó con temor y él lo percibió, pudo escapar fácilmente de la situación. Pruebe a hacerle sentir miedo a él a ver qué pasa. —Lascano se queda meditando las palabras de Alexander hasta que lo asalta una duda—. *Dígame, Alexander, ¿esto es psicoterapia? No, tómelo como asesoramiento, como una contribución a que se haga justicia* —dice con tono pícaro y agrega—: *Vamos a tener que dejar acá.*

Capitán está a la puerta aparcado en doble fila esperándolo. Lascano sale y baja a la calle para subirse al coche.

¿Qué tal la terapia? Estoy curado. —Capitán ríe con ganas—. *Eso sí que es difícil de creer.*

Remontan la calle French hasta Juncal, giran por Callao hasta Quintana, se detienen en la esquina de Junín y bajan del coche. Lascano señala a una joven muy morena que empuja una silla de ruedas. *Alguien describió esta hora, en este barrio, como la de los muertos vivientes. Las enfermeras sacan a pasear a los viejos decrépitos de las familias ricas. Elegantes, aseados, con la mirada transparente de aquellos a quienes solo la química de última generación los mantiene de este lado. Van amarrados a sus modernísimas sillas de ruedas, boqueando absortos, preguntándose tal vez si todavía están vivos. Interesante* —dice Capitán y señala una gran puerta verde—*, es por acá.*

El departamento huele a encierro. Capitán levanta las persianas de la sala, abre la puerta-ventana y sale a una terraza amplia de césped auténtico, un poco amarilleado por la falta de riego. Hay allí una estupenda colección de plantas, también mustias. Más allá de la balaustrada se abren los espléndidos jardines de las plazoletas de la Recoleta; el cementerio, uno de los más costosos del mundo, y, más allá del Museo de Bellas Artes y las vías del ferrocarril, el río ancho, a espaldas de la ciudad.

Qué mal viven los pobres —comenta Capitán mientras agarra una

manguera, abre la canilla y se pone a regar las plantas. Lascano, a su lado, mira el agua cayendo y reviviendo las especies. Son dos hombres regando bajo la luna. Cuando al inspector le parece suficiente, cierra la canilla y conecta la manguera a un aspersor de riego para hidratar el césped. Abre nuevamente el grifo y se quita el agua de las manos como quien aplaude—. *Ya hicimos nuestra buena obra del día, veamos qué encontramos por acá* —dice entrando a la casa seguido por Lascano, mientras el aparatejo lanza agua rítmicamente hacia los cuatro rincones de la terraza.

La búsqueda les lleva casi tres horas, no dejan armario por abrir o cajón por revisar. Cuando ya están por darse por vencidos, Lascano observa que en el escritorio hay un cajón medio oculto. Lo abre, dentro hay solo una fotografía tan amarilla como el césped de la terraza. Bisordi, con otros tres hombres, también jóvenes, todos fumando y sonriéndole a la cámara junto a una reja que da a la avenida del Libertador, en segundo plano el edificio de la Comisión de Energía Atómica. *¡Capitán! ¡Diga! Venga un momento, por favor.* —Lascano vuelve la foto, en el reverso hay una escritura con letra torpe: La patota del Turco Julián—. *¿Encontró algo? Véalo usted mismo.* —Capitán mira la foto por ambos lados—. *¿Quién es el Turco Julián? Su verdadero nombre es Julio Simón, un policía torturador de la dictadura. Vea, este que está junto a Bisordi, ¿sabe quién es? Ni idea. Es Conte. Bueno, parece que tenemos algo. Sí, y a mí me parece que tengo que volver a charlar con Conte. Sería interesante que usted hable con el Turco Julián. ¿Vive? Hace poco fue noticia, está vivo y es un charlatán. Como decían los canas de mi época, es de esos que hay que darles una bofetada para que hablen y tres para que se callen.*

Cuando salen del edificio, ya anocheció, Capitán mira hacia la vereda de enfrente, al café La Biela. *¿Una cervecita? Si usted paga, no traigo dinero. Honor de invitarlo.* —Cruzan y se acomodan en una de las mesas junto a la ventana de la ochava, muy cerca de las estatuas a Bioy Casares y Borges, y piden dos chops. En cuanto se los sirven suena el teléfono de Capitán anunciando un mensaje. Desbloquea la pantalla y lee—. *¡Mierda! Me había olvidado completamente. ¿De qué? Hoy es el cumpleaños de mi sobrino. ¡Qué cagada, si falto mi hermano no me saluda más! Vaya, todavía es temprano. ¿Y qué hago con usted? Me paga un taxi hasta la residencia.* —Capitán lo considera, no le parece dejar a Lascano solo en esta ciudad de chorros—. *¿Y si le agarra uno de sus despistes, se baja del taxi y se pierde?* —No podría perdonarse que le pase algo—. *Tengo una idea mejor. A ver. Venga conmigo, Carlos hace unos asados para chuparse los codos. ¿Le parece...? No quisiera ser impertinente. Para nada. Le enviaré un mensaje a Paddington para que*

sepa que está conmigo. Vincenzo, en el Hogar es un gran cocinero, pero el asado no es cosa de italianos —dice el Perro relamiéndose por anticipado.

La fiesta se celebra en el jardín. En cuanto llegan, un jovencito corre hacia ellos y abraza a Capitán. *Tío, qué bien que pudiste venir. El regalo te lo debo, no tuve tiempo, pero en cambio traje a Lascano, una leyenda de la poli. Mucho gusto, señor. Vamos a saludar a tu padre.* —Capitán mira a Lascano—. *Vayan ustedes, yo me quedo por acá.* Tío y sobrino caminan hasta la parrilla donde el hermano luce sus dotes de asador. *Viste que vino, viejo.* —Es lo último que le oye decir. La noche es fresca, una chica le da una copa de vino que se zampa de un trago. No se había dado cuenta de que tenía tanta sed. Se acerca a una de las mesas, deja la vacía y se traga otra. Desde la parrilla surge un aroma embriagante a carne y morrones asados, a chorizo criollo, a chimichurri. Entre el vino y esos efluvios, se siente transportado a otro momento, a otro mundo. Cierra los ojos por un instante, una voz conocida lo saca de su ensoñación, cuando los abre, la ve: está dándole su magnífica espalda junto a la mesa de las bebidas, a su lado hay un tipo con pinta de jugador de *rugby*, ella medio vuelve la cara y el perfil, el vestido rojo y los hombros le proporcionan la certeza de que es ella. Se acerca cautelosamente por detrás hasta quedar muy próximo y le susurra al oído—: *Qué bueno que viniste, Marisa.* —Y le da un afectuoso toque en la nalga—. *¡¿Qué hace, animal?!* —grita la mujer para su desconcierto. El rugbier se interpone y se impone—. *¿Qué pasa, querida? Este viejo de mierda me tocó el culo.* El tipo no duda un instante, le suelta un certero directo en medio de la cara y a Lascano se le apagan todas las luces.

Amigo, lo que se dice amigo, no —le responde el sargento Zubizarreta a Capitán cuando le pregunta por el Turco Julián—, *yo fui uno de los policías que lo rescató cuando un grupo de izquierdistas lo reconoció y atacó en El Molino. Se produjo una batalla campal, pero logramos sacarlo Laíño y yo, ¿te acordás de él? Claro que me acuerdo. Bueno, me ordenó que lo llevara a su casa. Eso fue todo, así que quien te haya dicho que yo era amigo de él es un hijo de puta mentiroso. ¿A dónde lo llevaste? A Avellaneda. ¿Te acordás la dirección? Fue hace mucho, no tengo idea. ¿Algún dato que me pueda servir para ubicar el lugar? Sí, en la esquina había un bar abandonado que tenía un cartel muy gracioso, se llamaba «Serbesería el Analfa», de eso me acuerdo. ¿Te sirve? Creo que sí. Hablá con don Clito. ¿Quién es? El historiador del Barrio, nadie sabe más que él sobre Avellaneda.*

Capitán encuentra al historiador avellanedense en la puerta de su casa haciendo honor a una tradición casi extinguida: la silla en la vereda. *Buenos días, ¿es usted don Clito? Depende* —contesta el anciano—, *¿quién quiere saberlo? Yo mismo. ¿Policía? Sí, ¿a quién anda buscando? Un antiguo bar que se llamaba «El Analfa». No le pregunté qué, sino a quién. Busco al Turco Julián. ¡Ese hijo de puta!, es una mancha para el barrio... ¿Lo van a meter adentro de nuevo? No, solo necesito hacerle unas preguntas. Raro, entra y sale tantas veces que pronto le van a dar la llave de la cárcel. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo? Sí. ¿Me lo va a decir? Con una condición. ¿Cuál? No le mencione que yo se lo dije. Palabra de honor.*

Con las indicaciones que le da, encuentra la casa rápidamente. Tiene un pequeño jardín adelante con todas las plantas muertas o en vísperas de hacerlo. Toca el timbre. El hombre que aparece, aunque encorvado por los años, es alto y robusto. Tiene la cabellera entera, abundante, canosa y le cae sobre los costados en dos grandes ondas. Usa bigote al estilo militar, barba de tres días, viste pantalón de pijama y camiseta musculosa. Su postura y su mirada son entre desafiante y desconfiada.

¿Sí? Busco al señor Julio Simón, ¿es usted? ¿Qué desea? Hacerle unas preguntas. —El hombre se acerca a paso lento cruzando el jardín y abre la puerta de reja. Huele mal, a sudor rancio y tabaco—. *¿Sos*

cana? Sí. ¿Venís a detenerme? —pregunta mirando calle arriba y calle abajo—. *No. ¿Qué querés? Estoy investigando la muerte de Bisordi. ¿Murió el Tordo? Sí. ¿Cómo? Lo mataron. Pasá* —dice y se vuelve para liderar la marcha hasta el interior de la casa chorizo, donde suena un tango cantado por Cacho Castaña. Una mujer descuidada, mal vestida con ropa cubierta de manchas y lamparones, lo contempla con gesto hostil, medio asomada a la puerta de una habitación. El Turco le hace un gesto con la mano y ella desaparece. Se sienta a una mesa cubierta con un mantel de hule, apaga la radio y ceba un mate. *Tomá asiento, ¿gustás uno? No, gracias* —responde Capitán disimulando la repulsión que le causa la idea—. *¿Qué querés saber? Tengo entendido que Bisordi y Gerardo Conte eran muy amigos. Sí, hasta que apareció la Rusita. ¿Quién era? Una chica del PCR que habíamos chupado. Era flaquita y feucha, pero Conte se enamoró de ella, nunca lo entendí, pero ¿quién entiende las cosas del corazón? Al principio la piba lo rechazaba, pero con el tiempo se fue acostumbrando a sus visitas, el síndrome de Estocolmo, supongo. ¿Qué pasó? Una cosa de lo más estúpida, una noche a Conte se le fue la mano con un detenido, no aguantó la picana y le reventó el corazón, parece que lo tenía débil. Entiendo. El asunto es que era el dentista de Bisordi, que siempre tuvo problemas con la dentadura, y, para vengarse, mató a la Rusita. Yo los oí discutiendo amargamente en el patio del Olimpo, le dijo: Vos mataste a mi dentista, yo maté a tu novia. ¿Cree que Conte pudo haberlo matado por eso? No. ¿Por qué? Porque de ahí en adelante, Bisordi se ocupó de que a Conte no le faltara nada. ¿Y eso? La mujer de Bisordi era la hermana de Conte y lo obligó a bancarlo. ¿De dónde sacó la plata Bisordi? Para él, como para muchos otros, la represión de los bolches fue un negocio. Imaginate que entraban a casa de gente rica, se los llevaban a todos y se alzaban con todo lo que hubiera: televisores, lavarropas, cuadros, lo que sea, no le hacía ascos a nada. Si hasta montaron una empresita para traficar con todo lo que se afanaban, Transportes La Fortuna se llamaba. ¿Usted también lo hacía?* —Julián lo mira con sorna—. *Mirá cómo vivo. No, fui un boludo, nunca me llevé nada. ¿Nunca lo denunció? ¿Conte, denunciarlo..., quién mata a la gallina de los huevos de oro? No, digo usted. Esa palabra no existe en mi diccionario. Sin embargo, me lo contó sabiendo que soy policía. Eso no tiene importancia, usted me acaba de decir que Bisordi ya está muerto y Conte, si vive, está más cerca del arpa que de la guitarra. Una cosa que le quede clara. ¿Qué? Yo nunca jamás delaté a nadie. Yo hice lo que hice y me lo banco, ¿sabe por qué?, porque yo me alcé para defender la patria de las hordas asesinas.* —Capitán se pone de pie—. *¿Ese es el cuento que se hace a usted mismo para acallar la conciencia? Sepa que duermo como un bebé, tengo la conciencia tranquila. Usted no tiene conciencia, no es más que una mierda viviente, como todos sus colegas.* —Julián se levanta abruptamente, agresivo, con el rostro encendido. Capitán se planta amenazante—.

¿Qué quiere, que lo mande al hospital? ¡Hijo de puta!, así está el país, hasta los canas se han hecho comunistas. —Capitán ríe con ganas—. *No se ponga nervioso, que en una de esas a quien le revienta el corazón es a usted.*

La dificultad para respirar despierta al Perro en medio de la noche. Se quita los algodones que le metieron en la nariz para contener la hemorragia. No consigue recordar qué fue lo que le pasó. Lo único que retiene su memoria es un puño enorme acercándose vertiginosamente. Siente los dientes flojos y le duele horriblemente la cara. Abre el cajón de la mesa de luz, saca la caja de Fentanilo que había contrabandeado y se traga en seco dos píldoras de la droga que mató a Michael K. Williams. En unos minutos el dolor cede y el sueño avanza.

Joven, intacto, sin ninguna de las señales que deja una muerte violentísima, Tuerca lo mira desde el rincón de la habitación donde la luz y las sombras son más ambiguas. Lo mira con esos ojos llenos de entusiasmo y energía, de ilusiones. Tiene ese brillo que aún no ha empañado la decepción que, con el tiempo, sufre hasta el idealista más puro.

Lo conoció la tarde en que se presentó como su ayudante. Fue en la puerta del departamento de policía. Lascano intuyó en ese momento que el chico estaba condenado. Se sintió como el sargento que pasa revista a su pelotón en la víspera de la batalla y sabe, con solo mirar a sus soldados a los ojos, cuál de ellos va a morir la mañana siguiente. *¿Cómo se le dice a alguien alejate de mí, yo traigo la muerte a quienes me rodean cuando hay una misión irrevocable que cumplir?* Debió habérselo dicho, pero no lo hizo. Lo maltrató con la esperanza de que se alejara o tal vez para evitar que ese chico tan necesitado de afecto lo quisiera y quererlo a su vez. Pero él no se alejó y Lascano, aunque nunca lo demostró, no pudo evitar quererlo. Una parte de él murió con Tuerca y ha venido a recordárselo en esta madrugada. La vida de Lascano es ahora un lento telón que cae. Cada día ve un poco menos, oye un poco menos, es un poco menos sensato, se cansa un poco más. Nunca tuvo una caries, jamás visitó a un dentista, la timba genética le proporcionó una dentadura perfecta y saludable. Habiendo resistido los embates de una dieta corrosiva y de un tabaquismo impenitente, ayer una de sus muelas no pudo hacer nada contra el tiempo: se cayó sola, limpia, sin trauma, sin sangre. Se desprendió del hueso de puro aburrida no más. Otras la seguirán seguramente, si es que el resto del organismo les da tiempo.

Tal vez, Tuerca, morir joven no sea tan malo después de todo. ¿Lo dice para consolarse o para quitarse de encima el peso de la culpa? No lo sé. ¿A qué viniste? Usted me llamó, tal vez necesita saber algo. No se me ocurre. Le doy una pista: la noche del accidente. Ah, sí, creo que hace tiempo Fuseli me dijo algo, pero lo olvidé.

Lascano se agarra la cabeza como para impedir que afloren esos recuerdos. No quiere saber o recordar lo sucedido aquella noche, hace muchos años, en otra vida. Tuerca se hunde un poco más en la oscuridad de su rincón.

Marisa subió al coche que yo conducía justo en el momento en que llegaron Ekland y el Gordo Valoni, los dos sicarios de la Triple A, ¿recuerda? Ella no era el blanco, era usted. Como de costumbre, se había metido demasiado profundo donde no debía. Venían con la orden de matarlo costara lo que costase, pero no se dieron cuenta de que no era usted quien estaba al frente del volante, sino yo. Al llegar a la General Paz me encontré con un embotellamiento. El chofer del coche que venía detrás de nosotros se impaciento y giró en U dejando al descubierto a los asesinos. Los vi por el retrovisor, fiché su catadura y noté que Valoni sacaba algo de debajo del asiento y comenzaba a bajarse del coche. Todo esto sucedió en menos tiempo del que se lo cuento, el peligro me sacudió como una corriente eléctrica. Un hueco se abrió en el tránsito. Le ordené a Marisa que se ajustara el cinturón y pisé el acelerador sin tiempo para colocármelo yo mismo. Me zambullí por la salida de Hurlingham. Diga la verdad, Lascano, la federal nunca tuvo un hombre con mi pericia para conducir a alta velocidad por el endemoniado tránsito de Buenos Aires. Aquella noche se fue a la mierda mi sueño de convertirme en un corredor de Fórmula Uno. Serpenteando a cien por hora, esquivé con limpieza peatones, ciclistas, coches y motonetas; hice giros arriesgadísimos y certeros, mientras controlaba por el retrovisor a los asesinos. Sabía que comenzarían a dispararnos en cuanto nos tuvieran a tiro. No necesitaron hacerlo, en la esquina de España con San Pedro, como un relámpago, apareció un D-400 de dos toneladas. El camión se incrustó contra mi puerta y me reventó. Lo que sigue me lo contó doña Elsa, una vecina que murió el mes pasado. Ekland tuvo que clavar los frenos para evitar el choque. Valoni descendió del coche, Itaka en mano, para cerciorarse de haber cumplido con su misión. Marisa agonizaba inconsciente, colgada del cinturón, yo estaba caído sobre el volante. Ekland bajó, corrió hasta mí, me alzó la cabeza tomándome por el pelo. Su inmunda jeta fue lo último que vi. Aquella vecina, oculta tras una persiana, oyó al Gordo preguntar: ¿Y este quién es? Es Siddi, el asistente de Lascano. ¡La reputa madre que lo parió! El camionero dejó la cabina y se dirigió a ellos. Valoni levantó la escopeta y le apuntó a la cabeza. ¡Desaparecé! Entre las rendijas, la vecina los vio huir de esa esquina del barrio de Remedios de Escalada que ya no pudo

recobrar la tranquilidad y a mí se me hizo la noche.

Lascano abre los ojos, el fantasma de Tuerca ya no está allí. Tras la ventana, el cielo comienza a clarear. A lo lejos, tenuemente, alguien escucha *Un perro salado*.

¿Mejor? —la voz de Capitán saca a Lascano de su ensimismamiento—. *¿Qué pasó? ¿No lo recuerda, verdad? Solo un puño que me dio en el morro. Ja, ja, ja, le tocó el culo a Patricia, la mujer de mi primo. ¿Por qué hice eso? No tengo idea, Tino, su marido, es pilar del Atalaya y tiene malas pulgas. Comprensible. Bueno, ¿cómo se siente? Como si me hubiera atropellado un tren. ¿Alguna novedad? Hablé con el Turco Julián. Podemos descartar a Conte. Cuénteme.* —Capitán le hace un breve resumen de lo conversado—. *Habría que denunciar los fondos mal habidos de Bisordi* —opina Lascano—. *Ya lo hice, le pasé todos los datos a Loreda, el jefe de delitos económicos. Muy bien. Pero, vea, tengo una noticia que me parece que lo va a alegrar. Dígame. Encontré a Fuseli. ¡No me diga! Costó, pero lo ubiqué. ¿Cómo está? Anda en silla de ruedas, la artrosis le comió las rodillas, pero sigue lúcido. ¿Dónde está? En la residencia Eva Perón. ¿Qué es? Un geriátrico oficial para ancianos sin recursos, lo hizo construir Evita hace más de setenta años. Imagínese, un edificio para viejos y pobres, se le hizo un mantenimiento menos que lo imprescindible.*

Lascano se pregunta cómo habrá sido que Fuseli fue a parar allí. Recursos tenía. No se imagina a un alma sensible como la suya sometida a las privaciones y la desatención del Estado.

¿Para qué me mandó a buscar a Fuseli? Se rio cuando le dije el argumento con el que usted me mandó. No tiene nada que aportar. Bueno, en toda investigación se siguen pistas inconducentes, ¿no es así? Le diré lo que creo. Diga. Me parece que usted lo que quería era saber de él y me usó para conseguirlo. Le hago una pregunta. Haga. Si le hubiera pedido que buscara a Fuseli, ¿lo habría hecho? No lo sé. Pues yo tampoco, por eso la artimaña. ¿Por qué es tan importante Fuseli? Es el último amigo que me queda. No lo creo. ¿Cómo que no? No es el último. ¿Qué me quiere decir? Nada, olvídelo, ¿qué tenemos? Esta noche voy a interrogar a Conte. Muy bien. Tengo una duda, Lascano. ¿Cuál? ¿Recuerda que regamos las plantas y el césped del departamento de Bisordi? Sí. ¿Cerré la canilla antes de irnos? No tengo idea. Ok, no se preocupe, tendré que volver a cerciorarme.

Capitán deja una tarjeta sobre la mesa. *Acá es donde está Fuseli, llámelo, le va a dar gusto escucharlo* —dice y se va. Lascano tiene una idea mejor. Se levanta, va hasta el despacho de Paddington y llama a la puerta. Desde adentro le llegan susurros y sonido de movimientos apresurados—. *¿Quién es?* —pregunta el director—. *Lascano. Un momento.* —La puerta se abre y sale Sofía, la recepcionista, un tanto revuelta y apurada se escabulle rehuyendo la mirada. Lascano entra, Paddington lo recibe con una de sus falsas sonrisas, el rostro enrojecido—. *¿En qué puedo servirle? Necesito una habitación para alojar a un amigo. No nos quedan. ¿Y la de Bisordi? Todavía no la libera el juez. ¿Y en cuanto la liberen? Bueno, tenemos una lista de espera..., veré qué puedo hacer.*

Por la noche, antes de bajar a cenar, llama a Capitán, suena dos veces. *¿Qué dice, Lascano? Necesito pedirle algo. Usted dirá. ¿Podrá gestionar que el juez levante cuanto antes la interdicción sobre el cuarto de Bisordi en la residencia? Hablaré con el secretario, ya fue peritado, no creo que haya problemas. Muchas gracias. Olvidé preguntarle si ya había hablado con Conte. Pensaba hacerlo esta noche. Tengo un dato que le puede servir. A ver. Su residencia se paga con los fondos de una cuenta de ahorro mutual de la Sociedad Militar Seguro de Vida. Ahá. ¿A que no adivina quién es el titular de esa cuenta? Me doy por vencido. Sebastián Bisordi. ¿Cómo lo averiguó? Volví a su casa porque no recordaba si había cerrado el agua. Sí, recuerdo que me lo preguntó. Me encontré al portero, quien me entregó una carta para él. Era el estado de su cuenta. Quiere decir que La Alborada pagaba la cuenta de Bisordi. Sí. Y Bisordi pagaba la cuenta de Conte. Así es. Complicado, ¿verdad? La gente como ellos tiene la costumbre de enmarañarlo todo. ¿Para qué? Un tipo con la cabeza torcida hace todo torcido. Buen trabajo de todos modos. Gracias.* —Lascano se queda ensimismado un instante—. *Dígame, Capitán. ¿Qué? ¿La había cerrado? ¿De qué habla? De la canilla del riego. Ah, sí. Pero no lo recordaba. Así es. Tal vez esté pasando demasiado tiempo conmigo, ¿no se estará contagiando? Puede ser. Otra cosa. Dígame. ¿Tiene algo de Paddington? Lo tengo todo, profesional, privado, hasta su historia clínica. ¿Cuándo lo podré ver? Mañana no iré por allí, pero puedo enviárselo, si quiere. Por favor, hágalo. De acuerdo. Gracias.*

Lascano llega al comedor cuando todos ya van por el postre. Cena solamente una naranja, el cordero patagónico del mediodía le sació el hambre para toda la jornada. Paddington aparece y les habla a los huéspedes a voz en cuello. *Buenas noches y buen provecho. Quiero comentarles que después de la cena pasaremos en la sala de la TV una extraordinaria película de Jim Jarmusch titulada* Paterson. *Una serena observación de los triunfos y derrotas de la vida cotidiana junto con la poesía que se expresa en los más pequeños detalles. Una verdadera joya.*

Tras semejante anuncio, Conte es uno de los cuatro valientes que se apoltronan en los sillones frente a la pantalla gigante. Lascano se une a ellos menos interesado por el film que por encontrar el momento para volver a interrogar a Conte. Comienza la película. Dicen los estudiosos de la cinematografía que el público decide en los primeros diez minutos si lo que está viendo le interesa o no, le gusta o no. En esta película, los tres primeros minutos le alcanzan a Lascano para llegar a la conclusión de que habría que fusilar al director. El protagonista, a un ritmo exasperante por lo lento, conduce un bus, pasea su perro, está la mayor parte del tiempo solo sumergido en sus propios pensamientos, escribe poesía y no pasa absolutamente nada. Antes de transcurridos los famosos diez minutos, ya dos de los espectadores han abandonado la sala, el tercero ronca despatarrado en un rincón y los únicos que permanecen despiertos son Conte y Lascano, sentado detrás de él. Decide pasar al ataque. Toma una silla y la coloca frente a su presa.

Tenemos que hablar. No sea impertinente, ¿no ve que estoy viendo una película? La película es una mierda. ¿Quién le pidió opinión? Nadie, pero se la doy igual. —Conte se levanta lentamente—. *No tengo nada de qué hablar con usted. Sociedad Militar Seguro de Vida.* —Conte se sienta—. *¿Qué hay con eso? ¿Por qué Bisordi pagaba su residencia? Eso a usted no le importa. Si no me importara no se lo estaría preguntando, ¿de dónde salió ese dinero?* —La sola mención hace palidecer a Conte—. *No lo sé. Sí lo sabe. ¿A quién se lo robaron? No lo robamos a nadie* —contesta tratando de controlar el temblor de sus manos—. *Mientras usted y yo conversamos, ¿sabe con quién estuvo conversando el inspector Capitán?* —Conte lo mira con ojos de conejo—. *Se lo cuento, con el Turco Julián,*

ese bocón. Ya sabemos de los robos a los desgraciados que hicieron desaparecer. Yo no robé nada. ¿Ah, no..., y qué me cuenta de Transportes La Fortuna? No sé nada. ¿Y de la muerte de la Rusita tampoco sabe nada? Está metido hasta el cuello en esto, Conte. Usted mató a Bisordi para vengarse. ¡No! Si no lo mató, en realidad no importa, tenemos todo para acusarlo. ¡Déjeme en paz! Los mierdas como usted nunca tendrán paz. Conte se pone de pie temblando, da tres pasos, los ojos se le ponen en blanco, comienza a levantar un brazo, tiene un espasmo, bruscamente pierde el conocimiento y se desploma. Lascano se incorpora y le toma el pulso en el cuello. No respira. El color de su piel pierde el tono rosado y va tornándose en un azul violáceo. No necesita otro dato para saber lo que pasó: muerte súbita. Mira al otro espectador, continúa durmiendo. Sale cerciorándose de que nadie lo ve y se va sigilosamente a su habitación, preguntándose si lo mató el interrogatorio o el aburrimiento de la película.

Se queda unos minutos sentado en su cama viendo si siente algún tipo de culpa o remordimiento. La muerte de Conte solo le produce la más absoluta indiferencia. Lo que sí siente es la necesidad de hablarlo con alguien. Toma el teléfono y llama a Capitán. Después de cinco llamadas, decide colgar pensando que ya estará dormido. Se levanta, se desviste, se cepilla los dientes y se lava las manos. Nunca en toda su vida se fue a dormir sin lavarse las manos. Si alguna vez se le olvidó, se levantó y lo hizo. Se acuesta y apaga la luz. Suena el teléfono. Es Capitán.

Disculpe, Lascano, pero no pude atenderlo antes. ¿Algo urgente? No. Conte murió. ¿Qué pasó? Lo estaba interrogando y de repente se derrumbó. ¿No lo estaría torturando? Yo no, fue Jim Jarmusch. ¿Quién es? No me haga caso, estaba bromeando, le reventó el corazón. No se haga el gracioso, el asunto es grave, ¿hubo testigos? Nadie. ¿Qué piensa hacer? Nada, irme a dormir. ¿Y con el muerto? Estoy seguro de que no se moverá de allí. Al amanecer lo encontrarán frente al televisor. Usted es una caja de sorpresas, Lascano. No soy yo, es la vida, que nunca deja de sorprendernos. No haga nada con Conte, van a pensar que fue muerte natural. No pensaba hacerlo, el mundo está mejor sin gente como él. Verdad. Ah, antes de que me olvide, ya pedí al juzgado que liberen la habitación que ocupaba Bisordi. Mañana se lo comunican a Paddington. Perfecto, gracias. Felices sueños.

Pocos minutos después oye algunos ruidos, algunos crujidos. *Esta noche no quiero saber nada con ninguno de ustedes, déjenme en paz* —le dice al aire, a sus fantasmas, a la nada.

Los huéspedes del Hogar duermen aún cuando Paddington llega, intercambia saludos con Amalia, quien, cargando sus utensilios y productos de limpieza, entra a la sala de la TV. Un huésped, completamente meado, ronca a pata suelta. A Amalia le parece que Conte, inmóvil y dándole la espalda, también duerme. Sacude al primero para despertarlo, hace que se ponga de pie y lo lleva del brazo hasta la enfermería, donde Pérez juega al Candy Crush con su telefonito. *Pérez, por favor, acompañá al señor hasta su habitación.* —Con cara de disgusto asiente con la cabeza, apaga el celular, se pone de pie y lo toma por el brazo—. *Me parece que va a necesitar un baño y un cambio de ropa. Cuando termines, vení a la salita, hay otro que también se quedó frito mirando la tele.*

Entra, se acerca a Conte para despertarlo. Recién entonces advierte que tiene los ojos abiertos. Recula de un salto, se lleva la mano a la boca, corre hasta la recepción, toma el teléfono y marca tres números... *Señor Paddington, necesito que venga urgente a la salita de la tele...*

Antes de que comiencen las actividades y los huéspedes bajen a desayunar, Pérez y Medina, a las órdenes de Paddington, llevan el cadáver a su habitación, mientras él busca en el registro los datos de Conte y llama a su sobrino, la única referencia familiar que figura en la ficha de admisión.

Buenos días, ¿hablo con el señor Jorge Conte? Soy yo, pero le prevengo que no compro nada por teléfono. Esta no es una llamada comercial. ¿Quién habla? Soy Peter Paddington, director del Hogar. ¿Y eso qué es? Una residencia para la tercera edad. Le repito que no compro nada por teléfono. Y yo que no pretendo venderle nada. ¿Para qué me llama? Su tío, el señor Gerardo Conte, estaba alojado acá. ¿Y? Falleció anoche. ¿Se murió por fin ese hijo de puta?, me alegra. Pensé que debía saberlo. Pues ya lo sé. ¿Qué quiere que hagamos con su cuerpo? No sé... ¿tirarlo a la basura? —Paddington se queda cortado—. *Haga lo que quiera* —continúa el sobrino—, *me importa una mierda* —concluye y corta. Dedica el resto de la mañana a poner en marcha el procedimiento administrativo y comunicar a la aseguradora el deceso para que se hagan cargo del muerto. Suelta un resoplido en el momento que se abre la puerta de su despacho y entra Lascano sin anunciarse. *¡Buenos días!* Saluda con toda jovialidad. Sorprendido, Paddington no atina a contestarle cuando Lascano ya se ha sentado frente a él, tomado el abrecartas que es una diminuta espada Recuerdo de Toledo que usa para abrir el sobre de papel Kraft que trae: *Buen día, Lascano... ¿Qué le pasó en la nariz? Un accidente sin importancia. Vaya a la enfermería a que se lo miren. Lo haré. ¿Quería verme? Para eso estoy aquí. ¿Qué se le ofrece? Un segundo, por favor* —dice mientras saca una carpeta del sobre, la abre y lee brevemente la primera página. Paddington, intrigado, intenta ver la hoja sin conseguirlo—. *¿Y bien? Disculpe, me enteré de que el juzgado levantó la interdicción de la pieza que ocupara el señor Bisordi, Dios lo tenga en la gloria y no lo deje volver.* —Paddington se pone en guardia, esa actitud no anuncia nada bueno—. *Qué rápido corren las noticias, no hace ni media hora que me llamaron para decírmelo. Estamos en la era de la comunicación, Paddington, las noticias vuelan. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Recuerda que le pregunté sobre la posibilidad de que un amigo mío se alojara en esa habitación? Sí, y también que hay lista de espera. Y yo le pedí que se la salte. No puedo*

hacer eso. Yo creo que puede, pero no quiere. La tengo comprometida. Quien está comprometido es usted. ¿Qué me quiere decir? Tengo entendido que Regina Farías, su mujer, es la propietaria del Hogar. Así es, ¿y eso qué tiene que ver? Mejor sería pensar en algo que ella no tendría que ver. No entiendo. Su affaire *con Sofía, la chica de recepción.* —Paddington abre la boca para decir algo, pero de su boca no sale sonido alguno—. *Sabía que llegaríamos a un acuerdo* —dice Lascano sonriendo y poniéndose de pie, mientras coloca una tarjeta sobre la mesa frente al director—. *Se llama Antonio Fuseli y está alojado aquí, le ruego haga todos los arreglos necesarios para que lo trasladen cuanto antes y me pasa la cuenta. Muchas gracias* —saluda ya encaminándose a la salida. Paddington aún no puede cerrar la boca, un solo pensamiento se forma en su cerebro—: *¡Qué hijo de una gran puta!*

Bajando las escaleras, a Lascano lo asalta una idea: *Debo extremar precauciones, no sea que Paddington termine siendo el asesino.* —Pasa por la recepción—. *Buen día, Sofía. Buen día, señor Lascano. Dígame, ¿tendrá por casualidad esos papelitos engomados? ¿Post-it? Sí, sírvase, tome los que quiera. Muchas gracias* —dice Lascano y se mete el bloc entero en el bolsillo. Va hasta su habitación, escribe, arranca la hoja, va hasta el baño y la pega en el espejo—. *Cerrar con llave antes de ir a dormir.* Toda una vida enfrentando a los peores malhechores le había hecho pensar que moriría en acción. Estuvo cerca varias veces, pero no sucedió. Detesta la idea de que algún cobardón de cuarta lo apuñale mientras duerme. Cree no merecer que su vida acabe en la cama. Pero ahora es pleno día, hace una mañana espléndida y está de inusual buen humor.

Pasea sonriendo alrededor de la casa, cuando pasa cerca de la entrada de servicio, la ve. De pronto el mundo desaparece, la percepción de Lascano se queda fijada únicamente en un objeto superlativo. Es azul como un rayo, una Raleigh Roadster de los cincuenta totalmente original, con su farolito a dínamo y su inflador de acero. El foco de su atención recorta y oscurece todo lo que no sea esa bicicleta. *¡La encontré!* —se dice alborozado—. *La había dejado dos minutos en la puerta de la verdulería donde mamá me mandó por tomates. Cuando salí, había desaparecido. Robada. Pensé que la había perdido para siempre, pero no, aquí está, esperándome*. Sin pensarlo dos veces aferra los manillares, coloca el pie derecho cruzado sobre el pedal y se alza poniéndola en movimiento. Ya en marcha, revolea la otra pierna por encima del asiento con impensada agilidad, como si hubiera vuelto a ser niño. Al tiempo que se acomoda en el sillín, su pie izquierdo cae sobre el otro pedal y redobla el impulso. La bici acelera haciendo cantar las piedritas del camino que conduce a la salida. Sosa, el vigilante que guarda la entrada a la residencia, levanta la vista del

periódico cuando lo oye acercándose. Ve venir a Lascano a toda velocidad, baja los pies del escritorio, se pone de pie y sale de la casilla alzando y agitando las manos. Tarde. Con un par de hábiles movimientos sincronizados de torso y manos, el Perro esquiva con facilidad al hombre y elude la barrera. Sosa corre dentro de la casilla y toma el teléfono.

La bicicleta desarrolla la velocidad justa para gozar del paisaje sin la morosidad del caminar o el vértigo del automóvil. El aire, refrescado por el movimiento, equilibra el calor del sol de mediodía. Libre y feliz, redobla el ritmo de pedaleo. Quiere llegar pronto al lago de los Cueros para reunirse con el Pato, el Gato y el Mono, que, junto con él, el Perro, componen la pandilla que el tío Jorge llama «el zoo». Allá va, sin estar demasiado seguro de ir por la ruta adecuada, pero con la idea de que, de todos modos, el destino lo encontrará a él. Ese lugar que llaman «lago» no es más que un charco infecto de aguas tornasoladas por los desechos químicos que vomita el desagüe de una curtiembre. De ellas, medio emergen pieles que la imaginación completa en cuerpos de animales salvajes. Cuando le preguntan por su profesión, el abuelo del Mono dice ser arqueólogo urbano. Jura que en su ambular de recolector Diógenes, vio allí restos de dinosaurios. *Si hoy tampoco logran dar con ellos, podrán ir al parque Saavedra a pescar mojarras con las que alimentar a los gatos del baldío de la calle Sesenta* —planea. Llega a un parque y se detiene. Tiene un momento de desorientación, no es por acá. No es esta su barriada del suburbio, es más bien un barrio de gente rica, de calles limpias, ordenadas y desiertas por las que solo circulan algunos coches conducidos por choferes sombríos que lo miran con maligna curiosidad. Está perdido. Tiene un momento de temor que apacigua el recuerdo de un consejo que le diera su padre, dada su tendencia infantil a perderse de vista.

Si alguna vez te perdés, dejá de andar. Buscá un lugar seguro y visible y esperá. No temas, yo te encontraré y te traeré de vuelta a casa.

La agilidad juvenil lo abandona, baja con torpeza, pierde el equilibrio, suelta el manillar, la bici cae aparatosamente sobre unas piedras, pero él consigue mantener la vertical. Se queda mirándola como esperando que se levante sola. Se sienta en el césped, mira las casas ciegas, todas sus ventanas cerradas. La brisa hace jugar en su cara las sombras de las ramas de los paraísos. Lejos, el sonido de una sirena. Una hora y media más tarde, comienza a asomar el Buick negro de su padre, colina arriba por la calle. Se pone de pie de un salto y le hace señas con la mano. A medida que el coche se acerca va transformándose. De negro a gris, de coche a furgoneta, ya no es su padre quien lo conduce,

sino Pérez, el enfermero, con Paddington de acompañante. Se detienen y bajan. *Lascano, ¿qué hace?* —Los mira como si estuvieran a cincuenta años luz, Pérez inspecciona su bicicleta—. *¿Dónde se fue mi papá? Tengo que llegar al lago de los Cueros. Los chicos me dijeron que vendrían.* Paddington lo toma por un brazo para conducirlo a la furgoneta. Pérez recoge la bicicleta y advierte el rayón que marca al guardabarros delantero, un raspón blanco en la pintura azul. Paddington ayuda a Lascano a subir al asiento trasero. Pérez levanta su preciada bici con una sola mano y la lleva hasta la parte trasera de la furgoneta. Con la mano libre abre el portón, la carga con toda delicadeza, cierra, se pone al volante y mira con rabia a Lascano por el retrovisor.

Dimos por sentado que un huésped de la residencia es el asesino de Bisordi, pero bien podría ser un miembro del servicio. Son más jóvenes y fuertes, pero ¿tendrá alguno de ellos motivo suficiente? Tengo que hablar de esto con Capitán —se dice el Perro.

De vuelta en la residencia regresa al jardín por el sendero de lajas medio oculto por un cerco de ligustro de metro y medio. Es la vía de servicio para el paso de mercaderías hacia los almacenes, de ida, y el tránsito de la basura, de vuelta. En medio está la ventana tras la cual Vincenzo, el chef, un mago que convierte músculos y vísceras de animales, carne de pez, *volailles*, hojas, raíces, tubérculos y frutos en exquisitas combinaciones gracias a su absoluto dominio del fuego y de los tiempos de cocción. Por esa vereda avanza Lascano embelesado por el aroma más apetitoso del mundo, el de las cebollas y los ajos friéndose en aceite de oliva virgen extra. Se acoda en la ventana y se queda observando, sin que él se percate, la maestría con que combina ingredientes, desmiembra aves, sazona carnes y prepara menjunjes.

Buon giorno*, Vincenzo. Ah, el Perro en persona* —contesta con su leve acento milanés—. *Algún día voy a enseñarte a pronunciar la erre. No pierdas el tiempo. Decime, Tano, ¿cómo es que un hijo de Sicilia tiene acento de* signorino milanese*? La* mia mamma *era toscana* —miente—. *¿Con qué nos vas a agasajar hoy?* Ravioli genovese *con estofado de ternera. Maravilloso. Debemos retomar la lectura de tu paisano el fascista. No era fascista, ya te lo expliqué, pero sí, debemos retomarla.*

17

Por algún motivo, el asesinato de Bisordi interrumpió los encuentros donde Vincenzo le leía *La piel* en idioma original a Lascano y le aclaraba palabras, frases, giros. La voz aterciopelada del chef era la explicación perfecta de que llamen al italiano *la dolce lingua.* Como cada día, tanto en el almuerzo como en la cena, a los postres, Vincenzo pide a los huéspedes sus impresiones sobre lo que acaban de comer. Ocasión que Lascano aprovecha para proponerle retomar la lectura de la novela. El chef dejó la merienda a cargo de Corina y, a las cinco de la tarde, hora convenida para el encuentro, atraviesa el jardín. Lascano lo sigue con la mirada y nota que no trae el libro. Se sienta frente a él y se disculpa. *Perdone, hoy no vamos a leer, no dormí en toda la noche a causa de un sueño con mi padre...* —dice mirando al piso y meneando la cabeza—*, ese sueño, además de desvelarme, le abrió la puerta a una cantidad de recuerdos muy dolorosos..., no estoy de ánimo para Malaparte.* —Lascano percibe un ruego en sus ojos, como si estuviera pidiéndole que le quite una carga inaguantable que lleva—. *¿Quiere compartirlos conmigo?* —El rostro del chef se ilumina, como el de un preso a quien acaban de concederle la libertad—. *¿Le parece?, son cosas muy penosas* —pregunta sin esperar negativa alguna—. *Dicen que soy bueno escuchando* —contesta Lascano imitando inconscientemente la postura corporal de Vincenzo.

El sol comienza su lento declinar hacia el este, haciendo brillar como diminutas espadas las hojas de los eucaliptos. *De niño me llamaban Enzo, como a los otros chicos llamados Lorenzo, Renzo o Fiorenzo. Eran como hermanitos de la escuela. Ellos preferían jugar a la* ruzzola*, a mí me gustaba leer. Ya de muy jovencito adoraba aquellos libros que habían pertenecido a mi madre, de quien no tengo recuerdo alguno puesto que murió antes de yo cumplir los dos años... Lo siento* —dice Lascano con la sensación de que Vincenzo no lo escucha—. *Fue, seguramente, mi manera de sentirla cerca. Solía pensar que el Dante, Ungaretti, Petrarca o Boccaccio me traían de la mano a mi madre. Me habían impresionado especialmente las* Travesuras de la Muerte y de la Vida *y* Mi dicono che sei morta*, la carta que Pirandello le escribió a su mujer cuando le comunicaron que había fallecido. Una potente negación poética de la muerte de Lina, aquella mujer que padecía unos celos enfermizos, cuyos arranques el escritor toleró toda la vida con paciencia de santo. Por su diario, yo sabía que mi mama era un espíritu de fina*

sensibilidad, que tenía un temperamento artístico singular. La única explicación de que se hubiera casado con mi padre, un tipo rústico y semianalfabeto, fue que lo hizo por miedo. Él era un miembro destacado del mandamento *de Favara. Era poco saludable negarse a alguien de la* comissione *de la Cosa Nostra. Una vez le pregunté a mi padre de qué había muerto. De nada que a ti te importe, me contestó con una mirada brutal que hacía poco aconsejable abundar en el tema. Siempre sospeché que mi madre había muerto de tristeza. Todo alrededor de Efisio era amargo, temible, opresivo. Mi refugio fue la escuela. El camino a ella pasaba por la casa de la vía Atenea donde había vivido Pirandello, saludaba su busto como si fuera un amigo. Yo era un niño y siempre que mi padre no estuviera cerca, era feliz. Me había enamorado de Bianca, mi maestra. En los ratos libres la ayudaba con su huerto, donde la tierra más fértil de Sicilia producía los pimientos, berenjenas, hinojos y alcachofas más sabrosos que podían encontrarse. Los sábados, luego de laborar toda la mañana, Bianca me enseñaba a cocinar. Hacíamos* caponata*, picando y mezclando a conciencia las berenjenas, el apio, las cebollas y los tomates, a los que ella les daba un toque de piñones, cuando los conseguía. De aquella cocina simple salían exquisiteces como la pasta* alla Norma*,* involtini di melanzane *y cientos de platos más que preparábamos con cariño y comíamos en la pequeña terraza que dominaba la ciudad vieja de Agrigento. Cuando ella no me veía, yo me demoraba en la observación de la curvatura de su cintura, esa onda infinita que describía su cabello cayendo sobre sus hombros y acariciando su seno, en su sonrisa cuando la miraba cocinar a mi lado. Pero todo aquello terminó cuando mi padre se convirtió en mi patrón. Como el dinero escaseaba, me obligó a emplearme en la cosecha de olivas o de uva, donde debía trabajar cubriéndome boca y nariz para disminuir el agravio de los pesticidas. Cuando no era tiempo de recolección, me agotaba en las peligrosas tareas de la construcción o de las minas. Nunca olvidé el día que comenzó mi paso por el infierno del trabajo infantil. Me disponía a partir para la escuela cuando Efisio, mi padre, me detuvo: Hoy no irás, me ordenó. ¿Por qué, papá? Prometí a Cesare que ayudarías a cosechar las almendras. Pero, papá... No discutas, ¡harás lo que yo diga! ¡No, iré a la escuela! En un arranque de furia, me cruzó la cara con una bofetada, me arrancó los cuadernos y los libros de la mano y los destrozó. Me quedé contemplando los cadáveres destripados de mis amigos de papel y ya no me permitió volver a la escuela. El odio y la impotencia me sostuvieron en las extenuantes tareas durante los siguientes cuatro años. Los «padrones» del campo o de las minas no hacían caso de las leyes del Gobierno que intentaban poner coto al empleo de niños en tareas gravosas aún para los adultos. En las terribles horas bajo el sol o en las oscuras galerías heladas de las minas, solo pensaba en escapar de allí y regresar a Bianca y sus delicias. Me volví un muchacho taciturno y huraño que soñaba con asesinar a su padre. La liberación me llegó por vía de otra*

forma de esclavitud: el servicio militar. Al llegar al cuartel, Fiorenzo, el teniente, me preguntó qué sabía hacer. ¡Cocinar!, respondí sin dudarlo. Me destinaron a la cocina, donde pronto desplacé al chef gracias a mis platos y, como premio, se me permitió asistir a las clases de judo, que eran exclusivas para los oficiales. Cierta noche, Fiorenzo me pidió que fuera a cocinar a su casa, quería agasajar a unos parientes de Argentina que estaban de visita. No me hagas quedar mal, me recomendó. La cena comenzó con unas alcachofas rellenas de miga de pan, ajo y hierbas, fritas en el más puro aceite de oliva. Continuó con pasta con le sarde: bucatini *salseado con una mezcla triturada de sardinas frescas, filetes de anchoa salados e hinojo silvestre, con el agregado de piñones, pasas y azafrán al momento de servirla. El teniente, su esposa y los argentinos deliraban de placer a cada bocado. La pariente del teniente quiso saber quién era el autor de esas delicias. Me invitaron a sentarme a la mesa, a beber vino y gustar el postre con ellos, un refrescante granizado de almendras. Regina me amó desde el primer mordisco; Paddington, su marido, me detestó con igual intensidad, pero no se atrevió a expresarlo.*

Nueve meses después, me llegó la baja. La perspectiva de regresar a Agrigento, a mi padre, me ensombreció, pero la posibilidad de reencontrarme con Bianca fue más fuerte. Fiorenzo me había tomado cariño. Le habría gustado que me quedara, pero el ejército no tenía un lugar para «un chef de su calibre». Me llamó a su despacho para despedirse y me entregó una buena cantidad de liras de su propio bolsillo y una carta que su prima argentina le había enviado. La leí cien veces en el bus que me llevó de regreso a Agrigento. Además de alabar mi inolvidable cocina, me invitaba a ir a Argentina, donde tendría trabajo y vivienda asegurados. Luego de casi cinco horas de viaje me encontré solo en la terminal y decidí caminar con mi bolsa de soldado al hombro. Llegué a casa de Bianca cuando el sol se ponía tras los montes Sicanos. A la puerta acudió una nonna *toda vestida de negro. Me dirigió una mirada iracunda y respondió a mi saludo con una pregunta: Eres el hijo de Efisio, ¿verdad? Sí, respondí desconcertado.* Bianca è morta*, contestó y me cerró la puerta en las narices. Me sentó como si me hubiera golpeado un rayo. ¿Bianca estaba muerta? ¿Por qué esa mujer me había preguntado por mi padre? No tardaría en encontrar las respuestas. Caminé a paso veloz hasta la casa de Efisio. La encontré cerrada. Golpeé con todas mis fuerzas, pero nadie contestó hasta que Giorgio, un vecino, apareció a su puerta. No llames más, Vincenzo, tu padre está en la cárcel, me dijo y, a continuación, me relató lo que había sucedido. De regreso de una fiesta en Racalmuto, bebido como una cuba, había ido a requerirle de amores a Bianca. Como ella se negara, pretendió forzarla, ella le cruzó la cara con dos arañazos. La vista de la sangre lo enfureció y, sin pensarlo, ese hombre ignorante y brutal la liquidó con un escopetazo de su Lupara.* Mia o di nessuno, *dijo*

que había dicho. La desolación me cayó como una lápida. Ya no quise saber nada con esa tierra violenta, ni volver a ver a mi padre. Estaba seguro de que, si yo hubiera estado con Bianca, podría haberla protegido. De la puerta de mi casa, regresé llorando al cuartel que había dejado pocas horas antes. Varias horas después le pedí a Fiorenzo que me deje dormir en las barracas unos días. Le escribí a Regina aceptando su oferta, agregando que no tenía dinero para el pasaje. Diez días más tarde, el teniente me llevó hasta el aeropuerto para tomar el vuelo que me llevaría a Fiumicino, donde combinaría a Buenos Aires. Solo quería dejar todo atrás. ¿Sabés qué fue de tu padre? No volví a saber nada de él, aunque confieso que cada día me despierto con la esperanza de recibir la alegre noticia de que murió.

Cuando Vincenzo termina su relato la noche ya le está ganando la batalla al día. El cocinero promete que pronto retomarán la lectura y se vuelve a la residencia.

Qué liviano va después de su confesión —piensa Lascano sonriendo—. *La vida de este tipo parece una película de los Taviani, pero en verdad prefiero la novela de Malaparte, trágica pero con humor. Y Vincenzo, al menos con estas memorias, no lo tiene.* Ese pensamiento le recuerda una cita: «El sentido común y el sentido del humor son la misma cosa moviéndose a distinta velocidad». El sentido del humor es la inteligencia cuando baila. Se asombra de recordar cosas antiguas cuando su memoria le oculta lo que desayunó esa misma mañana.

Apenas atraviesa la barrera, Capitán ve a Lascano que anda como medio perdido por la zona del *parking*. Se aproxima con su coche y baja la ventanilla.

Buen día, comisario. ¿Está de ánimo para un paseo? Podría ser, ¿adónde? Ya veremos, suba.

Lascano se acomoda en el asiento del acompañante. Capitán hace un giro en U y se detiene junto a la casilla de la entrada.

Sosa, por favor, llame a Paddington e informe que sale conmigo a dar un paseo.

El guardia toma el teléfono. Lascano mira a Capitán muy serio y niega con la cabeza. Capitán responde con un gesto tranquilizador. Sosa, desde la casilla, les hace el gesto de pulgar arriba y levanta la barrera.

¿Se da cuenta de que si Paddington es el asesino me está poniendo en peligro? No se preocupe, abra la guantera, hay algo para usted.

Lascano lo hace. Adentro hay una 38.

¿Se volvió loco? Para que se defienda llegado el caso. ¿A quién se le ocurre confiarle un arma a un tipo que no está bien de la cabeza? La policía lo hace todo el tiempo. ¿Quiere usarme de carnada? Si Paddington intenta algo contra usted, caso resuelto. ¿Sabe cuánto hace que no disparo un arma? Es como andar en bicicleta, con un poco de práctica le tomará el ritmo de nuevo. En cuanto lo haga, no dudo en quién sería el vencedor. Vamos, pibe, en un enfrentamiento hay un millón de cosas que pueden salir mal. Es cierto, pero le tengo confianza. Igual ya está hecho, Paddington sabe que andamos tras sus pasos, no creo que sea tan estúpido para atentar contra usted. Nunca subestime a un estúpido, ya se lo dije. Por eso mismo la pistola. Ya llegamos, agarre el fierro y vamos.

Minutos más tarde, en la galería de tiro rápido, hubo que vencer la resistencia de Lascano a colocarse unas gafas de seguridad y protectores de oídos. Frente a él las siluetas están ocultas. El operador

irá revelándolas y el tirador deberá decidir instantáneamente si disparar a la figura de un malhechor amenazante o de un inocente desarmado.

¿Cuántas? —pregunta el operador—. *Ocho* —contesta Lascano, que es la capacidad del cargador de la Glock que le dio Capitán, y se pone en posición de tiro, el arma paralela a la pierna derecha, el dedo índice paralelo al cañón, el dedo medio posado sobre el gatillo. Hace un movimiento con los pies para afirmarse—. *¡VA!* —grita el operador. Se revela la primera silueta, un malviviente, disparo a la cabeza. Segunda, estudiante, no hay disparo. Tercera, asesino, un tiro en el hombro, otro en la cabeza. Cuarta, terrorista, directo al corazón. Quinta, policía, nada. Sexta, criminal con granada, un disparo errado, otro en el estómago, otro en el pecho. Séptima, mafioso con ametralladora, entre ceja y ceja. Octava, pandillero con revólver, Lascano dispara en seco, ha agotado el cargador.

¿Vio, comisario? No lo hizo nada mal. No, pero en el último fallé. En una situación real, estaría muerto. Algo siempre puede salir mal —dice Lascano, y se mete la pistola en la cintura.

Regresa a él la antigua sensación de estar armado. Este artefacto sobrehumano multiplica la fuerza y el alcance del puño. Da potestad sobre la vida y la muerte de los demás, intensifica la sensación de omnipotencia. Una pistola conserva todo su poder intimidatorio, aunque esté descargada. Los humanos han desarrollado un reflejo condicionado, cuando aparece un arma de fuego, quien no huye se pone a cubierto o se tira cuerpo a tierra. Lascano recuerda que, luego de muchos años de portar un arma, cuando la dejó no pudo evitar sentirse como si estuviera desnudo. Como si se hubiese vuelto más vulnerable y más permeable a las balas. Lo más peligroso de estar armado es que da la sensación de ser inmune a los disparos y, en realidad, es cuando más probabilidades hay de recibir un tiro.

19

Capitán ya es una figura habitual en el Hogar, nadie le presta demasiada atención, pasar inadvertido es lo más difícil y lo que más complace tanto a un policía como a un criminal. Entra con su andar sosegado, saluda con la cabeza a Sofía y se encamina al comedor. Ya no queda nadie. Se acerca al ventanal para escudriñar el jardín, el día es desapacible, no se ve allí a ninguno de los huéspedes. Busca a Lascano en la biblioteca. Tampoco. Regresa a la recepción.

Sofía, ¿por casualidad sabe dónde está Lascano? ¿No me diga que desapareció otra vez? ¿Cómo dice? Sí, ayer agarró la bicicleta de Pérez y anduvo perdido toda la tarde.

Sofía toma el teléfono y llama.

Buen día, Sosa, ¿viste salir a Lascano? Bien, gracias —dice y corta—. *Por la puerta no salió. ¿Quiere que llame a su habitación? Por favor.*

Llama. Nadie contesta.

Allí viene el director, él tal vez lo sepa. Buen día, Paddington, ando en busca de Lascano. Hace un rato lo vi salir al jardín. Miré, pero no lo vi allí. ¿Lo mando a buscar? No, gracias, iré yo mismo. Ya que estamos, ¿pudo avanzar algo con el caso de Bisordi? Estamos investigando. Dígame, ¿tenía amigos acá? No, era un tipo con muy mala leche, lo más parecido a un amigo fue Molina, una que otra vez los vi conversando. No recuerdo a ningún Molina en los registros que me pasó. Claro, porque ese no se lo pasé. ¿Por qué no? Porque él no pudo ser el asesino, murió hace un mes. Entiendo. ¿Podrá pasarme el registro de todos modos? Hoy mismo se lo envío. Gracias.

Capitán sale al jardín, instintivamente mira hacia el lugar donde se encontró el cadáver de Bisordi. Percibe algún movimiento. Se encamina hacia allí. Pocos metros antes de llegar ve a Lascano arrodillado junto a la mata de cortaderas.

No se gaste, comisario, ya mandé revisar toda esta zona y no hallamos su navaja. Si pudiéramos encontrarla y compararla con las heridas del

fiambre, tendríamos al asesino... O sea, usted... O sea, yo, o un sospechoso menos.

Lascano se vuelve y comienza a ponerse de pie con visible dificultad. Capitán lo toma de un brazo y lo ayuda.

Las putas rodillas —protesta—, *un médico me dijo que un hombre tiene la edad de sus rodillas. No diga. Yo debo andar por los cien años. Parece que esas articulaciones centenarias no le impidieron robarse una bicicleta. No fue un robo. ¿Ah, no? No, fue un hurto de uso. Entonces, lo vamos a condenar a hacer trabajos para la comunidad. Ya los estoy haciendo, ¿acaso no estoy colaborando con su investigación? Es verdad. ¿Quién le dijo lo de la bici? Sofía. Hubiera jurado que fue Paddington, tiene pinta de delator. Eso debería facilitarnos la tarea.*

Como si fuese un lobo olfateando el olor de su presa, Lascano levanta la cabeza hacia la calle que corre tras el alambrado perimetral. La furgoneta del Hogar, conducida por Pérez el enfermero, se dirige a la entrada de la residencia. Lascano se pone en marcha con energía. *Venga conmigo, Capitán.* —A un paso veloz, tanto que a Capitán le cuesta seguirlo, van hasta la entrada, llegan a la pequeña rotonda en el momento que Sosa alza la barrera, Pérez se detiene, baja y abre el portón para bajar al anciano en su silla de ruedas. Vuelto hacia Pérez, Fuseli bufa como una locomotora—: *¿Me va a decir adónde carajos me está llevando?* —Lascano sonríe. Su amigo ha envejecido, tiene la piel del rostro poblada por manchas negras y marrones, el poco pelo que le queda está completamente blanco y, como siempre, repeinado hacia atrás con gomina, su voz es la misma, pero cascada por los años, y está vestido pulcro e impecable. Más viejo, pero sigue siendo el Fuseli de toda la vida—. *Siempre el mismo cascarrabias.* —Al oír la voz, se da vuelta y se queda pasmado—. *¡Perro, hijo de una gran puta!* —exclama y, para sorpresa de todos, se pone de pie en un solo movimiento que ya no se repetirá. Lascano se acerca y los dos hombres se abrazan. Cuando se separan, Fuseli tiene lágrimas en los ojos—. *Vamos, no se me ponga sentimental, que no estamos en una novela* —recrimina Lascano ayudándolo a sentarse nuevamente—. *Yo me ocupo* —le dice a Pérez, asume el comando de la silla y entran a la residencia. El enfermero se vuelve y sube a la furgoneta, Capitán piensa que lo más oportuno es dejar a los amigos solos. Pero la intimidad no dura nada, Paddington aparece muy apresurado, se acerca a los hombres y saluda efusivamente a Fuseli. Querido doctor, tanto tiempo, en cuanto supe que era usted no pude dejar de venir a darle la bienvenida. Ah, ¿se conocen? —se sorprende Lascano—. Fuseli era íntimo amigo de Aram, mi suegro, y es el padrino de Regina, mi mujer —responde Paddington

y agrega—: Permítame que lo acompañe a su habitación. ¿Usted conoce el camino? —le pregunta Fuseli a Lascano. El Perro asiente. Visiblemente incómodo, Paddington se excusa y se va. Lascano empuja la silla hasta el ascensor. Una vez dentro pregunta a Fuseli. ¿Y eso? Nunca lo soporté, es un imbécil. Salen y caminan hasta la doscientos. *Esta es tu habitación* —anuncia el Perro abriendo la puerta —. *Decime una cosa, ¿quién va a pagar por todo esto?, porque lo que es yo... No te preocupes, está todo arreglado. Lo vas a solventar vos, ¿verdad? Sí. ¿Y de dónde sacaste la guita para estos lujos? Una herencia, pero es una larga historia que ya te contaré, tenemos mucho de que hablar. ¿Querés ver tus aposentos? Dale.*

Lascano empuja la silla a través del vano de la puerta, pero, apenas la cruzan, Fuseli aferra el aro de las ruedas y la frena. *Pará, Perro, pará. ¿Qué sucede? Acá hay una vibración de mierda. ¿Qué querés decir? ¿Quién vivió acá? Un huésped. ¿Lo conocías? Sé quién era. ¿Quién era? Para ser sincero, un hijo de puta. Lo sabía* —responde Fuseli y comienza a mover la silla hacia atrás hasta salir de la habitación—. *Yo acá no duermo. ¿Por qué? Porque está infectada por la mala onda de quien la habitó. Tal vez tendrías que tomarla vos, hasta los fantasmas temen venir acá. Necesitamos a alguien que venga a limpiarla. No te sabía supersticioso. Hay más cosas en el cielo y la tierra de las que sueña tu imaginación. Qué curioso* —dice el Perro—, *hace muy poco alguien me dijo lo mismo. Tal vez, Lascano, ya tengas edad suficiente para empezar a creer en algunas cosas. Sabés qué, Fuseli, me parece que hay alguien que puede ayudarnos* —le dice recordando repentinamente el ofrecimiento de Mónica de limpiar su habitación de los espíritus—, *vamos a mi cuarto*.

Apenas llegan, Lascano toma el teléfono, llama a Mónica y le pide que venga. Diez minutos más tarde, le abre la puerta. Entra envuelta en un caftán rojo sangre con ramas verdes y flores amarillas bordadas. Tiene el cabello tirante y atado en una cola y lleva sus enigmáticas gafas oscuras. Una mujer que siempre se siente como una reina. Se detiene en medio de la habitación, frente a Fuseli, y se levanta los anteojos para verlo mejor. *Tonito, ¿sos vos? Hola, Mónica* —responde con una sonrisa—. *¡No lo puedo creer! Veo que ya se conocen* —dice Lascano—. *Claro que nos conocemos* —responde Mónica acercándose a Fuseli y cubriéndolo de besos—. *En otra vida fuimos amantes. No conocí a nadie que supiera tanto de sexo tántrico como Antonio.* —El rostro de Fuseli adquiere un tinte rojo tomate furioso—. *Parece que es un día de reencuentros* —dice Lascano mirando la hora y agrega—: *Ya es hora de almorzar, ¿qué les parece si seguimos en el comedor? Buena idea. Me dijiste que había una habitación para limpiar. Sí, la doscientos dos,*

Antonio no la quiere ocupar porque dice que tiene malas vibraciones. Hagamos una cosa, bajen ustedes y yo voy a ver de qué se trata, luego me uno.

Mónica se encamina a la pieza embrujada, Lascano y Fuseli parten hacia el comedor. Le pide a Roque que agregue un servicio más. *¿Cómo fue que la conociste? Estuvo indagada por el homicidio de un delincuente con el que estaba relacionada. El Tata Moya. Sí, ¿cómo lo sabés? La estamos investigando. ¿Estamos? ¿No estás retirado? Ya te contaré, pero, por favor, continuá. Ok, yo me encargué de la autopsia, nos cruzamos cuando fui a declarar como perito y fue como un flechazo. Me invitó al Caribe, yo hacía tres años que no me tomaba vacaciones. Al cabo de un mes regresamos, aquello fue una fiesta permanente, en mi vida conocí a alguien más divertida que ella. Nos despedimos en el aeropuerto, cada uno tomó un taxi distinto a pesar de que íbamos para el mismo lado. Cuando la llamé al día siguiente, la mujer que me atendió me dijo que ella le había comprado la casa a Mónica y entendía que había salido de viaje. No la volví a ver hasta hoy.*

La conversación se interrumpe cuando llega Mónica demudada y se derrumba en la silla libre.

My God! —exclama llevándose teatralmente la mano a la frente como si fuese Sarah Bernhardt—. *¿Quién vivió en esa habitación, Savonarola? ¿Por qué lo dice? Tuviste razón, Tonito, en no querer quedarte allí. La única vez que vi un lugar con tanta mala onda fue en el norte de Brasil, pero era una casa que se había construido sobre un cementerio de esclavos. ¿Podrás limpiarla? Yo no, pero llamé a María, una médium que se especializa en limpieza. Vendrá a la caída del sol.*

La llegada de Amparito a la residencia es algo así como la entrada de la Séptima Flota al Mediterráneo. Un coche negro precede a la limusina en que se desplaza esta mujer. Solícito como un caniche faldero, Paddington sale a recibirla. El chofer se baja, corre a abrirle la puerta y le tiende la mano que ella no toma. El hombre está obligado a hacer el gesto para que ella demuestre que no necesita ninguna ayuda a pesar de su cojera. Fue producto de un desafortunado accidente por el cual un empresario teatral tuvo que desembolsar una pequeña pero nada despreciable fortuna. A la única persona que se digna saludar es a Fuseli, y lo hace con afecto, acariciándole la mejilla. Por lo demás, es indiferente a todos. En cuanto la mujer se va, Lascano le da a Fuseli una palmada en la espalda. Fuseli, sos más famoso que Frank Sinatra, te conoce todo el mundo. Cuando se ha vivido —responde con aire misterioso. Amparito no vuelve a aparecer en todo el día. La puerta del coche escolta se abre y descienden dos mujeres: Berna, la peluquera, de unos cincuenta años con el cabello teñido de violeta, e Ingrid, la *personal trainer* noruega que le corta el aliento a todos cuantos la ven cruzar la entrada como pidiendo disculpas por estar tan buena.

Paddington le asignó la habitación que había ocupado Conte y habilitó y acondicionó la sala de planchado para alojar a Ingrid y Berna.

A media tarde traen un piano de cola y lo emplazan en la sala, desplazando la TV a un costado. Poco después llega el afinador y se pone a hacer sonar notas dispersas mientras ajusta la tensión de las cuerdas, los martillos y los amortiguadores para regular tono y volumen de cada nota. El hombre parece no cansarse de hacer sus arreglos y correcciones. Han de pasar seis horas para que se dé por satisfecho. Guarda sus herramientas, se dirige a la recepción, donde le entrega la factura de sus servicios a Sofía, y sale con aires de marqués ofendido.

Cuando Lascano y Fuseli se dirigen al comedor por un café, se cruzan con un joven con pinta y andar de atleta olímpico. *Llegó el* service*, qué bueno, tendremos concierto* —comenta Fuseli—. *¿De qué hablas? Del muchacho que acaba de entrar.* ¿Service?*, más parece un deportista. Lo*

es, pero viene a hacerle un service *a Amparito. ¿Y eso? Vamos, Lascano, ¿no entendés? ¿Qué* service*? Sexo, muchacho, sexo. No digas. Claro, ella cree que si tiene sexo antes de cantar, lo hace mucho mejor, dice que la relaja y la voz surge más natural. ¿Decís que va a cantar? Trajeron el piano, vino el afinador y ahora el atleta. No hay duda. No me la voy a perder por nada en el mundo. ¿De dónde la conocés? Del Colón. ¿Cómo fue?* —Fuseli se acomoda en la silla preparándose para una de sus actividades preferidas: contar historias—. *Javier era un director de teatro a quien le pidieron que hiciera la* régie *de Nabucco. Resulta que, faltando dos semanas para el estreno, el delegado de los tramoyistas le pidió que terminaran la jornada a las dos de la tarde. El* régisseur *estaba nervioso por la proximidad del debut y los ensayos programados le parecían pocos. Sabe qué pasa, maestro, le dijo el delegado, hoy juega Argentina en el mundial. Javier se quedó de una pieza, no pensaba suspender el trabajo por un partido de fútbol. Aténgase a las consecuencias, le dijo el trabajador en tono amenazante. Al promediar la repetición, un farol se desprendió de la parrilla encima de donde estaba Javier. No le dio a él, pero sí a Edgardo Rayo, su asistente, que en ese momento cruzó corriendo la escena. Un tacho de esos pesa como siete kilos, imaginate que cae desde siete metros de altura. Muerte instantánea. Cuando llegué al escenario, Javier estaba sentado en la platea, contando a todo quien quisiera oírlo del incidente con el delegado y que la muerte de su asistente no fue accidental. Por más que lo investigamos, no fuimos capaces de probarlo. Allí conocí a Amparito, ella hacía de Abigail. Nos hicimos amigos, he conocido pocas personas en mi vida en quien la altivez y la gracia se combinen tan adecuadamente. La llaman «la reina de la ópera», pero para mí es la reina del humor. Dos cosas me llaman la atención, Fuseli. A saber. Una, ¿no es demasiado joven para ser ingresada en un geriátrico? Lo es, pero desde que cumplió los cincuenta, lo usa como refugio. Acá no la busca ningún periodista, nadie la molesta. Se queda unos días antes de salir de gira. Entiendo. ¿Cuál es la otra que te intriga? ¿Una cantante de ópera gana tanto como para alojarse acá? Tiene un buen pasar, nada más, pero su estancia en la residencia no le cuesta un centavo. Es íntima amiga de Regina, la mujer de Paddington, que es la verdadera dueña de este lugar. Lo único que le pide es que cante para los huéspedes.* —Lascano está estupefacto—. *No dejás de sorprenderme, Fuseli, llegaste hace dos días y ya sabés vida y obra de medio mundo. Es que inspiro confianza, la gente me cuenta cosas porque soy bueno escuchando.*

A los postres, Paddington agradece la generosidad de Amparito, que va a deleitar a los huéspedes con el aria *Oh mio babbino caro* de Puccini-Forzano.

En primera fila está Regina, severa como un inquisidor, y, junto a ella,

Paddington, sumiso y bien vestido, con actitud oficialista. Como buena diva, Amparito hace esperar a la audiencia más de media hora. Primero aparece el pianista, coloca la partitura en el atril y seguidamente lo hacen las asistentes. Berta la peluquera localiza un sillón libre y se apura a ocuparlo. Junto a Lascano hay una silla vacía, cuando la espectacular Ingrid se acerca, el Perro se pone de pie, la saluda con cortesía, le ofrece el sillón y toma asiento. *Pensé que ya no quedaban caballeros. Somos una raza en extinción. Si yo fuera gobierno* —dice Ingrid muy seria—*, haría una campaña de buenos modales, eso arreglaría muchas cosas. Estoy seguro* —contesta Lascano y remata con picardía—*, y si usted fuera candidata, yo la votaría.* —La mujer se sorprende—. *Seductor, además de caballero. No tema, soy un león herbívoro. Los hombres modestos son los peores.* En ese momento hace su aparición Amparito. Lleva un vestido blanco de seda y la cubre una capa color musgo de una tela fluida para que aporte movimiento extra a la actuación. La vestimenta enfatiza el dramatismo en escena y la complementan intrincados abalorios. El corte acentúa las curvas del cuerpo y el corsé soporta y da forma al busto. Lleva guantes negros hasta el codo y un poderoso anillo de oro con una piedra también negra. Lascano mira de reojo a Ingrid y piensa: *Quién tuviera veinte años menos.* Fuseli, como si le hubiera leído el pensamiento, le susurra al oído: *Así que león herbívoro, ¿eh?, Lascano, sos incorregible.* Amparito se ubica junto al piano y en un instante produce el milagro incomprensible de que un sonido tan conmovedor pueda surgir de un cuerpo humano.

> *O mio babbino caro*
> *Mi piace, è bello, bello*
> *Vo' andare in Porta Rossa*
> *A comperar l'anello!*

Lascano despertó con deseos de comer algo ligero y Fuseli estuvo de acuerdo. Vincenzo les preparó un panaché de verduras con dos lujos: bife de *shitake* con perejil y soja y espárragos blancos, difíciles de conseguir, blanqueados y aderezados con una mayonesa tocada levemente con ajo. Cuando Roque termina de servirlos y se mueve para escanciarles la copa de vino reglamentaria, en el campo visual del Perro aparece un huésped a quien no había visto antes. Se lo ve en buen estado, bastante atlético aunque ya ha cruzado generosamente los setenta.

Dígame, Roque, ¿cómo se llama el grandote del kimono? ¿No lo conoce? ¿Debería? Es un hombre muy famoso. ¿Ah, sí? Fue varios años campeón americano de kenjutsu. *¿Qué es eso? Una especie de esgrima de Japón. ¿No diga? Siempre me gustaron las artes marciales. Él no se acuerda de mí porque yo era un nene, pero vivíamos en la misma cuadra en la calle Bacacay. ¿Usted también lo practicaba? Nunca, nosotros éramos pobres, pero lo seguía como espectador. Bollito era extraordinario en el uso de la* katana. *¿Qué es? Un sable. ¿Por qué lo llaman Bollito? El padre fue un empresario inmobiliario muy importante. Nada se vendía, compraba o alquilaba en el barrio de Flores sin que él interviniera y sacara su tajada, lo llamaban el gran Bollo, García Bollo era su apellido. Gustavo comenzó a trabajar con él siendo muy joven, por eso lo llamaban Bollito, le quedó el sobrenombre para siempre. Ya veo. Pídale que le cuente sobre la cicatriz que tiene en la cara, se sorprenderá.*

Fuseli aparece arreglado y sonriente en su silla de ruedas eléctrica. ¿Nos hemos motorizado? Sí, gentileza de Regina, mi ahijada. *¿Qué tal pasaste la noche? Dormí como un bebé. Parece que la amiga de Mónica hizo un buen trabajo limpiando la habitación de malos espíritus. Me dijiste que estabas investigando algo. Resulta que hace unos días encontraron el cadáver del tipo que ocupaba tu habitación. Un tal Bisordi. ¿Sebastián Bisordi? El mismo. ¿El de la Triple A? ¿Sabés quién es? Todo el mundo lo sabe, usaba también otros nombres, ¿Cuáles? Tordo, Malevo, Valoni, algunos lo llamaban Bio. ¡Claro, era él!, no lo había reconocido. No me extraña, se sometió a una cirugía estética para cambiarse los rasgos, vivía obsesionado con que lo querían matar. Parece que no le faltaba razón, le rebanaron la garganta en el jardín. ¿Y vos qué tenés que ver? Vos sabés*

que en la policía hay dos clases de tipos, los que me odian porque les molestaba, la mayoría, y unos pocos que me admiran, no sé a cuál aguanto menos. Bueno, el que está a cargo de la investigación del caso Bisordi es uno de mis admiradores, un tal Capitán. Me pidió que lo ayude. Sin nada mejor que hacer, acepté. Bien hecho. Sabés qué es lo más gracioso. Decime. Uno de los sospechosos soy yo mismo. Pero me faltaba el motivo, creo haberlo encontrado. ¿Cuál sería? Hace unos días soñé con Tuerca, ¿te acordás de él? Sí, tu ayudante. Pues en mi sueño me contó cómo fue el accidente que lo mató a él y a Marisa. —Fuseli palidece—. *¿Qué te pasa? Nada, ¿qué te dijo? El choque fue provocado. Dos gorilas de la Triple A los persiguieron creyendo que yo conducía, uno de ellos era Valoni, o sea, Bisordi.* —Fuseli baja la cabeza, avergonzado—. *Es verdad, eso fue lo que pasó.* —Lascano no puede salir de su asombro—. *Nunca me lo dijiste. No. ¿Por qué? Conociéndote, me imaginé que te ibas a culpar de la muerte de Marisa. Esto lo aprendí de vos, Fuseli, la verdad es siempre el camino más corto. Lo sé. Ahora, cien años después, tendré que elaborar esta nueva información. Lo siento mucho, Lascano, pero igual creo que hice bien. No estoy seguro de qué hacer con esto. Me dijiste que estabas haciendo terapia, hablalo con… ¿cómo se llama? Alexander. Eso, con él. Fuseli, espero que Dios te perdone, porque yo no sé si podré. ¿Desde cuándo somos creyentes? Es una forma de hablar.* —A las pupilas de Fuseli las rodea una aureola desteñida, pero sus ojos no han perdido nada del brillo de picardía que los caracteriza—. *Si Dios existe, me perdonará, es su trabajo.* Terminan de comer en silencio, reconcentrados en este golpe de verdad que se ha revelado. Sin esperar el postre, Fuseli pretexta que está cansado, hace girar la silla, Lascano se levanta para ayudarlo. *Puedo solo* —dice secamente y se dirige al ascensor a la máxima velocidad que desarrolla su flamante silla.

Lascano no tiene deseos de pensar en el asunto, decide reservarlo para la próxima sesión con Alexander como le aconsejó Fuseli. Sobre todo, porque piensa que debería estar enojado con él por haberle ocultado la causa de la muerte de Marisa, pero no lo está. Más bien siente una extraña forma de alivio.

Sentado frente al ventanal recuerda el día que se encontró con Marisa en Las Violetas para entregarle un diario que necesitaba ser traducido. Cuando lo puso sobre la mesa, Marisa lo miró como pidiéndole permiso para tomarlo. Él le hizo un gesto invitándola. Deslizó su mano lentamente por la superficie de la tapa. Lascano contempló las uñas apenas largas y perfectamente barnizadas de rojo sangre. El mozo dejó los cafés y las aguas sobre la mesa y colocó el *ticket* en el vaso que contenía las servilletas de papel. Él se limitó a sonreír y aprovechó su

concentración para observarla. Sus ojos saltaban de letra a letra, de palabra a palabra y movía apenas los labios. Marisa levantó la vista y le dedicó un cuarto de sonrisa. Tomó su cartera, la abrió y sacó una tira de aspirinas. Extrajo una del envase, se la puso en la boca y se la tragó con un sorbo de agua, dejando en el borde del vaso la huella de sus labios. A la distancia, con tantas personas y tantos hechos sucedidos que le parece irreal que, siendo su recuerdo tan nítido, haya olvidado que la quiso tanto. *Serán los famosos trabajos de amor perdidos* —se dice.

Hola, soy Venancio Lascano.

El hombre se pone de pie y le estrecha la mano con fuerza exagerada. Si algo detesta el Perro son los que dan una mano de babosa y los que la estrujan como si quisieran exprimirla. A Bollito le cruza la cara una antigua cicatriz que arranca en la sien derecha y termina bajo los labios. El tajo le da un aire de rufián a un rostro de otra manera infantil.

Lascano, mucho gusto. Gustavo, encantado. —Bollito sonríe—. *¿Puedo invitarlo con un café? Estaba por pedirlo. Tome asiento.* —Roque aparece y pone el pocillo humeante frente a Lascano, quien lo toma y lo coloca frente a Bollito y le pide al camarero que traiga otro—. *Me dijeron que usted fue campeón de kakkutsu.* Kenjutsu —corrige Bollito—. *Una esgrima oriental. Así es. ¿De qué se trata? El* kenjutsu *es una disciplina física, espiritual y mental; para su práctica es necesario el equilibrio entre cuerpo y mente, más que fuerza física y vigor. La enseñanza más profunda del* kenjutsu *posee un aspecto físico-religioso bastante fuerte, bajo influencias principalmente del sintoísmo, confucionismo y del budismo zen. ¿Esa cicatriz se la hizo practicando ese deporte? No es un deporte, es un arte. Es verdad, disculpe. Si tiene un rato se lo cuento. No tengo nada mejor que hacer. Papá me envió a mostrarle la casa de la calle Avellaneda a unos clientes. Estaba justo frente a nuestras oficinas. Era la tercera vez que la visitaban, con toda seguridad le parecía poco probable que la compraran. No la cagués, me recomendó con ese tono que subestimaba mis condiciones. Luego de dos fracasos, yo estaba determinado a demostrarle que era capaz de cerrar la venta. Me dio la tarea solo para probar que él seguía siendo el mejor. Si hubiera estado tan seguro de la operación habría ido él mismo. El triunfo tiene muchos padres, pero el fracaso es huérfano. En su empresa, mi viejo se atribuía todos los éxitos. Los clientes llegaron en un Torino 380 gris plata que era un sueño. Dinero tienen, pensé. Detrás de ellos se estacionó un Fairlane al que no presté atención, tan embelesado estaba con el «Toro». Bajaron portando esos maletines de ejecutivo que estaban de moda. Los saludé halagando la máquina que conducían, pero ellos no respondieron, parecían nerviosos y apurados por entrar. Abrí y los invité a pasar. Con firmeza me indicaron que pasara yo primero. Lo hice y subí la escalera, ellos detrás de mí. Al llegar a la sala del primer piso, fui*

directo al ventanal que daba a la calle y abrí. Un torrente de luz inundó el recinto. Al volverme me encontré con dos cañones apuntando a mi cabeza. Uno de ellos le dijo al otro: Bio, atalo. El hombre abrió su maletín y sacó una cuerda con la que me amarró a una columna de hierro que estaba en medio de la estancia y me amordazó. Luego se fue escaleras abajo. El que se quedó salió al balcón para vigilar la entrada al edificio en cuyos bajos teníamos la inmobiliaria. Enseguida regresó el tal Bio con los cuatro del Fairlane. Llevaba unas cajas Anvil como las que usaban los músicos para transportar sus instrumentos, pero no contenían guitarras eléctricas, sino ametralladoras y pistolas.

A una señal del que mandaba, Bio montó una ametralladora de pie en el balcón. Otro de los hombres arrancó dos balustres que obstaculizaban el tiro. Desde el lugar donde me colocaron, yo tenía una visión panorámica. Estaba muerto de miedo, esos hombres actuaban a cara descubierta. Me di cuenta de que iban a atentar contra alguien y de que, luego de hacerlo, matarían al testigo, yo. ¿Cuánto falta, Gordo? Poco, contestó, ponete en posición. Bio desplegó una manta en el piso, se acostó y empuñó las asas de la ametralladora. Gordo y los otros tres se ubicaron a ambos costados con sus armas listas. Ya sale, anunció. En la vereda de enfrente habían estacionado dos coches de los que descendieron varios guardaespaldas y formaron un pasillo hasta la puerta del edificio 2953. Un hombre pequeño, nervioso, delgado, cabezón y bigotudo emergió y comenzó a andar hacia el custodio que lo esperaba con la puerta del primer coche abierta. Era un tipo famoso, pero en ese momento no lo reconocí. Dio unos cinco pasos por la vereda y se sentó en el asiento trasero. El tipo que lo aguardaba cerró detrás de él y salió corriendo. El resto de la custodia hizo lo mismo. A la voz de Gordo, se desató el infierno. La ametralladora comenzó a escupir balas, los otros tiradores alzaron sus metralletas y sus pistolas y se pusieron a disparar. La humareda ocultó la escena de la calle, el olor a pólvora inundó la sala. El primer tiroteo no duró más de veinte segundos. Después me enteraría de que esa mañana se dispararon más de trescientos tiros. Los asesinos salieron del balcón. Los cuatro últimos se fueron en primer lugar. Bio se puso de pie, en la calle seguían los balazos. Ya dispuestos a huir, señalándome, Bio preguntó a su jefe: ¿Y con este qué hacemos? Gordo me miró un instante, dijo secamente: «Matalo» y se encaminó a la salida. Bio sacó su pistola, por instinto volví la cara un instante antes de que me disparara. Un golpe en la sien, como una trompada, ardor y luego, la oscuridad. Dándome por muerto, se fue, muy pocos sobreviven a un disparo en la cabeza. Tiempo después, mientras una enfermera me quitaba los puntos de sutura, el cirujano que me operó me dijo que las balas pueden hacer recorridos caprichosos cuando entran en el cuerpo. El proyectil penetró en ángulo oblicuo por la sien, patinó entre la piel y los huesos sin romperlos y salió por debajo de la boca. Así fue como

me gané esta cicatriz. Ese día, mi madre me reveló que una bala perdida había atravesado la vidriera de la inmobiliaria y matado a mi padre en su despacho. Lo siento —dice Lascano—. *Mi padre era jodido, un tipo que se hizo de la nada, exigente y algo despreciativo. Pero cuando no estaba compitiendo conmigo, nos divertíamos, yo lo amaba a pesar de todo. Habrá tenido que declarar, ¿pudo reconocer a los asesinos? Jamás, el abogado de mi padre se encargó de postergar mi testimonio hasta que se olvidaron del caso y de mí. Me dijo que había sido un asesinato político, que el asunto iba a quedar en nada. Y así fue. ¿Puede describir al tal Bio? Era más o menos de su altura, delgado, cabello y barba entera, tupida y renegrida, y tenía las manos pequeñas. ¿Algo más, alguna particularidad en su manera de caminar, en su voz?* —En el rostro de Bollito se nota que hace un esfuerzo por recordar, finalmente, niega con la cabeza—. *Nada que recuerde.*

Sofía entra a la biblioteca y localiza a Lascano esperándola frente al monitor.

¿Qué es lo que quiere buscar? En el setenta y tres asesinaron a un sindicalista en el barrio de Flores. ¿Cómo se llamaba? No lo recuerdo.

Sofía tipea en el *prompt*: «sindicalista, asesinato, 1973, Flores». En un instante la pantalla se ilumina con un listado de imágenes y textos.

¿Cuál quiere que abra? No sé, el primero que aparece.

La chica da un clic y comienza un video con una cuenta regresiva. Cuando llega a cero se ve a gente que le abre el paso a patrullas y coches sin marcar que llegan deprisa. En primer plano queda un Torino. Quien va de acompañante abre la puerta antes de que el coche se detenga. Un sargento armado con una PAM se baja. Lascano lo conoce, es el Inca, Robustiano Paz Quispe. La cámara lo sigue, dos de civil y un uniformado cruzan oblicuamente la escena mirando hacia arriba y salen de cuadro. Lascano le pide a Sofía que detenga el video. Tiene un momento de estupor. Pero sí, el hombre joven que se acerca en segundo plano, caminando tranquilamente, desarmado, mirada de lince, el primer botón de la camisa desabrochado, la corbata suelta es… él mismo. Absorto en la contemplación de esa imagen, no escucha a Sofía.

Señor Lascano, señor Lascano. ¿Eh? Ah, sí, Sofía, ¿qué pasa? Es que se ha quedado petrificado mirando la pantalla. No te asustes, es que vi a alguien conocido. —Sofía mira la imagen, vuelve a mirar a Lascano, pero no hace la conexión—. *Bueno, ¿esto es lo que buscaba? Sí, Sofía, muchas gracias. De nada, tengo que irme ahora. ¿Podrás imprimir esto que está en pantalla?* —La muchacha pulsa unas cuantas teclas y da varios clics con el ratón—. *Ya está, le dejaré la impresión en el mostrador de recepción. Muchas gracias. No es nada. Andá no más, no hagas esperar a Paddington.* La chica lo mira un instante entre sorprendida y avergonzada y se va.

La bruma que cubre la memoria se abre lentamente. Lascano recuerda

aquel mediodía. Llegó cuando ya el tiroteo había terminado y en el ambiente se mezclaba el olor a pólvora y el de la sangre fresca, el aroma de la guerra. El cadáver del sindicalista yacía en la vereda. Dos hombres de civil asistían al chofer, a quien habían cosido a balazos, pero aún respiraba. Cincuenta policías y veinte matones de los sindicatos se habían congregado en la escena del crimen y, de toda dirección, continuaban llegando más. Un caos de vigilantes y civiles con sus armas desenfundadas, moviéndose histéricamente sin ton ni son. Sirenas, órdenes, gritos. Tensión, miedo y dedos en los gatillos, demasiada gente armada sin orden ni concierto, un *cocktail* muy peligroso. Aquel hombre había rodado por la escalera del poder. Cuatro años antes su antecesor en el puesto había corrido una suerte parecida. Hubo conatos de agresión entre policías y gremialistas, corridas y discusiones, llantos y amenazas. Otra vez el terror se había apoderado de la ciudad. En la noche insomne que siguió, Lascano buscó la compañía de su amigo Fuseli. En la terraza de la casa del forense, en una fría y temprana primavera casi medio siglo atrás, le contó lo que había sucedido. El médico lo escuchó en preocupado silencio. Cuando el relato concluyó se quedó unos instantes mirando la ciudad, como midiéndole la taquicardia.

Esto no es nada —dijo— *o solo es el comienzo. Los asesinos de hoy se creen tigres y leones, cuando terminen de matarse entre ellos, vendrán los chacales y las hienas.*

A Lascano lo sorprende en retrospectiva, haber sobrevivido a aquellos años y los que siguieron. Pero más aún que con unas pocas imágenes recuerde aquellos hechos con una nitidez que no tienen los acontecimientos más próximos.

Tengo que hablar con Capitán de todo esto, hay dos que han subido un escalón en el ranking *de sospechosos: Bollito y yo.*

Hay en el fondo del jardín, detrás del arroyuelo, un bosquecillo. Una zona poco vigilada. Impulsado por la curiosidad, Lascano va hasta las cortaderas y se vuelve para cerciorarse de que nadie lo esté viendo. Al atravesar las matas, roza una hoja dentada que le abre una herida superficial en la mano derecha. El arroyito corre con aguas claras. Del otro lado, en el bosque umbrío, susurran las hojas. Se quita los zapatos, las medias, se arremanga los pantalones y da un paso sumergiendo un pie. Las pequeñas piedras del fondo le pinchan las plantas de los pies. Una sensación desagradable que intenta minimizar alzando los brazos espasmódicamente a cada paso. En la otra orilla, por entre las hojas de una sagitaria, un par de ojos negros lo están observando. Lascano se detiene. El observador, al sentirse descubierto, escapa.

¡Pará!

El niño marrón, andrajoso, no se detiene y huye a la carrera hacia el límite del parque que señala una valla de alambre de tres metros. Lascano se apura cuanto puede, pero el chico ya está del otro lado, fuera de su alcance. Tiene algo de ratón en su carrera hacia la villa miseria lindera. Un asentamiento de casuchas de chapa, cartón y plástico alineadas a orillas de estrechos pasadizos de tierra. Ve al Ratón desaparecer tras la primera esquina. Recorre la alambrada hasta que da con el hueco por donde se coló. El paso está disimulado con unos matojos, pero se ve trajinado, no es la primera vez que lo usa. La inspección no rinde otro indicio que la posibilidad de que algún vecino de la villa haya entrado a robar y, al encontrarse con Bisordi, lo haya matado. Eso multiplicaría el número de sospechosos por varios miles, pero es una alternativa que no puede dejar de contemplarse. *Capitán estará encantado* —piensa y sonríe. Regresa. Al hacerlo, descubre la existencia de un puentecillo de tablas medio japonés que cruza el arroyo. La tarde cae mientras atraviesa el jardín rumbo a la casa con los zapatos en la mano y las medias en el bolsillo. Hace una parada por el camino para ponerse los calcetines y los zapatos. Mira la hora, pronto servirán el almuerzo. Se siente algo fatigado. Planea una siesta.

A la caída del sol, se sienta en la terraza y revisa sus notas con la expectativa, que no se cumple, de que surja alguna pista, algún indicio. Vincenzo se acerca y se sienta con él. *Hola, Vincezo, ¿qué hay? Me acaba de llegar una delicia y quiero que seas el primero en probarla. ¿De qué se trata? Sorpresa. Okey, a ver la sorpresa. Enseguida te la sirvo.* —Lascano regresa a sus anotaciones. Unos minutos más tarde aparece el chef portando una bandeja. Pone sobre la mesa un sándwich, un vaso alto helado y una botella de Peroni.

¿Qué es esto? Prueba.

Un sándwich de mortadela. *Tanto aspaviento por esto* —piensa, pero al morderlo a su boca la inunda el sabor aterciopelado de la carne de cerdo sazonada en su punto. Sus dientes hacen crujir las semillas aromáticas integradas al pan negro. Vincenzo lo mira con una sonrisa expectante.

Mortadella Stella Negroni di Modena, querido amigo. Deliciosa, ¿qué son las semillas? No son semillas, son pistacchios. *Extraordinario.* Ora rilassati e goditi. Grazie, Tano.

Lascano siente un poco de frío. Cree que eso le impedirá disfrutar plenamente del manjar que le sirvió Vincenzo. Va hasta su habitación. Abre el armario, pero el abrigo que busca no está allí, sino colgado del respaldo de una de las sillas junto a la ventana. Se acerca para tomarlo. Mira hacia la terraza. Allí están su sándwich y su cerveza esperándolo. Le llama la atención un movimiento furtivo. Da un paso al costado para quedar oculto tras la cortina. Desde el lado de la pileta aparece nuevamente el Ratón, el chico que vio en el bosquecillo. Se mueve con agilidad mirando hacia todas partes. Con unos pocos pasos llega hasta la mesa, rapiña el bocadillo y la cerveza y huye a todo lo que dan sus escuálidas patitas.

¿Por qué Lascano no habrá querido entrevistar a India? —se pregunta Capitán mientras la espera en la sala de la TV. El Perro tiene una actitud evasiva con ella, le rehúye hasta la mirada, como si la temiera. La mujer se detiene detrás de la puerta vidriada y lo busca con ojos de cervatillo. Capitán le hace un gesto con la mano. Entra sonriendo. Se acerca caminando lentamente. A sus más de ochenta años, India emana sensualidad en todos sus gestos. De rulos salvajes y totalmente blanca, su cabellera contrasta con el color canela de su piel, evidencia

de ancestro mulato. Toma asiento frente a Capitán con un movimiento ondulatorio. Ella tiene ritmo de marimba y tumbadora, aroma de mar y una recóndita pena esclava. Se acoda en la mesa y se apoya el mentón en una mano muy cuidada, adelantando el torso en señal de interés.

¿De qué quería hablar, comisario? Inspector. Acabo de ascenderlo.

Capitán siente que ya tomó la delantera.

De Bisordi. ¿Qué hay con él? Tengo entendido que tuvo un incidente. Yo no lo llamaría incidente. ¿Cómo lo llamaría? A ver..., puesta en su lugar. ¿Me lo explica? Recién había llegado al Hogar. Estaba en el bar esperando que me sirvieran un café. Bisordi se acercó por detrás y me tocó el culo. ¿A usted le parece?... a mi edad. ¿Cómo reaccionó? Frente a mí estaba la caja de los cubiertos. Tomé tranquilamente un cuchillo para carne y se lo puse en la garganta. Le advertí que la próxima vez no me iba a limitar a amenazarlo. Algo drástica, ¿verdad? Odio a los abusadores.

Capitán saca su libreta, pasa unas hojas.

Usted pasó algún tiempo en prisión. Cuarenta y tres meses, once días y dieciséis horas. Homicidio. Preterintencional, no quería matarlo..., solo asustarlo. ¿Por qué? Se metió en la cama de mi hija, ella era una adolescente. ¿Cómo fue eso? Apenas lo había conocido. Imán, mi hija, iba a pasar el fin de semana con su padre y yo con Reynal en casa. Pero en medio de la velada la chica regresó, se había peleado con su papá. Comió con nosotros y luego se fue a su habitación. Le dije a Reynal que podía quedarse, pero que tendría que dormir en la habitación de huéspedes. En medio de la noche me despertó un grito. Corrí al cuarto de Imán y vi a Reynal salir y meterse muy apurado en el suyo. Me armé y lo amenacé, como a Bisordi, pero a diferencia de él, Reynal se puso loco y me atacó, era un tipo muy fuerte, no tuve más remedio que cortarlo. ¿Algún otro episodio de violencia que haya protagonizado? Nada previsto en el Código Penal. Es abogada, ¿verdad? Lo fui, en otra vida. Le dieron una condena bastante leve. La jueza entendió perfectamente lo sucedido, pero algo tenía que darme..., la mínima, cuatro años. Y salió con las dos terceras partes. Conducta ejemplar. Fíjese que hoy con la jueza somos íntimas. Qué bien, ¿se da cuenta de que estos antecedentes la convierten en sospechosa? —India alza los hombros en un gesto de aburrimiento—. *¿No le importa? ¿Debería? Creo que sí. Pues no, porque yo no maté a Bisordi, pero sí hay una cosa que me preocupa. Dígame. Este lugar, por más lujoso que sea, me tiene un poco harta, tengo el plan de irme. ¿A dónde? A un crucero. ¿Cómo sería eso? Fíjese que uno de esos barcos provee casa, comida*

excelente, sol, piscina, espectáculos, atención médica y viajes, todo en uno. La mayor parte de los pasajeros son jóvenes y bellos. ¿No le parece que terminar mis días dándole la vuelta al mundo en un crucero de lujo es una perspectiva mucho más tentadora que estar enterrada en esta residencia, por costosa que sea? No es mala idea para nada. ¿Puedo preguntarle cómo solventaría el viaje? ¿No sabe quién es mi hija? No. Imán Star. ¿La supermodelo? Fue una supermodelo, hoy es supermillonaria. La chica sí que me salió inteligente. Se casó con un armador noruego, más rico que Craso. Ahora vive en un castillo de esos con nombre impronunciable. Entiendo. ¿Usted cree que su investigación puede poner en peligro mi viaje? Lo que puedo decirle por ahora es que usted es una sospechosa. ¿Cree que yo lo habría matado teniendo un plan tan atractivo en mente? No sería razonable, pero usted es una mujer apasionada y la pasión siempre le gana a la razón. Que un viejito verde me toque el culo puede enojarme, pero ¿despertarme una pasión? No me haga reír.

Los buenos policías desarrollan un sexto sentido para detectar las mentiras y las simulaciones. India le impresionó como una persona frívola, pero auténtica. Sale a la terraza a esperar a Lascano. No demora mucho en aparecer. Caminan juntos hasta el coche.

No quiero que se moleste en llevarme, Pérez lo puede hacer perfectamente. No es molestia y podemos aprovechar el viaje para comentar los avances del caso —responde Capitán para no evidenciar que en realidad disfruta de su compañía—. *Estuve hablando con India* —le dice mientras suben al coche—. *Muy bien* —le responde con indiferencia—. *¿No quiere saber cómo fue la conversación? ¿Algo interesante? Nada relevante. ¿Sabía que ella degolló a uno de sus amantes? Sí. ¿Por qué no me lo dijo? Pensé que lo había hecho. No, no lo hizo. Usted sabe que mi cabeza no siempre conecta. Ahora, dígame, ¿por qué no quiso interrogarla? Me parece que hace muchos años tuvimos un asunto, pero no logro determinar si fue con ella o con alguien que se le parece. Prefiero que quede así. Hay algo importante que debe saber. Usted dirá. Estuve hablando con Bollito. Ahá. En los setenta la guerrilla mató a un sindicalista. Ahá. Una bala perdida le partió el cráneo a su padre. ¿Y eso a qué conduce? A uno de los asesinos lo llamaban Bio. ¿Y? Es uno de los nombres de guerra que usaba Bisordi. ¿Bollito lo sabía? Le pedí que lo describiera físicamente, el tipo ni mosqueó. Lo describió como era de joven, pero no dio ninguna señal de que hubiera reconocido a Bisordi. ¿Le creyó? O es un gran simulador o fue muy sincero. ¿Conclusiones? Los que ocupamos el podio de los sospechosos somos tres ahora: Paddington, Bollito y yo.*

Se detiene en doble fila. El coche que lo sigue hace sonar la bocina

con rabia. Capitán pide disculpas con la mano. El otro se empareja y lo mira con furia. *¿Dónde te dieron la licencia, forro, en la veterinaria?* Capitán lo mira fijo, serio, impasible. El tipo advierte de inmediato que se ha metido con alguien peligroso. Pone primera y se va antes de tener que lamentarlo.

Hemos llegado —anuncia Capitán viendo que Lascano no se mueve—. *Lo sé* —le responde—*, aún faltan diez minutos para la cita.* —El inspector se sorprende, Lascano no suele estar pendiente de la hora—. *Hay alguien que siempre pasa desapercibida y me parece que tendríamos que interrogar. ¿A quién se refiere? A Celeste. ¿Cuál es? Creo que debe ser la huésped más joven de la residencia. Parece una fugitiva del mundo. No la ubico. Es una* hippy chic *de pelo rojo. Ah, ya sé a quién se refiere. Sí, es como un camaleón, es difícil distinguirla del entorno. Una persona interesante. ¿Quiere que yo hable con ella? No* —contesta el Perro—*, yo lo haré. De acuerdo. Bueno ya es hora de poner la psiquis en remojo. ¿Lo espero? No, Pérez vendrá a buscarme.*

25

Un do tre arrí abá de nue un do tre arrí abá...

A través de la pared de vidrio, Lascano observa a las dos residentes que sudan en el gimnasio bajo las órdenes de Guille, el profesor, quien acusa todos los síntomas de estar poseído por la abominable bestia del entusiasmo. Una de las mujeres es su novia, una fisicoculturista que estaría muy bien si no fuera por los anabólicos, que le han dado a un cuerpo naturalmente bien formado un aspecto como de cucaracha musculosa. Pero quien le interesa es la otra, Celeste. Alta, sin un gramo de grasa que las sostenga, todas las carnes se le han caído. Incansable con la gimnasia, pasa gran parte del día caminando en la cinta, levantando pesas, musculando, secándose el sudor y arreglándose la vincha color lila. Con su andar elástico, los atletas trasuntan una especie de orgullo o sensación de superioridad. Lascano la intercepta al salir.

Hola, Celeste, ¿tiene un minuto? Quisiéramos conversar con usted. ¿Quisiéramos... usted y quién más? El inspector Capitán, nos espera en el comedor. ¿De qué? Bisordi. Me ducho y voy.

Quince minutos más tarde aparece y le da instrucciones a Roque. *La señora tiene su edad, pero está bastante bien* —opina Capitán—. *Sí* —responde Lascano—*, pero hay que tener en cuenta que, a partir de cierta edad, la gente es más bella vestida que desnuda. ¿Cómo lo sabe, la vio desnuda?* —Lascano no le contesta, Celeste ya está allí. Los dos hombres se ponen de pie, actitud que a ella, por alguna razón, le disgusta. Roque le sirve a Celeste un jugo marrón verdoso muy denso —. *Su batido energético, ¿algo más? No, gracias* —responde Celeste y aprieta la mandíbula con fuerza—. *¿Qué pasa con Bisordi, aparte de que se está pudriendo en su tumba?* —Lo dice con rabia, con resentimiento —. *Estamos investigando su muerte.* —Roque regresa con una hoja de papel en la mano—. *Disculpen la interrupción, el chef le envía las opciones de cena vegana de esta noche para que usted elija. Gracias, luego lo miro y le digo. ¿No podrá decidirlo ahora?* —Celeste lo mira con dureza—. *Le dije que luego. Es que... ¿No entiende la palabra* luego*?* —Nuevamente le aflora la rabia apenas contenida, esta mujer transmite la sensación de ser un dique a punto de rebalsar. Lascano piensa que

no debe de ser nada conveniente estar cerca cuando se desborda. Ella se pone a ordenar mecánicamente, una y otra vez, la copa, la servilleta, el platito y la cuchara sobre la mesa como si Lascano y Capitán no estuvieran allí. Luego de un minuto interminable durante el cual no ha levantado los ojos de esos utensilios, el Perro carraspea para recordarle su presencia. Ahora ella lo mira a él con rencor—. *¿Qué me decía? Hablábamos de Bisordi. Un asqueroso. ¿Tanto así? Sí, siempre estaba insinuándose, diciendo cosas inmundas o tratando de rozarse. Tuve que amenazarlo con una denuncia. Entonces se limitó a hacerme gestos obscenos. Actitudes típicas de hombre. De algunos hombres, querrá decir.* —Celeste se queda mirándolo fijamente sin decir palabra —. *¿Tiene idea de quién podía odiarlo tanto como para matarlo? Cualquiera pudo haberlo degollado. ¿Cómo sabe que lo degollaron? Salió en el diario. ¿Usted incluida? No pensará que pude haber sido yo. ¿Por qué no? Las mujeres no hacemos esas cosas. Se sorprendería de las cosas que son capaces de hacer algunas mujeres. Los hombres son mucho peores. Tal vez, pero esta no es una discusión de género. ¿Qué es? Una investigación policial de homicidio.* —Capitán saca su libretita, pasa unas páginas hasta dar con el dato que busca—. *¿Dónde estaba el día dos entre las seis y las ocho? En el gimnasio, seguramente. ¿Alguien más estaba allí? Guille, el profesor, pregúntele. Lo haré.* —Se produce un silencio incómodo, en los ojos de Celeste puede adivinarse un reproche—. *¿Siempre es tan desconfiado? Soy policía, gran parte de mi trabajo es desconfiar. Una respuesta típica de la cobardía masculina. ¿Cómo? Pretende esconder su machismo inquisidor detrás de la profesión. No la entiendo. Yo creo que me entiende perfectamente, solo que simula no entender porque no le conviene. Perdóneme, ¿cuál sería mi conveniencia? El sostenimiento del sistema patriarcal. Ahora sí que estoy perdido. Ahora no, los hombres hace rato que están perdidos y lo peor es que no lo saben, actúan inconscientemente siguiendo el modelo de dominación machista.* —A Capitán se lo ve un tanto azorado—. *Discúlpeme, Celeste, pero yo no vine a debatir teorías de género y poder, sino a tratar de aclarar un crimen. Dígame, sea sincero, ¿si la víctima fuera una mujer pondría el mismo empeño? Señora, la ley solo hace distinciones circunstanciales sobre las víctimas que puedan ser agravantes o atenuantes. ¿Lo ve?, ahora pretende darme lecciones de derecho. ¿Cree que no lo sé, que soy una ignorante? No, no... Ahí está ahora otro truco masculino, rehuir la conversación.* —A todas luces, Capitán está perdiendo la paciencia—. *Vea, voy a hacerle una pregunta muy simple para que conteste sí o no. A la orden* —responde Celeste haciendo una venia burlona—. *¿Usted mató a Bisordi?* —La mujer se queda paralizada, como sorprendida—. *No* —responde sin mucha convicción. Capitán y Lascano se quedan mirándola en silencio hasta que ella lo rompe—: *¿Se les ofrece algo más? Por el momento, no. Bien, si me disculpan, es mi hora para la*

meditación. Está disculpada. —Celeste se levanta, sale a la terraza—. *Personaje difícil, ¿verdad?* —dice Capitán meneando la cabeza—. *¿Volveremos a hablar con ella? Con Celeste no se habla, se discute. ¿Y entonces? Tenemos que seguir el consejo de Napoleón Bonaparte. ¿Cuál? La discusión con una mujer es la única batalla que se gana huyendo. Al final Celeste va a tener razón. ¿En qué? Que no somos más que unos machistas cobardes.*

Lascano alza la mano hacia Roque.

Por favor, dos copas de mi coñac.

Afuera, en la terraza, en la posición del loto, Celeste medita serenamente. Hasta parece amable.

Cuando Lascano llega al comedor para su desayuno, Fuseli terminó el suyo y está leyendo. Deja el libro y lo observa sentándose con esfuerzo y gestos de dolor. *¿Joden los huesos? Los huesos duelen, lo que jode es la vejez. Es por la artrosis, amigo mío, debería pensar en hacer un poco de gimnasia, la inmovilidad los hace más intensos. Eso ayudará, para la vejez no tengo remedio alguno, pero a lo mejor se puede hacer algo para aprovecharla. No se me ocurre nada. Mirá lo que estaba leyendo justo ahora* —comenta Fuseli y rebusca entre las páginas de su libro—. *Acá está* —dice y comienza a leer—. *«Un escritor, o todo hombre, debe pensar que cuanto le ocurre es un instrumento; todas las cosas le han sido dadas para un fin y esto tiene que ser más fuerte en el caso de un artista. Todo lo que le pasa, incluso las humillaciones, los bochornos, las desventuras, todo eso le ha sido dado como arcilla, como material para su arte; tiene que aprovecharlo. Por eso yo hablé en un poema del antiguo alimento de los héroes: la humillación, la desdicha, la discordia. Esas cosas nos fueron dadas para que las transmutemos, para que hagamos de la miserable circunstancia de nuestra vida, cosas eternas o que aspiren a serlo».* —El Perro le contesta con escepticismo—: *¿Quién lo dijo? Borges. Será cierto para él, que era un artista, pero ¿para un policía jubilado? ¿Sabés una cosa, Perro? Vos no sos un policía de alma, ni por conveniencia, siempre vi que tenés un temperamento artístico. No jodas, Fuseli* —responde Lascano y bebe su café—. *Lo digo en serio..., ¿nunca pensaste en escribir un libro? Estás muy gracioso, ¿qué desayunaste, mermelada de payaso? Pensalo, tenés unas vivencias increíbles y un manejo del lenguaje inusual. En cuanto deje de dolerme la espalda, te juro que lo pensaré. Para eso, ya te dije, andá al gimnasio. Vas a sentir molestias mientras practicás, pero luego lo vas a agradecer.*

Se siente medio ridículo frente al espejo, vestido con la ropa de deporte del *merchandising* de la residencia a un precio bastante superior al de las tiendas. Desde su época de estudiante en la escuela de policía que no vestía atuendo deportivo o calzaba zapatillas. Le cuesta armarse de valor para ir al gimnasio a encontrarse con Guille. No sabe qué lo irrita más, si su optimismo o su incorregible entusiasmo. Se propone decirle claramente que no tiene ningún interés en que le hable de la vida, la espiritualidad del deporte o la felicidad de un cuerpo sano. Que solo necesita que le indique algunas rutinas

moderadas para no lesionarse. El tipo es disciplinado y cree que le obedecerá. Al llegar al gimnasio, el horario pegado en la puerta establece que los martes no hay profesor. *Evidentemente* —piensa—*, el universo conspira contra mi entrenamiento.* —Cuando está a punto de girar para retirarse, sale Ingrid, la *personal trainer* de la diva, con la piel iluminada por la transpiración—. *Qué sorpresa, no esperaba verlo por aquí. Yo tampoco, créame, pero me recomendaron que hiciera un poco de gimnasia…* —iba a decir para la artrosis, pero no lo dice—. *Eso siempre hace bien* —opina Ingrid mirándolo a los ojos como si estuviera buscando algo—. *Bueno, la saludable práctica tendrá que esperar, acabo de enterarme de que los martes Guille no aparece.* —Ella se queda cavilando un momento, mira la hora—. *Si quiere yo lo puedo guiar para hacer algunos ejercicios.* —La perspectiva de que sea este extraordinario espécimen del género femenino quien le proponga ejercicios corporales le parece a Lascano una mejor oportunidad para transmutar las miserables circunstancias de la vida, como decía Borges, que las prácticas con Guille, el optimista—. *¿Y bien, qué le parece?* —pregunta Ingrid interrumpiendo sus pensamientos—. *Una idea excelente, ¿cuándo comenzamos? ¿Qué tal ahora mismo? Tenemos el gimnasio para nosotros solos. Lo que usted mande* —responde Lascano y entran—. *Primero, vamos a hacer un poco de calentamiento. ¿Le parece necesario?* —Ingrid sonríe, deja pasar el comentario, le indica que se suba a la cinta y la pone en marcha a paso moderado—. *Cinco minutos para que comience a circular la sangre y elevar el ritmo cardíaco.* —Lascano reprime otra ocurrencia y se pone a caminar al ritmo que impone la máquina. Ella está atenta al movimiento de sus piernas—. *Muy bien, vamos a hacer ahora una serie de estiramientos. Imite mis movimientos* —ordena y comienza a mover los hombros con movimientos circulares. Luego es el turno de mover los brazos seguidos de una serie de balanceos con las piernas. Lascano está más concentrado en los movimientos de Ingrid que en los suyos propios. A continuación, se pone en cuclillas y se levanta para que Lascano la siga, tomándolo de la mano. Contacto eléctrico—. *Muy bien, así fortalecemos las piernas.* —Otra ocurrencia reprimida, acá el único que necesita fortalecer algo es él—. *No hay caso* —se dice—*, Fuseli tiene razón, soy un viejo verde.* —Continúa con media docena de lagartijas—. *Esto es para la fuerza de la parte superior del cuerpo* —dice Ingrid, pero Lascano se siente más débil con cada ejercicio. Cada vez que inspira, le llega el aroma de ella, que parece haber inundado el gimnasio—. *Muy bien…, ¿cómo debo llamarlo? Lascano está bien. Lo que diga. Ahora le voy a pedir que se acueste en esta esterilla, boca arriba con las manos a los costados, vamos a hacer un poco de relax.* —El Perro se deja caer blandamente—. *Cierre los ojos y escuche mi voz* —le dice Ingrid sacudiéndole los brazos suavemente por las muñecas—*, vamos a hacer un recorrido mental por el cuerpo para ir*

relajando cada músculo —le informa, le apoya los índices en las sienes, hace una leve y sorpresiva presión, y los retira. Ahora, la proximidad hace que su olor se intensifique y su voz es un arrullo que lo guía desde la planta de los pies hasta la coronilla pasando por todo lo que ya sabemos que hay entre los dos. El cuerpo de Lascano adquiere una confortable tibieza, ella hace silencio y él se deja llevar con la sensación de flotar en un río tranquilo hasta que Ingrid vuelve a hablarle—: *Muy bien, ¿qué tal, cómo se siente?* —le pregunta tendiéndole una mano para ayudarlo a levantarse—. *Estupendamente. Me alegra. Tiene que hacerlo al menos tres veces a la semana.* —Piensa y tampoco dice que con ella lo haría tres veces al día—. *No sé si lo aguantaré. Yo creo que tiene un buen estado natural que conviene fortalecer, ¿por qué no iba a aguantarlo? No me refería a la gimnasia, sino a Guille.* —Mirada cómplice—. *Sí, es un poco intenso, yo los llamo «nabos de gimnasio». Mientras esté aquí, puede hacerlo conmigo. Luego le pasaré los días y horas que Amparito me deja libres* —dice a modo de despedida y se aleja, elástica como una pantera.

Fuseli tenía razón respecto de los beneficios de la gimnasia.

El timbre del teléfono interrumpe la siesta.

Hola, papá. ¡Victoria, divina!, ¿ya estás de vuelta? Sí y quería ver si estabas disponible para tomar el té. Para vos siempre lo estoy. Perfecto, ¿en una hora?

Si fuera creyente, Lascano pensaría que hay días en los que Dios está de buen humor. Este parece ser uno de ellos. Va al baño. En el espejo hay pegados una cantidad de esos papelitos autoadhesivos que le dio Sofía y que usó para anotar cosas que no quería olvidar: pedir hojas de afeitar; no confiar en…; no reconoce su propia caligrafía; pedirle a Amalia una pastilla de jabón y un cortaúñas; reclamarle a Paddington la planilla; despega esta última, va hasta el teléfono y hace el reclamo.

Al rato, duchado, afeitado y vestido con elegancia baja al comedor. Victoria todavía no llegó. Roque se acerca.

¿Qué le sirvo? Champagne. *¿A esta hora? Estaba bromeando. Parece que estamos de buen humor. No me traiga nada, espero a mi hija. Te voy a pedir té para los dos, ¿alguna preferencia? ¿Les queda todavía el Lapsang Souchong de Taylors? Sí, usted es el único que lo pide. Eso y media docena*

de profiteroles. Solo nos quedan de crema pastelera. Perfecto, a ella le encanta. ¿Algo más? Una botella de San Pellegrino. Marcha. No traiga nada hasta que llegue. De acuerdo. Ya veo la razón de su alegría. No sabía que era psicólogo. —El camarero se retira preventivamente. Lascano saca su libreta y, para matar el tiempo, se pone a repasar sus notas. En eso está cuando se acerca Roque—. *Tiene una llamada* —le anuncia alcanzándole el inalámbrico—. *Hola. Buenas tardes, Lascano. ¿Qué dice, Capitán? Aquí estamos, como hoy no pasaré por allí quería saber si tenía alguna novedad. Nada notable. ¿Recuerda que me dijo que teníamos que ampliar la investigación a los miembros del personal? Sí. Creo que sería interesante pedirle a Paddington el registro de visitantes el día que mataron a Bisordi. Ya lo hice, acabo de reclamárselo. También pensé, Capitán, que hay más gente de afuera, proveedores y técnicos, seguramente aparecerán en los registros. Es muy probable. Pero hay algo más. ¿Qué? Vecinos. ¿Cómo? Cuando ande por aquí le voy a pedir ayuda para atrapar un ratón. No entiendo. Ya se lo explicaré. Muy bien. Hasta mañana.*

Victoria hace su entrada al comedor, se acerca a Lascano, lo abraza y lo besa sin darle tiempo a ponerse de pie.

Cuánto te extrañé. Y yo, hija, y yo. ¿Cómo te fue por Milán? Genial. ¿Te salió trabajo? Sí. —El rostro de Lascano se ensombrece—. *No era lo que yo esperaba, pero igual está bien, es un avance. ¿Te irás a trabajar a Italia? No, haré algunas cosas por teletrabajo. ¿O sea que te quedás? Sí, no te preocupes. Bueno, contame vos cómo van las cosas por acá.* Lascano le relata las alternativas de la investigación criminal con que colabora. Victoria sigue el relato encantada, hace tiempo que no lo ve tan animado. Para ella es un alivio, la depresión no es buena para los viejos. Roque trae el servicio de té y continúan la charla durante casi una hora. Momento en que Victoria, siguiendo la mirada de Lascano, ve a Ingrid que acaba de entrar al comedor y se dirige a la mesa de ellos.

Hola, ¿molesto? No. Ella es Victoria, mi hija, Ingrid, una personal trainer *como no hay dos. Mucho gusto. Encantada. ¿Qué tal le sentó la sesión de gimnasia? Excelente. Por eso quería verlo, Lascano, esta es mi tarjeta de visita, en el reverso anoté los días y horas que tengo libres.* —Lascano la toma y lee las fechas—. *Muy pocos días, veo. Es que pronto termina mi trabajo con Amparito. ¿Ah, sí? Sí, cuando ella salga de gira. Entiendo.* —Ingrid abre su bolso, saca su billetera y le da otra tarjeta a Victoria—. *Si necesitás mis servicios o sabés de alguien que los precise, podés llamarme. Lo haré. Gracias, estuve el último mes dedicada a Amparito y es hora de buscar clientes. Bueno* —dice Lascano—, *conmigo ya tenés uno. Uno no, el mejor* —saluda Ingrid dándoles la mano. Victoria espera a

que se haya alejado y comenta divertida—: *Te sonrojaste. Qué me voy a sonrojar. Sí, te pusiste como un tomate. Dejate de tonterías. Te gusta, ¿eh? Ya no estoy para esos trotes. Te gusta, te gusta, te gusta* —le canta haciéndole cosquillas.

De camino al comedor, Sofía le hace señas para que se acerque. *El señor Paddington me pidió que le entregara esto. ¿Qué es?* —La chica se encoge de hombros—. *Muchas gracias* —contesta Lascano y retoma su camino mientras va abriendo el sobre. Se sienta a su mesa y despliega el papel impreso que contiene la planilla con los nombres de los visitantes al Hogar el día de la muerte de Bisordi. Roque le sirve el café y lo saluda, Lascano, absorto en la lectura, no le contesta. Va leyendo los asientos uno a uno, ninguno le dice nada. Los lee nuevamente. Se detiene en el que dice A. Alcorta. Es el único del que en el casillero del nombre solo se consignó la inicial. Termina el café, se pone de pie y sale decididamente rumbo a la casilla de Sosa. Al verlo acercarse, el guardia sale, desconfía, no vaya a escapar nuevamente. Los amigos lo llaman el Negro. La cabeza le queda muy grande a su cuerpo delgado y la cara conserva las marcas de un acné purulento padecido seguramente en la adolescencia. El mote no deviene tanto del color de su piel como del tamaño de sus labios, más propios de un miembro de los mursis, esos que andan con un plato en la boca.

Buen día, Sosa. Buen día, comisario. Tengo una consulta que hacerle. Dígame. El registro de los visitantes lo hace usted, ¿no es verdad? Sí, anoto en una planilla la gente que llega de visita, la hora de entrada, de salida y la persona que viene a visitar. ¿También apunta a los proveedores y trabajadores? A todos. ¿Cómo lo hace? En una planilla impresa. Espere que le muestro. —Sosa mete medio cuerpo en la garita, saca un papel y se lo entrega a Lascano—. *¿Lo llena a mano? Sí, yo les mando la planilla manuscrita y ellos lo cargan en la computadora, ¿sabe qué pasa?, yo con esto de la informática no me entiendo. Ya veo. Fíjese* —le dice Lascano señalando en la planilla—, *acá hay un visitante registrado como A. Alcorta. Sí. Solo puso la inicial en lugar del nombre completo, ¿por qué? Yo puse todo el nombre. ¿Seguro? Segurísimo. ¿Por qué está tan seguro? Porque la vez que solo puse una inicial me tuve que tragar una monserga de Paddington de quince minutos. Entiendo. ¿A quién corresponde esa inicial? A Alicia Alcorta, la hija de Mónica. Muy bien, muchas gracias.*

De regreso a la residencia lo alcanza el coche de Capitán.

Buenos días, jefe. Buen día. —Por la forma en que lo saluda, Capitán se da cuenta de que Lascano no recuerda que habían quedado en verse esta mañana. Decide no ponerlo en evidencia—. *¿Un café? Vamos. Un momento, voy a estacionar.*

Lascano observa a Capitán conducir con gran habilidad para meter el coche en un espacio estrecho en una sola maniobra. La admiración se le mezcla con la envidia. Baja del coche y se acerca al trote con sorprendente flexibilidad para un hombre de su tamaño. *Ya me gustaría tener esas rodillas* —piensa. Caminan en silencio hasta la terraza—. *¿Tiene alguna novedad? No mucho. Hace unos días fui a ver a Alexander. Lo recuerdo bien, yo lo llevé. Exacto. Cuando salí, me metí en un barcito a tomar un café. Allí me encontré por casualidad con una antigua vecina. Bien. Resulta que la madre de ella es una huésped de este lugar. Entiendo. Esta mañana me dieron el registro de visitas del día que mataron a Bisordi. No me diga más, esta mujer figura entre los visitantes. Sí, Alicia se llama, pero no solo eso. ¿Qué más? El registro estaba incompleto, solo habían consignado la inicial del nombre. ¿Le parece raro? Por un detalle. ¿Cuál? Sosa me dijo que él había puesto el nombre completo. No entiendo. Sosa llena la planilla a mano, luego Paddington, o quien sea, la transcribe en la computadora. Bueno, puede haber cien razones para eso. Tal vez. Pero tengo entendido que Paddington es bastante obsesivo con estas cosas. Tiene la típica obsesión de los mediocres con el orden. La verdad, Lascano, es que nada de eso me parece concluyente. Muchacho, si las informaciones que tenemos fueran concluyentes, ya sabríamos quién es el asesino, nosotros trabajamos con indicios. ¿Y qué le indica todo esto? Que a lo mejor el encuentro «casual» con Alicia no fue tan casual. ¿Cómo supo que iba a esa consulta? Eso es un cabo suelto que, si lo unimos al asunto de la inicial en la planilla como un intento inconsciente de ocultar información, podría estar señalando complicidad entre Paddington y Alicia. Una teoría un poco rebuscada, ¿no le parece? Sí. Tengo la idea de que nos reunamos con ella, informalmente, como de casualidad. Está bien. Organícelo y me avisa. Hoy almorzaré con Mónica y procuraré armar el encuentro con la hija.*

Pasada la una, Lascano pasa revista a los Post-it pegados en el espejo. Despega uno, baja, va hasta la ventana de Vincenzo. *¿Cómo va la comida, Tano?* Va bene*, en media hora estará a punto.* —Lascano mira la hora—. *Son y veinticinco, te dije que comeríamos una y media. Vas a comer con Mónica, ¿verdad? Sí. No te preocupes, ella siempre llega tarde… ¿Cómo dicen acá…? ¿A qué? A ella le gusta brillar por su ausencia.*

Ante la irrefutable lógica, Lascano opta por ir a sentarse a la pérgola y esperar a la dama que, como bien dijo el cocinero, como si nada, hace su entrada media hora más tarde de lo acordado. Inmediatamente después aparece Vincenzo seguido por Roque y escancia el Rocher Perigord aportado por Mónica, quien coloca la servilleta sobre sus piernas y bebe un sorbo.

¿Con qué nos vas a deleitar, Vincenzo? —pregunta Mónica con tono y mohines seductores—. Amici miei*, van a disfrutar de dos delicias de la* cucina povera*. Nada mejor que la cocina de los pobres, cuando la hacen los ricos* —acota Lascano para no quedar atrás—. *Tú lo has dicho* —contesta el chef haciendo un gesto a Roque para que ponga sobre la mesa la bandeja con el aperitivo—. *En primer lugar,* arancini*: una bola de arroz dorada y crujiente, rellena de* mozzarella *y arvejas con salsa de ragú. En Siracusa o Taormina es un plato que puede comerse en la calle, acá es un lujo para* connoisseurs. Bon appétit —exclama terminando de servir, hace una media reverencia y sale de la pérgola. Cuando el primer bocado de Lascano se encuentra a medio camino entre el plato y su boca, Mónica le pregunta—: *¿Qué quiere saber? ¿Cómo dice? Vamos Lascano, usted no quiere hablar de libros y ya estamos grandes para andar haciéndonos los seductores, ¿no es así?, pero no le voy a restar mérito a sus esfuerzos y a la delicadeza de invitarme a comer en vez de colocarme el lamparón frente a los ojos. Bueno...* —balbucea Lascano—. *No lo arruine tratando de esquivar la cuestión, ya lo vi conspirando con el otro botón, perdón, policía... ¿Cómo se llama? Capitán, inspector Capitán. Okey, dos y dos son cuatro. Hace poco mataron a Bisordi, habrán estado hurgando en mis antecedentes y me convertí en una persona de interés, como dicen en las series. Todo lo que dice es exacto. Muy bien, ¿qué quiere saber?* —pregunta y se lleva a la boca el primer bocado—. *Oiga, esto es delicioso. Sí que lo es. ¿Y bien? Ya que ha sido tan directa iré al grano. De acuerdo. ¿Usted lo mató? ¿Sirve de algo que le diga que no? Lo que responda es irrelevante, lo que interesa es su reacción. ¿Cómo reaccioné? Bien. Esto me está divirtiendo, segunda pregunta. ¿Quién paga por su alojamiento en este lugar de lujo? Yo, con mis ahorros. ¿De dónde provienen? Como habrá visto, me procesaron por estafa. Así es. Bueno, yo no tuve nada que ver, pero, para ser sincera, sabía perfectamente lo que Cisneros, mi marido de entonces, estaba haciendo. Como bien sabe, el estafado siempre cree que está estafando a otro, por eso cae en la trampa. Cisneros era un genio para eso y empaquetó a unos cuantos tilingos con un cuento inmobiliario que sería largo de explicar. Por lo general no lo denunciaban porque era muy evidente que habían tenido la intención de joder a otro, pero uno de ellos era suficientemente boludo y lo querelló. El resto de los boludos se sumaron produciendo un efecto dominó. Antes de*

suicidarse, Cisneros depositó una fortuna en una cuenta cifrada y tuvo la delicadeza de pasarme el código. Ese hombre me quiso de verdad. Ya veo. En cuanto al asesinato del Tata, no diré que no lo pensé, pero no lo hice, tengo repulsión por la sangre, de haber querido matarlo, habría usado veneno, es más femenino. Si lo hubiera hecho, se lo diría, porque por ese crimen ya me juzgaron y absolvieron, es cosa juzgada, pero yo no fui. Lo lloré, eso sí, no hubo amante como él, pero no lo maté. ¿Satisfecho? Totalmente.

Roque y Vincenzo hacen su aparición con el segundo plato: *ossobuco milanese* y una copa extra. El camarero sirve el vino, Vincenzo alza su copa. *Amigos, quiero hacer un brindis con ustedes. Genial* —exclama Mónica—, *¿por qué brindamos? Por la libertad, el más preciado bien que un hombre puede tener* —dice y agrega haciendo una reverencia a Mónica—, *o una mujer.* —Roque se retira, los tres beben de sus copas. En cuanto se va, Mónica comenta—: *Qué hombre encantador. No he conocido a nadie tan hospitalario y generoso como él. Es verdad* —dice Lascano, toma un trago de vino y se seca los labios con la servilleta—. *Mónica, usted no se acuerda de mí. ¿Debería? Fuimos vecinos. ¿Cuándo, dónde? En la calle Tacuarí. Eso fue hace mil años…, éramos tan pobres. Tiene buena memoria. En realidad, no lo recordé yo, fue Alicia. ¿Mi hija? Sí. La encontré por casualidad un día que salí a hacer un trámite, fue ella la que me reconoció.* It's a small world. *¿Perdón? El mundo es un pañuelo. ¿Cuándo vendrá?, me gustaría volver a verla. Luego miro la agenda y le digo. ¡Qué bien cocina Vincenzo, es un maestro!* —exclama Mónica luego de tragar el último bocado—. *Muero por ver con qué postre va a sorprendernos.*

Lascano baja del coche. El mareo lo invade. Se toma del asa de la puerta. Capitán lo advierte y, sin decir nada, se ubica cerca por si tuviera que socorrerlo. Los dos hombres se quedan inmóviles como si estuvieran jugando a las estatuas. Desde detrás de la puerta vidriada de la entrada principal, alguien los vigila. El sol inicia su lenta caída hacia el Japón. Capitán se acerca al Perro.

¿Se encuentra bien? Sí, no es nada, un pequeño mareo, nada más. A veces no me llega el agua al tanque. Caminemos, ya pasa.

Capitán lo toma por el brazo. A Lascano lo reconforta el contacto. Lo hace sentirse protegido. Tantos años y todavía no se acostumbra a su vulnerabilidad. Aunque el mareo haya pasado, anda deliberadamente despacio. Muy en el fondo, Capitán le despierta una inadmisible nostalgia por el hijo que nunca tuvo. Al acercarse a la casa, a posibles testigos: *Ya estoy bien, puede soltarme.* —Capitán se aparta—. *Vamos por acá* —dice Lascano señalando el camino de servicio que encaran en fila india y desandan hasta llegar a la ventana de la cocina. Adentro Corina está aporreando la carne para las milanesas. Lascano golpea el vidrio con los nudillos. Corina se acerca y abre—. *Buenas tardes, Venancio. Hola, ¿Vincenzo? Vendrá en media hora, ¿puedo servirle en algo? Quería pedirle unos sándwiches de esa magnífica* mortadella *que tienen. No hay problema, ahora se lo preparo. ¿Dos? Tres, por favor, y dos Peroni y una Coca-Cola. Ok. Estaremos en la pérgola.*

Lascano se sienta de espaldas al muro donde ya está otoñando la vid canadiense que lo cubre. Capitán a su lado. *Va a probar la* mortadella *más sabrosa del mundo. Debe serlo, pidió tres. El tercero no es para nosotros, es una carnada. ¿Para quién? ¿No se siente observado?* —Capitán, moviendo solo los ojos, recorre los límites del jardín. Efectivamente, alguien muy menudo, oculto tras las orejas de elefante de una monstera deliciosa, los vigila—. *¿Quién es? Un pibe de la villa, suele entrar por un agujero que hay en el alambrado buscando comida. ¿Cómo supo que vendría? Hace tres días que le dejo restos de comida. Hoy, con su ayuda, lo atraparemos. ¿Para qué? El Ratón está siempre al acecho, no sería raro que hubiera visto algo el día que asesinaron a Bisordi.* —Llegan los sándwiches y las cervezas—. *Gracias, Roque. Para*

servirlo —contesta y se retira. Al Ratón se le hace agua la boca tras el follaje. Lascano da el primer bocado—. *Pruébelo, Capitán, no habrá comido nunca algo como esto. Vincenzo le da un toquecito hereje de mayonesa en una sola cara del pan que es una genialidad. ¿No le parece?*

Los hombres se toman su tiempo para paladear el manjar y beber, conversando casualmente, bromeando y riendo, simulando ser completamente ajenos a la presencia del Ratón, ansioso por ver si dejan algo que él pueda aprovechar cuando se hayan ido.

Simulando retirarse, Capitán desaparece tras el cuarteto de robles. Lascano espera los minutos que calculó para, dando un rodeo, quedar en posición detrás de un seto donde el Ratón no puede verlo. Se pone de pie, baja lentamente los cuatro escalones de la pérgola y se aleja a paso tranquilo hasta el primer recodo del camino. Desde allí puede ver a Capitán escondido haciéndole la seña convenida. Lascano se vuelve rápidamente y comienza a avanzar de regreso a la pérgola. Allí está el Ratón en el momento de apoderarse del sándwich que dejaron de carnada. Se ve descubierto, pero no suelta el bocado y huye por su izquierda para evitar que Lascano le corte el paso. Pero, al girar bordeando la pérgola, da con el cuerpo de Capitán. El chico rebota contra él como si hubiera chocado contra un muro. No alcanza a ponerse en pie. Capitán lo agarra por la ropa y lo alza como si fuera un gato. Patalea y grita desesperado. Un coscorrón lo llama a sosiego. El policía lo coloca en pie sin soltarlo. *Tranquilo, pibe, no te vamos a hacer nada.* —El tono de Capitán consigue calmarlo, pero no apacigua su insolencia—. *¿Qué querés, botonazo?* —Lascano toma la posta y lo agarra por el brazo, firme y con delicadeza—. *Solo queremos hablar con vos, vení por acá* —le dice afectuosamente y lo conduce de regreso a la mesa. Capitán se ubica en el arco de la salida—. *Comé tranquilo, pibe* —le dice Lascano con delicadeza mientras le sirve Coca-Cola. El chico no confía aún en ellos, pero el aroma de la *mortadella* y el chispeo de la bebida ejercen su embrujo y da rienda suelta a su voracidad—. *Tranquilo, muchacho, comé tranquilo.* —Obedece—. *¿Cómo te llamás? Rulo.* —Lascano lo observa complacido beber y comer metiéndose el sándwich de costado a causa de la ausencia de las paletas. Parece demasiado grande para que se le hayan caído naturalmente—. *¿Anduviste por acá el día dos? ¿Qué día? Cuando mataron a uno. Cuando llegué ya estaba tirado en el suelo. ¿Quién más andaba por allí?* —El chico mira a Lascano con temor y luego a Capitán como pidiéndole auxilio—. *Hablá sin miedo.* —Tímidamente señala a Lascano—. *¿Me viste a mí? Sí. ¿Yo lo maté? No sé, ya le dije, el tipo ya estaba muerto. ¿Qué más viste? Lo vi tirando la navaja. ¿Cómo sabés que era una navaja? Cuando todos se fueron fui a ver qué era. ¿Y? Me la llevé.* —Lascano y

Capitán cambian una mirada—. *¿Qué hiciste con ella? La vendí. ¿A quién? Al Titi. ¿Quién es? Un pibe grande del barrio. ¿Te la compró? Qué va a comprar, el hijo de puta se la quedó sin pagarme nada. Él a veces entra también. ¿A qué? A robar. ¿Nos podrás llevar con él? ¿Ta loco, quiere que me mate? ¿Podés decirnos donde encontrarlo? No. ¿Querés que te mandemos al reformatorio?* —El Ratón se siente atrapado, mira con odio a Capitán. Lascano lo toma por el brazo—. *No te asustes, no te vamos a mandar a ningún lado, pero si nos decís dónde encontrarlo esto es para vos* —le dice Lascano en tono apaciguador poniendo un billete sobre la mesa y agregando—: *Te juro que nadie lo sabrá.* —Rulo hace gesto de agarrar el billete, Lascano se lo impide—. *¿Dónde? En el barrio hay un barcito, se llama Yon Lenon, es del cuñado, siempre anda por allí.* —Rulo envuelve la mitad del sándwich con la servilleta y se lo guarda en el bolsillo—. *Es para el Boby* —dice como si se lo hubieran preguntado—. *¿Quién es el Boby? Mi hermanito.* —Se bebe de un trago el resto de Coca, suelta un eructo digno de un camionero y se queda mirándolo—. *¿Me puedo ir? Sí, pibe, andá nomás.*

Los dos hombres se quedan mirándolo alejarse a la carrera, saltar por encima de las cortaderas y desaparecer en el bosquecito como si fuese su propia infancia la que acaba de partir. Luego de unos instantes, como si regresara de algún profundo pensamiento, el Perro comenta: *Alicia vendrá hoy. ¿Quién? Alicia, la hija de Mónica. Ah, sí. Van a comer juntas, luego tomará café con nosotros. Perfecto* —responde Capitán—, *tengo algunas cosas que hacer, regresaré..., ¿a las tres le parece bien? Mejor a las cuatro, estas mujeres comen tarde, a la española. Perfecto así tengo más tiempo para mis trámites.* Capitán se va. De pronto, Lascano se siente cansado, más aún, agotado, atacado por un sueño mortal. Hace rato que entendió que luchar contra el sueño es una batalla perdida. El clima es apacible, la brisa tranquila y la temperatura perfecta para cerrar los ojos.

Eva se levanta de la cama, da dos pasos, apoya una mano en la mesa de noche y dice: *Lascano, estoy mareada, no veo bien.* Él va a su lado, la toma por un brazo y por la cintura, para ayudarla a acostarse. No sospechaban que era el principio del fin. Una enorme luna de sangre asciende por el cielo a toda velocidad y va disminuyendo de tamaño y palideciendo mientras lo hace. De alguna manera sabe que el paisaje es del árido desierto australiano, cuyo suelo brilla como si estuviera sembrado de piezas de oro. Tres meses más tarde, cuando ya estaba ciega, llegó el diagnóstico. Glioma de alto grado, dijeron como si estuvieran hablando de una especie vegetal. Pero no se trataba de planta alguna, sino del tumor que le provocaría la muerte. Victoria llora en un rincón. Él está en Australia, en el Tanami, bajo un sol

demoledor. Quiere regresar, abrazarla, estar con ella, acompañarla, pero no puede. Cada día, Eva va transformándose en un animal hostil. Sufre ataques de ira, de risa, de llanto. La cosa verde que crece dentro de su cerebro es la flor de la locura. Cada día Eva va dejando de ser Eva. El funeral, en la tierra, el ataúd descendiendo en el foso, golpes, es ella, no está muerta, quiere salir. Alguien abre la tapa. Está vacío. No hay nadie, no hay funeral, no hay cementerio. Lascano está solo, iluminado únicamente por las estrellas de la Vía Láctea.

Un rayo de sol que las hojas del roble tapan y destapan al ritmo de la brisa le da en los ojos y lo despierta. Está desorientado, no sabe dónde se encuentra. Todo le es desconocido. *Tranquilo, Lascano, tranquilo* —se dice, y decir su propio nombre, saber quién es, le restituye la serenidad que la pesadilla le quitó. Respira rítmicamente, cada vez más pausado, el ritmo cardíaco va disminuyendo, como la luna que se alejaba, recupera la calma.

Mira hacia el fondo del camino, al lugar donde apareció el cadáver de Bisordi. Se pregunta nuevamente si habrá sido él quien acabó con su vida. Era una de esas personas que le causaban una repulsión instintiva. Sus ojitos de cerdo, el bigote de morsa manchado de nicotina que cubría su boca cruel y deprimida. Sus gestos daban la sensación de que parecía estar cubriéndose de ataques imaginarios. Pero lo que más le disgustaba era su voz. Recuerda la sensación, pero no el timbre porque lo primero que se olvida de alguien que murió es la voz. La suya parecía provenir de una cloaca. *¿Por qué la pesadilla con la enfermedad de Eva me condujo al recuerdo de Bisordi? Ella era un ángel, él un engendro maligno. Tendré que hablar con Alexander de este juego de mi mente* —piensa, se levanta un poco mareado, y se dirige a la casa. *Roque* —le dice al llegar—*, voy a comer en la terraza.*

Puntual como un tren japonés, aparece Capitán. Estrena traje y zapatos, se ha cortado el cabello y luce impecable y reluciente. *¿Dónde es la boda?* —bromea Lascano. Capitán coloca una carpeta sobre la mesa y se sienta—. *¿De qué habla? Digo, como vino tan elegante. ¿Elegante?, normal. Si usted lo dice. ¿Y Alicia? No llega aún. ¿No iba a comer con su madre? Sí, pero decidieron hacerlo en algún restaurante. ¿Vendrá? Espero que sí.* —Lascano observa que Capitán mueve la pierna nerviosamente mientras mira la puerta una y otra vez—. *¿Ansioso? No. Entonces, apague el motor. ¿Qué motor? Ese que le mueve la pata.* —Capitán sonríe—. *Averigüé varias cosas de Alicia. ¿Como qué? Ahora no, allí viene* —dice Capitán poniéndose de pie para recibirla—. *Gusto en verlo nuevamente, Lascano, ¿el caballero que lo acompaña es…? Perdone, soy el inspector Capitán. Mucho gusto. Tome asiento, por favor, ¿desea tomar algo? No* —responde con brusquedad. Pensó que sería un encuentro amistoso y, comprobando que se trata de una entrevista policial, se pone a la defensiva—. *¿De qué quieren hablar? Usted conocía al señor Bisordi. ¿A quién? A Sebastián Bisordi. No. ¿Segura? Lo recordaría. Tengo entendido que tuvo una relación con Miguel Siddi. Eso fue en la prehistoria. ¿Antes o después de haberse ido a vivir a Caracas? Oiga, Lascano, de esto ya hablamos, ¿no es así? Sí, pero no tuve tiempo de comentarle esa conversación a Capitán. ¿Por qué se fue?* —Alicia no simula su fastidio—. *Cuando a Miguel lo desaparecieron los militares, mi padre me envió a casa de una tía. ¿Supo algo más de él? Lo que se dijo en el* Nunca Más. *¿Qué se dijo? Un sobreviviente lo vio en El Olimpo. Dijo que estaba muy maltratado y a los pocos días se lo llevaron y nunca más se supo. ¿Conocía a Sebastián Bisordi? Eso ya me lo preguntó. Perdone, ¿y qué me dijo?* —Alicia lo mira con impaciencia y contesta tajante—. *Que no. ¿Sabe quién es Julio Simón? Ni idea. Lo llamaban el Turco Julián. Mucho gusto. Le daré algunos nombres, dígame si conoce a alguno. A ver. Tordo. No. Malevo. No. Valoni. No. Bio. No. ¿Quiénes son? Pregunte mejor quién es o quién era. No entiendo. Son distintos nombres que usaba Bisordi. ¿A dónde quiere llegar?* —Capitán le clava la mirada—. *A la verdad. ¿Soy una sospechosa? ¿Por qué lo pregunta? Por su actitud. ¿Tiene algo que temer? Cuando se trata con la policía siempre hay algo que temer. Acá en la residencia había otro huésped, se llamaba Conte. Falleció hace poco, muerte natural…* —dice Capitán y mira a Lascano, que no se inmuta— *o algo parecido. ¿Y con eso qué hay? Nada. Dígame,*

¿usted lo amaba a Miguel? Fue mi primer amor, sí. Y su primer desengaño. Él no me dejó, se lo llevaron. ¿Hay mayor desengaño que la muerte? ¿Policía poético?, primera noticia que tengo. Le voy a decir algo, Alicia. Dígame. El Turco Julián, Conte y Bisordi eran miembros de la patota que se llevó a Miguel, entre mucha otra gente. No me diga. Sí le digo. ¿Y? Es un motivo muy fuerte para matarlo. ¿Matarlo yo? No me haga reír. No tiene nada de gracioso. Mire, señor policía, si ese Bidordi, o como se llame, es quien usted dice, y fue el responsable de la muerte de Miguel, no voy a ser yo quien lo lamente, es más, ya estoy planeando hacer una fiesta para celebrarlo. Pero yo no lo maté, eso que le quede claro. Usted estaba acá el día del asesinato. Yo y cincuenta personas más. Es verdad, pero las que importan son las que pudieran tener un motivo, me temo que usted encabeza la lista. Dudo que pueda probarlo. ¿Por qué? Por una simple y sencilla razón. ¿Cuál es? Que yo no fui. —Los tres se quedan en silencio—. *¿Y usted, Lascano, no dice nada? ¿Qué espera que diga? Su opinión, ¿cree que yo lo maté? Querida, las circunstancias la colocan en la escena del crimen y tiene un motivo, sí, como dijo Capitán, es una sospechosa importante. ¿Me van a detener? ¿Promete que no escapará? ¿A dónde podría escapar? A Caracas, tal vez. La tía Matilde murió hace diez años y, aunque viviera, no escaparía. De acuerdo, queda en libertad.*

Lascano y Capitán se quedan solos. *¿Qué piensa, Lascano? Le removimos muchas cosas, muchos dolores, la vi herida, molesta, enojada, triste, un torbellino de sentimientos, pero hubo una cosa que no percibí en ningún momento. ¿Qué? Miedo. Creo que Bisordi bien muerto está, el mundo es un poco mejor sin alimañas como él. Lo que usted quiera, pero un homicidio es un homicidio. Y treinta mil, ¿qué son, una estadística, como decía Stalin? No lo sé, Perro, yo tengo un trabajo que hacer y es encontrar al asesino de Bisordi. Y yo le digo lo siguiente: lo único que me agradaría es haber sido yo quien se lo cargó. ¡Ja!, no me haga reír, cuanto más lo trato menos lo considero el autor del hecho. Déjese de joder, Capitán, haga su trabajo, encuéntreme un motivo y yo le hago una confesión con pelos y señales.*

Sin que se den cuenta, Victoria se ha acercado a la mesa y los interrumpe. *¿Qué hay que confesar? Oh, hola, Victoria* —saluda Lascano sorprendido mientras Capitán se pone de pie—. *Hola, papá* —responde y lo besa en la mejilla. Lascano se dispone a hacer las presentaciones—. *Mi hija Victoria... Ya nos conocemos. ¿Ah, sí? Nos vimos acá mismo hace unos días, me confundió con alguien del personal de la residencia. ¿Puedo sentarme? Por supuesto. No sabía que vendrías. Se canceló una reunión y decidí aprovechar para verte. Hay algo que quiero comentarte. Decime. Estoy planeando hacer algunas reformas en el departamento y quería que las vieras. ¿Para qué? Creo que sería bueno tenerlo*

acondicionado por si en algún momento querés volver a vivir allí. ¿Sabés que me traje a Fuseli a vivir aquí? ¡¿Antonio está aquí?!, quiero verlo. —Lascano alza la mano, Roque se acerca—. *Por favor, llame a Fuseli y dígale que venga. Sí, lo habían dejado tirado en un geriátrico del Estado y con la ayuda de Capitán lo recuperamos. ¿Y eso qué tiene que ver con lo que te estaba diciendo? Que si me voy de acá, Fuseli viene conmigo. No veo el problema. Que somos dos viejos chotos que necesitamos que nos atiendan. Eso se puede resolver.* —Victoria se pone de pie al ver llegar a Fuseli, va a su encuentro y se inclina para abrazarlo—. *Sorprendida, ¿eh? Hasta yo estoy sorprendido de estar vivo. No digas tonterías. Mala hierba. Qué bonita estás, mira en la mujer que te convertiste. Siempre el mismo zalamero. Para nada, realista.* —Capitán sigue el encuentro en silencio, observando los gestos, los ademanes, las palabras, las risas, las ironías que el trío se reparte como si fueran flores, y se siente agradecido por que le permitan formar parte de ese círculo de afecto. La reunión continúa en ese tono hasta que Victoria, mirando la hora, dice: *Tengo que irme. ¿Tan pronto? ¿Te acordás de Natalia, mi amiga del cole? Sí, todo un personaje. Sigue igual, hoy estrena una obra en la que Jesús regresa a la tierra. No la sabía religiosa. Es que vuelve, pero esta vez es un travesti. Siempre fue muy ocurrente, ¿ya se la prohibieron? Están en eso, pero ella siempre se les escapa. Mandale mi cariño. Lo haré.* —Victoria besa a los dos—. *Acá te dejo el proyecto de la reforma, miralo y otro día lo comentamos. De acuerdo.* —Capitán se pone de pie y le extiende una mano que ella no toma, pero le pide que la acompañe hasta su coche ante la mirada azorada de Lascano, que la oye preguntándole mientras se alejan—. *¿Sigue en pie la invitación a cenar? Por supuesto.* —Fuseli contempla la escena de lo más divertido. Lascano lo advierte—. *¿De qué te reís, pelotudo? ¿Yo?, de nada. ¿Qué pasa, Perro, qué es esa cara?* —lo torea Fuseli—. *Si este hijo de puta le llega a hacer daño a Victoria, el próximo muerto va a ser él.* —Fuseli le da una palmada fuerte en el hombro y ríe—. *¡Qué malos son los celos! No jodas, Fuseli, que no estoy de humor. Me voy, tengo una cita con Cioran, que es más alegre que vos. Andate a la mierda. Allá voy* —responde festivo. Por el caminito lateral regresa Capitán con un andar alegre. Lascano se pone de pie y le dice sin esperar a que llegue—: *Me voy a descansar un rato. ¿No íbamos a ir a la villa? No me siento bien, dejémoslo para mañana* —le responde y, sin esperar respuesta, le da la espalda y se va.

El sueño es terapéutico, la mente, desligada de las urgencias y las presiones de la vida cotidiana, puede dedicarse a la autorreparación.

Fuseli sostiene que la mayor parte de las enfermedades se curan sin intervención alguna y que es al dormir cuando el cuerpo restaña sus heridas. Lascano nunca tuvo problemas para conciliar el sueño. Es un tipo capaz de dormir de pie en un autobús. Desayuna solo en la terraza disfrutando de la brisa que refresca la mañana. Capitán llega y lo saluda con cierta cortesía, pero a la defensiva, no dejó de advertir el ceño fruncido de Lascano cuando se enteró de que tenía una cita con Victoria.

¿Quiere tomar algo? No, gracias, estoy bien. Antes que nada, Capitán, quiero dejarle algo en claro. Dígame. No sé cuáles serán sus intenciones con Victoria, pero le advierto que... Un segundo —lo interrumpe—, *antes de que continúe con su discurso de padre anticuado, quiero que sepa cuál es la situación. Adelante. Victoria me gusta, mucho. No sé si lo nuestro va a prosperar, los neuróticos somos difíciles de combinar, y ambos lo somos. Pero hay buenos indicios. Compartimos el sentido del humor, unos cuantos intereses, tenemos diálogos inteligentes y me parece que hay mucha atracción..., química lo llama Victoria. Vaya abreviando* —lo apura Lascano—. *No soy un casanova, no busco aventuras... ¿Qué busca? Amor* —responde Capitán sintiéndose un tanto ridículo—. *Eso no sonó muy convincente, pero le tomo la palabra. Recuerde que usted me suministró una pistola. ¿Qué hay con eso? Que si le llega a hacer daño a Victoria, el próximo muerto será usted. ¿Me está amenazando? Veo que lo entendió.* —A Capitán lo conmueve su determinación—. *Perro viejo, pero muerde* —piensa. Lascano se pone de pie—. *A lo nuestro, ¿vamos?*

El camino bordeado de eucaliptos mediante el cual se accede a la residencia da cuenta de su pasado como casco de estancia de alguna familia terrateniente diezmada por la división de las herencias. El pasado propietario, por innoble que fuese su origen, dejó estos espacios en los que campea una belleza mitad natural mitad civilizada. A un costado aparece un sendero maltrecho, adornado con bolsas y botellas de plástico. A poco andar se termina el asfalto. Los árboles comienzan a ralear hasta que solo quedan media docena tocones y entre ellos un árbol que creció deforme, pero está entero y

lleno de hojas de un verde profundo y saludable. Lascano se detiene a observarlo. *¿Qué hay?* —pregunta Capitán—. *Un proverbio chino dice que se talan los árboles rectos para hacer tablas, pero se deja a los torcidos que sigan haciendo su vida. ¿Y con eso qué? Nada, que a veces conviene más andar torcido que derecho.* Ese sendero es la frontera entre los jardines de la residencia, limpios, ordenados, previsibles y burgueses, y el mundo más salvaje, sucio, caótico y más amplio de las barriadas pobres. Una zona bordeada de alambrados que ya nadie se ocupa de mantener, flores silvestres, ortigas, hinojos y cafetos salvajes. Algo alerta a Capitán. Lascano le sigue la mirada. En la esquina, un hato de perros sin dueño los observa. El más adelantado, el jefe de la jauría, tieso como una estatua, los sigue con la mirada, la oreja que tiene entera hace pantalla en dirección a los invasores. Es un animal de belleza cerril, gris claro, tamaño mediano, pura fibra y nervio, con la cabeza surcada por las cicatrices que le costó erigirse en el macho alfa. Capitán se queda inmóvil. Los perros ya olieron el miedo y comienzan su avance. Cuando toman carrera, Capitán hace un movimiento para comenzar a huir. *¡Quieto!* —ordena Lascano y se agacha como si fuera a recoger una piedra. El gesto tiene un efecto mágico sobre los cimarrones. Clavan las patas traseras para frenar la corrida, son envueltos por las nubecillas de polvo que levantan, giran y huyen a toda carrera—. *La hora de Pavlov* —comenta divertido y concluye para sí que su compañero es un hombre de ciudad que ignora los protocolos del suburbio. Un tipo capaz de enfrentarse con malhechores y asesinos, pero al que paralizan unos cusquitos de terreno baldío. El resto del trayecto lo hace Capitán en avergonzado silencio.

Los habitantes de la villa que se cruzan con ellos les rehúyen la mirada, se mantienen distantes, solo los miran cuando no los están viendo y comentan en voz baja cuando no los oyen. Son dos extraños con los que nadie quiere saber nada. Para ellos tienen la misma cara, la de los tipos que con frecuencia vienen a detenerlos, a colocarles esposas y cadenas, a meterlos en coches-jaula para llevarlos a los calabozos donde no son nadie, donde pueden disponer de ellos a su antojo y quedan a merced de su crueldad. Desde allí pueden conducirlos a los despachos forrados en madera y llenos de libros y papeles, donde hay hombres severos de traje y corbata, cargados de desprecio, que hablan en un lenguaje incomprensible, y que son quienes deciden cuánto tiempo pasarán encerrados. El odio y el miedo son el aroma, el clima que los envuelve. Capitán y Lascano sienten el peso de las pistolas que cargan a la cintura. Al fondo de la calle, ven el cartel mal compuesto del bar Yon Lenon. Entran con decisión. *¡Taquería!* Una sola palabra de alguien es suficiente y válida para

todos. Su ingreso produce silencio y curiosidad en la concurrencia, lo que no calla es un enganchado de cumbia villera. Capitán identifica al que buscan inmediatamente, la foto policial que lleva en el bolsillo interior de la chaqueta es bastante fiel. El Titi Ledesma y otros tres rodean la mesa de *pool* cada uno blandiendo un taco que puede convertirse en arma rápidamente. El tipo es de piel oscura, delgado y musculoso, guarda una cierta semejanza con el macho canino de la esquina, solo que a este no parece que pueda ahuyentárselo amagando con una piedra. Ledesma se queda mirando fijamente a Capitán, ya sabe que lo busca a él, pero ignora por qué. Capitán da un solo paso en su dirección, no más para evitar quedar al alcance de su taco de billar. Lascano da un paso al costado a fin de tener un claro disparo si fuera necesario y se abre el saco para imponer un poco de prudencia. *Ledesma* —dice Capitán con autoridad—, *necesito hablar con vos. ¿De qué? Salgamos y te cuento. ¿Y si no quiero? No hagás kilombo, Titi, tengo tres patrulleros a la vuelta de la esquina. Solo quiero conversar.* Ledesma deja su taco sobre la mesa en señal de acatamiento, camina siete pasos, aparta con gesto destemplado la cortina antimoscas y sale a la calle. Lascano sale detrás del Titi y de Capitán y se queda junto a la puerta del Yon Lenon en prevención de que los secuaces salgan también.

¿Qué hiciste con la navaja? ¿Qué navaja? Esa que le quitaste a Rulo. Yo no le quité nada, él me la regaló. Mirá vos qué generoso, ¿dónde la tenés? No la tengo, la vendí. A quién. A un turco que tiene un negocio en el once. ¿Cómo se llama? Yo qué sé cómo se llama. El negocio, cómo se llama. Ah, La Fortuna, o algo así. ¿En qué calle está? Pasteur, creo.

A través de la cortina, Lascano controla a los compinches que juegan al billar y beben cerveza, mientras Capitán continúa con el interrogatorio. *¿Cuándo fue la última vez que entraste a la residencia? Yo no entré. No me mientas, yo sé que entraste. Ustedes me quieren cargar el muerto. ¿Qué muerto? Ese al que le cortaron el cogote. ¿Cómo lo sabés? Me lo dijo Rulo. ¿O lo mataste vos? Yo no fui. ¿Por qué tendría que creerte? Porque ese día estaba en cana.* —Capitán decide intervenir—. *¿Por qué te metieron? Un hijo de puta de acá me acusó de robarle. ¿Y? Nada, era mentira. ¿Por qué te denunció? La mujer saltó la cerca. ¿Y eso? Se rajó una noche conmigo, lo hizo para vengarse. ¿Dónde fue que te metieron? En la comisaría de acá. ¿La que está en la ruta? Esa. Muy bien, espero que no me mientas, porque si voy y pregunto y resulta que me metiste el perro, vuelvo a buscarte y te llevo con pitos y cadenas. Vaya y pregunte, va a ver que no miento. Vamos a hacer una cosa. Andá al negocio ese del turco que decís y recuperá la navaja. En dos días vengo a buscarla, ¿entendido? No tengo guita para rescatarla. ¿En cuánto la*

vendiste? Trescientos. —Capitán interroga a Lascano con la mirada—. *Yo te doy el dinero, pero traés la navaja o la mosca, ¿entendido? Ok, ¿y si no la tiene? Ya veremos, andá nomás.*

Por la noche, poco antes de irse a dormir, Lascano recibe un llamado de Capitán. *Ledesma mintió, no estuvo el día dos en cana. ¿Cómo lo sabe? Cuando salí de la residencia llamé y se lo pregunté al comisario.*

Esto es un kilombo —dispara Lascano sin siquiera saludarlo. Capitán se sienta frente a él. La biblioteca está desierta salvo por ellos dos y Fuseli, que acomodó la silla de ruedas frente al ventanal donde dormita plácidamente. Los registros de los pacientes del Hogar que califican como sospechosos están esparcidos sobre la mesa, a cuyos bordes Lascano se aferra y los contempla con la desolación de un náufrago. *¿Qué pasa, jefe? Perdimos el rumbo de esta investigación. ¿Por qué lo dice? Acá tenemos una docena de sospechosos. ¿Qué le parece si ordenamos lo que tenemos y comenzamos a descartar a algunos? De acuerdo, acotemos las candidaturas.*

Lascano toma el primer registro y lo coloca a su derecha.

Este es el mío. Supongo que es prematuro descartarlo.

Agarra el siguiente, lo mira brevemente.

Armentía, con el Parkinson que tiene, si tratara de cortarle el cuello a alguien terminaría castrándolo. —Lo coloca a la izquierda—. *Osorno: estuvo tres días en la Fleny para unos estudios médicos cuando mataron a Bisordi. Woycek: tiene el costado derecho paralizado por un ictus, y no es zurdo. Que el asesino sea zurdo no es una certeza científica, sino una probabilidad estadística, por eso es que no descartamos de entrada a los diestros. Conte, que era un buen candidato, está muerto y además era a quien menos le convenía la muerte de Bisordi. Adela García Maña: apenas puede caminar a raíz de una prótesis de cadera que falló. Burgos: está casi ciego. Gerónimo, el enfermero con pinta de Mapuche, estaba de baja aquel día. A Bollito esa mañana lo llevaron a hacerse una resonancia magnética, por una vieja lesión. Cossio: Alzheimer galopante...*

Cuando finaliza, a la derecha solo quedan cuatro, a la izquierda, doce.

Esto es casi una estadística. ¿Y eso qué significa? Las dos terceras partes de los viejos están tan hechos mierda que no podrían matar ni a una mosca. Digan lo que digan, la vejez es un asco, no perdona a nadie. Bueno, Perro, una tercera parte está en buenas condiciones. Ya nos tocará el turno.

Lascano toma la pila de la izquierda, la coloca sobre una silla. Pone los registros de la derecha frente a él.

Repasemos —propone Lascano—, *estos son nuestros sospechosos: yo mismo. Capitán, ¿qué pasó con la navaja, Ledesma la recuperó? No, el turco dijo que la vendió y a mí que nunca la había tenido. Pero tengo otro dato que lo exculpa. ¿Cuál? Ledesma sí estuvo preso como dijo en un principio. Pero no le había dicho el comisario que era mentira. El que mintió fue él. ¿Por qué haría tal cosa? Es de esos policías que siempre buscan perjudicar a los que considera delincuentes. Conozco esa raza* —dice Lascano y vuelve a sus anotaciones—. *Entonces solo podremos establecer mi culpabilidad cuando descartemos a todos los demás.* —Sorpresivamente, se alza la voz de Fuseli—: *Déjese de joder, Lascano, el mundo no gira alrededor suyo, usted no lo mató. ¿Ah, no, y cómo lo sabe? Lo sé, pero no se detengan. Le gusta hacerse el misterioso* —le susurra Lascano a Capitán—. *Te escuché, Perro. Bueno, explicalo entonces. Estuve hablando con Fosca Aranguren, el forense. ¿Y? Es imposible que la sangre de Bisordi no haya salpicado al asesino. Le pregunté a Paddington y a los enfermeros, ninguno de ellos vio que tu ropa tuviera manchas de sangre. Uno menos* —acota Capitán con una sonrisa—. *¿Qué más?* —apura Lascano. Capitán mira su libreta—. *Tenemos a Celeste, una candidata firme por lo colérica. No pudo hacerlo aunque hubiese querido* —replica Lascano—. *¿Por qué no? Notó que ella siempre usa ropa insinuante. Sí, ¿qué tiene que ver? Dígame, ¿qué es lo que ella muestra-no muestra? Las tetas. En muy buen estado, por cierto. Pero no lo hace para seducir. Hubiera jurado que sí. No, lo hace para ocultar algo. ¿Qué? De niña sufrió un accidente y se fracturó un brazo. Un practicante inexperto se lo enyesó. A los pocos días la llevaron a consulta porque la niña se quejaba de dolores. Al médico no le pareció nada significativo. Cuando la mano empezó a ponerse negra, fueron a otro hospital. El yeso mal colocado había estrangulado una vena y el brazo había comenzado a gangrenarse. Resumiendo: Tuvieron que hacerle una intervención de limpieza para retirar todo el tejido necrótico. Le salvaron lo que pudieron del brazo, pero quedó seriamente mutilado. ¿Y eso? No tiene fuerza en el brazo izquierdo para haber degollado a Bisordi. ¿Cómo lo supo? Se lo pregunté* —responde Lascano con sencillez—. *¿Qué hay de India?* —pregunta Fuseli con voz de dormido—, *ella ya mató y con un método similar al que empleó quien haya asesinado a Bisordi y usted averiguó que pidió la renovación de su pasaporte. Imposible* —comenta Capitán—, *esta mañana, revisando la planilla de visitas se me ocurrió que debía haber otra de salidas a la que no habíamos prestado atención. No hay, pero Sosa recuerda perfectamente que esa mañana vino a buscarla su hija, como no entró, no quedó registrada. ¿Y por qué lo recuerda? Porque la hija es Imán Star, una modelo que fue superfamosa. Y hay otro detalle. ¿A saber? Esa*

mañana fueron a renovar el pasaporte. Con respecto a Paddington y Condomí, revisé las llamadas que hicieron ambos y estuvieron hablando durante más de una hora, alrededor del momento de la muerte de Bisordi. Siempre es posible que otras personas hicieran la llamada desde esos teléfonos. Posible, sí, pero no parece probable. ¿Qué hay de Pérez, el enfermero? Llegó a la residencia unos minutos antes de que se descubriera el cadáver. Finalmente —acota Lascano—*, solo nos quedan Mónica y Alicia y ellas no fueron* —dice y, con un gesto, le cede la palabra a Fuseli—*. Ninguna de las dos tiene la estatura suficiente para producir la herida que lo mató.*

Capitán se pone de pie. *Conclusión, no tenemos nada. La próxima línea de investigación será pesquisar la posibilidad de que alguno de las o los sospechosos haya contratado al asesino. Pero, francamente, no creo que podamos encontrar nada por ese lado. ¿Alguna sugerencia?* —Fuseli abre los ojos, bosteza ruidosamente, hace girar la silla y carraspea—*. Creo que nos concentramos demasiado en buscar motivos directos para el crimen y descuidamos lo circunstancial. ¿Qué quiere decir?* —inquiere Capitán—*. Escarbamos en el pasado de esta gente y olvidamos lo pasional, por ejemplo. Cierto* —acota Lascano—*, este asesinato no tiene ninguna señal de haber sido premeditado. Vale decir que hay que buscar un hecho que haya desencadenado la reacción homicida. Exactamente* —dice Fuseli —*. Eso es como buscar la aguja en el pajar.*

Alexander abre la puerta como un pariente lejano con la sonrisa adosada a su rostro simple. Tiene la costumbre de dar la mano y tirar de ella hacia adentro de su consultorio, como si temiera que uno fuera a escaparse a último momento. Debe creer que es algo así como una bienvenida, pero a Lascano le suena más como una imposición. Su despacho está siempre igual, todo lo que hay sobre el escritorio guarda el mismo orden: un par de lápices Caran D'Ache afilados, un abrecartas Recuerdo de Toledo, idéntico al de Paddington, tres libretas Moleskine negras apiladas, la lámpara que imita a aquellas antiguas de las bibliotecas inglesas. Lascano toma asiento. Alexander, luego de cerrar la puerta de la antesala, se acomoda frente a él y vuelve a hacer la mueca que quisiera ser sonrisa, pero es una invitación a comenzar el diálogo.

Lo previsible siempre tranquiliza, ¿verdad? —arranca Lascano—. *¿Por qué lo dice? Por usted, cada vez que vengo abre la puerta y da la mano de la misma manera, hace los mismos gestos, todo lo que hay en su despacho siempre está colocado en la misma disposición. Me da la sensación de ser un lugar embalsamado. Interesante término* —dice Alexander rascándose la barbilla—. *Yo creo que los antiguos egipcios embalsamaban a sus muertos para no ver la putrefacción de los cuerpos que, gracias a sus artes, parecían dormidos. Usted está hablando de la negación de la muerte. Precisamente. Los que no somos creyentes* —agrega Lascano con un dejo de orgullo— *no recurrimos a Dios o a la vida eterna. Negar la muerte es algo natural en el ser humano, la mayor parte del tiempo no pensamos en ella, no se puede ser consciente de la mortalidad todo el tiempo. No, nos volveríamos locos. Seguramente, pero los creyentes adoptan una ideología, por llamarlo de alguna manera, para cancelar la idea de la muerte y la consideran una transición a otro estado. ¿Por qué cree que lo hacen? Por miedo. ¿Usted no lo siente? Le temo a la agonía, no a la muerte. ¿Qué cree que es la muerte? En eso coincido con los creyentes, es una transición, pero a diferencia de ellos, pienso que el cambio es físico. El cuerpo se degrada, se deshace en sus componentes esenciales y pasa a formar parte de la biósfera, es decir, a componerse en otros seres. Nada se pierde, todo se transforma. ¿Y el alma? No existe tal cosa, somos materia y estamos sometidos a las leyes físicas que la rigen. Sin embargo, usted me contó que ciertos fantasmas lo visitan en sueños. Es verdad. ¿Cómo compatibiliza su*

descreimiento con esas apariciones? Fuseli tiene una teoría... ¿Quién es Fuseli? Un gran amigo... —contesta Lascano, advierte que una chispa brilla en los ojos de Alexander y se ve compelido a explicar—: *... ahora está retirado, pero fue el forense más brillante que dio la academia. Continúe, por favor, con su teoría. Él sostiene que los fantasmas son como muchas de las estrellas que vemos en el cielo, hace mucho que se extinguieron, pero su luz, atravesando el tiempo y el espacio, continúa siendo visible a nuestros ojos; y que cada persona emite también una energía que sigue llegando después de que han muerto, como las estrellas. Bonita teoría* —dice Alexander acomodándose en la silla—*, por favor, hábleme de sus fantasmas. Apareció el de Marisa, mi primera mujer, para revelarme que el accidente en el que ella y Miguel, mi asistente, murieron no fue tan accidental. ¿Cómo es eso? Yo le había pedido a Tuerca, así lo llamábamos, que llevara a Marisa a hacer un trámite. Bien. En la puerta de mi casa aguardaban unos sicarios que tenían la misión de asesinarme. Lo confundieron conmigo y comenzaron a seguirlos. Él se dio cuenta de sus intenciones y huyó, era un gran conductor. Pero no pudo evitar estrellarse contra un camión en una esquina del barrio. ¿Fue así? Fuseli hizo las autopsias, él lo corroboró hace unos días. ¿Y usted no lo sabía? No, Marisa en el sueño me dijo que sentía miedo, que los sicarios estaban cerca y me pidió que los saque de allí. ¿De dónde? De dentro de mí. ¿Y usted qué cree? Que estaba tratando de decirme algo. ¿Como qué? No lo sé, vine con la esperanza de que usted me ayude a aclararlo. Le diré lo que pienso, creo que lo que voy a decirle no se contradice con la teoría de Fuseli, pienso que los fantasmas en realidad son su inconsciente tratando de decirle algo. ¿Cómo ser? Antes hablamos de la negación de la muerte. Sí. Creo que usted negó lo que en verdad provocó la muerte de Marisa porque un accidente es menos doloroso que un atentado. ¿Por qué?, está muerta de todos modos. Por la culpa. ¿Qué culpa? Si el blanco era usted, pero la que murió fue Marisa, se puede pensar que ella murió por causa suya.* —Lascano tiene la sensación de que algo se rompe en su interior, baja la cabeza y ve que hay lágrimas cayendo de sus ojos—. *Es verdad* —tartamudea—*, no quise saberlo, pero siempre lo supe.* —Alexander calla, siempre lo hace cuando da en la zona de clivaje, ese lugar donde se parte el diamante—. *¿Qué se hace con esto? Verlo es el primer paso, ahora tendrá que elaborarlo. ¿Cómo? Volveremos sobre el tema todas las veces que sea necesario. Ahora lo entiende con la razón, comprender con la emoción le llevará más tiempo. Entiendo, ahora me gustaría saber a qué se refirió Marisa cuando me habló de los asesinos que están dentro de mí. Creo, Lascano, que el inconsciente le habló desde su lado oscuro. ¿Qué es eso? Todos tenemos un lado negro, es nuestro costado más hostil, más agresivo, es la parte más peligrosa de nosotros mismos. Como nos creemos buena gente, tendemos a ocultarlo, pero ese aspecto de nosotros mismos no desaparece. La mente está compuesta de vasos comunicantes, lo que uno*

tapa por un lado sale por otro. Es una ley que se cumple fatalmente. —Alexander percibe que a Lascano le pasa algo—. *¿Se siente bien? Más o menos. ¿Qué le sucede? No lo sé, repentinamente me siento muy cansado. No me extraña. ¿No? Usted se ha pasado la vida enfrentando a lo peor, lo más bajo, lo más rastrero de esta sociedad, ya es hora de que descanse. Sí, creo que tiene razón, en cuanto termine con el caso de Bisordi, voy alejarme de todo lo que huela a crimen. ¿Por qué esperar, por qué no dejarlo ir? Porque hay que hacer que se cumpla la ley* —dice Lascano con cierta solemnidad—. *Alguna vez usted dijo que había leyes, pero que faltaba justicia. Sí, es lo que creo. Y también que tipos como Bisordi están mejor muertos. Lo que dije fue que el mundo está mejor sin gente como él. De acuerdo, ¿no puede concluirse que en definitiva la muerte de Bisordi es un acto de justicia? Bonito juego de palabras. Es nuestro trabajo. Pero no hace al fondo de la cuestión. Los asuntos humanos siempre tienen más de un fondo. ¿Cuál quiere destacar? Que usted ya está retirado, el cumplimiento de la ley no es su responsabilidad. Eso es verdad. Entonces, puede dejar ir a los criminales. ¿Qué ganaría con eso? Sacarse de adentro a los asesinos, como le pidió Marisa. O sea, mi inconsciente. Eso mismo. Si lo hace, los fantasmas volverán a ser estrellas de sus recuerdos y usted podrá descansar y gozar de lo bueno que la vida le dio. No es mala idea ahora que, como decía Sinatra, me acerco al telón final.*

Hay dos horas en que la residencia es tierra de nadie. Comienza más o menos a las quince, cuando la mayor parte de los huéspedes, finalizado el almuerzo, se dedica a sestear, los pasillos y los espacios comunes suelen estar desiertos y los administrativos comen en la cocina. Vincenzo notó que, en algunas ocasiones, Sofía, la chica de la recepción, no viene a almorzar. Cuando le preguntó por qué, ella le dijo que estaba a dieta. Claramente, la chica no lo necesita, y, aunque nunca debe menospreciarse el poder de la obsesión con la delgadez, le dio mala espina. Pasadas las tres y diez, sin que aparezca por la cocina, va hasta la recepción y comprueba que tampoco está en su puesto, echa una rápida mirada por los jardines, tampoco. Sube hasta el despacho de Paddington y, sin hacer ruido, pega la oreja a la puerta. No hay duda, ahí dentro se está teniendo sexo. Baja con el mismo sigilo. Saca su teléfono, envía un mensaje y regresa a la cocina.

No han pasado diez minutos cuando Regina, en su Land Rover, da de bocinazos para que Sosa abra la barrera. El sonido alerta a Paddington, levanta la cabeza y detiene su movimiento. *¿Qué pasa, Peter?* —pregunta Sofía—. *¡Callate!* —contesta, se pone de pie en un salto y va hasta la ventana. Alcanza a ver la cola del 4 x 4 cuando se detiene frente a la entrada, oye el portazo al cerrarse. Gira. *¡Salí de acá, rápido!* Como Sofía vacila, la toma por el codo, le pone la ropa velozmente en los brazos y la saca a empujones de la habitación. Desnuda, Sofía se precipita escaleras abajo, en dirección contraria viene Regina como una locomotora y le pasa por encima. Entra al despacho como una tromba, Paddington no ha terminado de ponerse los pantalones. En la escalera, vistiéndose, oye a Peter: *Tranquila, Regina, por favor. ¡A VOS TE VOY A DEJAR TRANQUILO! ¡No, Regina, no!* El sonido de dos disparos y el de un cuerpo dando contra el suelo. Silencio. El bochinche llega hasta la habitación de Lascano. Toma su pistola, sale y se dirige al lugar de donde provinieron. La puerta del despacho está abierta. Se asoma con la cautela propia de quien tiene experiencia en tiroteos. En medio de la habitación está Regina inmóvil mirando hacia el suelo. Entra, la mano de Regina se afloja dejando caer la Beretta 92. A corta distancia de ella, entre el escritorio y la ventana, yace Paddington. Los dos disparos que oyó le abrieron otros tantos orificios en la cabeza, de donde mana sangre en abundancia.

Vincenzo aparece: *¿Qué pasó?* —Lascano se vuelve y no dice nada, la escena es suficientemente elocuente. Regina está ida, con la mirada fija en el cadáver—. *Por favor, Vincenzo, llévela abajo.* —Cuando se retiran se acerca a Paddington y, apoyando dos dedos en la yugular, constata que el tipo es cadáver. Se pone de pie, cierra la puerta al salir y se dirige a su habitación. Toma el teléfono y marca. Golpes en la puerta. Abre sin soltar el tubo, el cable como un puente colgante. Es Fuseli. *¿Qué fue todo el kilombo?* —Lascano le hace un gesto para que espere—. *Hola, Capitán... Sí..., tiene que venir urgente..., parece que Paddington tuvo un desacuerdo con su mujer..., ella lo arregló con dos tiros..., no creo que sea necesario, está más muerto que Tut-ank-amón... Ok, lo espero.* —Fuseli lo interroga con la mirada—. *Parece que lo pescó infraganti con Sofía, la chica de la recepción. ¿Lo mató por eso? Ya lo oíste, dos tiros. Qué mujer anticuada.*

Una hora más tarde, a la puerta del despacho, Lascano y Fuseli reciben a Capitán y, tras él, Aranguren. *Parece que el homicidio se está haciendo costumbre por estos lugares. ¿Dónde está la víctima? Por acá* —responde Lascano señalando hacia adentro. Aranguren se vuelve hacia Fuseli—: *¿Me acompaña, así puedo aprovecharme de su experiencia?* —Entran juntos a la sala donde yace Paddington. Capitán se queda afuera—. *Venga, Lascano, vamos a entrevistar a la mujer de Paddington. Oiga, desde que usted apareció por aquí no dejan de producirse muertes. Capitán, estamos en un geriátrico, ¿qué espera, nacimientos? Lo que no espero son muertes violentas. No dramatice, solo fueron dos y, al menos esta vez, tenemos la certeza de que no fui el autor. No estoy tan seguro* —dice Capitán en tono de mofa y agrega—: *vamos a ver qué tiene que decir la viuda.*

Regina se acomoda en una pequeña oficina que hay junto a la recepción y espera. Espera y piensa en lo que acaba de hacer. Vincenzo la acompaña en silencio. Siempre fue una mujer racional, poco dada a los arranques melodramáticos, hasta hoy, y necesita explicarse por qué hizo lo que hizo. Pasa revista a los años que estuvo casada con Paddington, a los cientos de episodios en los que su afán de seducir la hizo sentirse humillada hasta las lágrimas. En las veces que la engañó. Con sus amigas, sus enemigas y hasta con el personal de servicio. Recuerda la vez que le recriminó que anduviera detrás de cuanta pollera se le cruzara. Ella le había dicho: *Sos tan promiscuo que en cualquier momento te vas a enredar con un cura.* —Y él contestó—: *Lo necesito para alimentar el morbo, porque después tengo que dormir con vos, monstruo.* Nunca nadie la hirió tan profundamente, Regina siempre supo que no era la más linda de la fiesta, pero que se lo refregase de esa manera fue imperdonable. Sus continuos desprecios y

desplantes la hicieron odiarlo, pero, aunque no fueron suficientes para que dejara de amarlo, le secaron el deseo. Descubrió todas y cada una sus infidelidades, pero no fue hasta hoy que lo pescó infraganti. Demasiado para cualquiera.

Buenos días, señora, soy el inspector Capitán. Mucho gusto. La veo bastante calmada. Es mi temperamento. Nadie lo diría, acaba de fusilar a su marido. Siempre supe que esto pasaría. En mi vida, Paddington fue como esos ruidos que uno nota cuando se apagan, pues ahora se apagó. Bueno, más bien que fue usted quien lo apagó. —Como si tomara repentina conciencia de la situación, la mujer se pone muy seria—. *Inspector, solo continuaremos esta conversación en presencia de mi abogado. Ya lo llamé, no demorará en venir* —agrega Vincenzo como justificando su presencia—. *Lo que usted diga. Confío en que no se moverá de aquí. Por supuesto que no. De acuerdo, los esperaremos en el comedor.*

¿Qué opina, Lascano? Nada, otro crimen familiar. La enjuiciarán y como es muy rica y tiene a los mejores abogados que el dinero puede comprar… O sea, todos —interrumpe Capitán—. *O sea, todos* —corrobora Lascano —. *Saldrá libre en poco tiempo. Las cárceles no se hicieron para los ricos.*

Han pasado algo más de dos meses desde la muerte de Paddington. Eduardo Susterman, su brillante abogado, consiguió que el juez ordene que Regina sea internada en la Clínica Psiquiátrica Modelo y que un amigo de ella sea nombrado curador. Lo primero que hizo fue denunciar las maniobras de Condomí y Paddington y, para pagarles a los inversores, puso en venta el Hogar. Gracias al acuerdo con los huéspedes, a quienes se les bonificaron las dos últimas mensualidades, hoy es el último día de su función como residencia geriátrica. La casa pronto será demolida para construir tres torres de gran altura. El juez le ordenó a Capitán que supervise la partida de los huéspedes. Como Lascano y Fuseli serán los últimos en irse, a la mañana siguiente, decidieron los tres constituirse en comité de despedida a fin de tranquilizar a estas gentes a las que trataron como sospechosas. Y allí están los tres, de pie junto a la salida, esperando a los que se van.

Uno a uno van apareciendo en el *lobby* para despedirse. Más *hippy* y más colérica que nunca, Celeste sale la primera portando un libro de recetas veganas. Airada como si algo la hubiese ofendido, no se digna a darle la mano a Capitán. India se acerca a él, lo besa en la mejilla y le habla al oído: *Yo no lo maté, lo sabe bien, pero no me hubiera disgustado hacerlo. Y, si hubiera tenido veinte años menos, a usted no lo salva ni Jesús en persona.*

Amparito sale seguida por la peluquera de cabello violeta e Ingrid, el terremoto noruego que saluda por último a Lascano como quien deja para el final el mejor bocado. *Adiós, Lascano, volveremos a vernos pronto. No deseo otra cosa* —le responde afectuoso. Ella le acaricia la mejilla y se va, espléndida y segura como solo puede estarlo una mujer que hace medio siglo que es bella. India atraviesa la recepción, saluda cortésmente a Fuseli y Lascano. Cuando se acerca a Capitán, este le pregunta—: *¿Qué va a hacer, India? Cumplir mi sueño. ¿Ah, sí? Mañana parto a Finlandia. ¿No hace mucho frío? No en esta época del año, pero no me quedaré mucho, voy a Turku para embarcarme en el Oasis of the Seas y dar la vuelta al mundo. Muy buen plan. ¿Quiere acompañarme? Lamento no poder. Tú te lo pierdes, chico* —le suelta, provocativa, y se va.

Mónica y Alicia se acercan al trío. *¿Qué dicen los arcanos, Mónica, seremos todos felices?* —pregunta Lascano—. *¿No lo somos ya? Quiero que sepa que disfruté mucho de nuestras conversaciones. Yo también, la verdad, Lascano, usted es un tipo brillante...* —dice y, antes de que él pueda agradecerlo, agrega—: *para ser un policía.* —Lascano tiene un momento de seriedad, pero en los ojos de Mónica percibe la ironía—. *Sabias palabras* —le contesta y retruca—: *para venir de una pitonisa.* Alicia se queda un paso atrás. Capitán camina hasta ella, le toma la mano y se disculpa por si en algún momento dijo algo que la hirió. Ella lo acepta sin mucha convicción y sale detrás de su madre.

A las ocho de la noche solo quedan en la residencia ellos tres y, en la cocina, Vincenzo y Corina preparando la última cena. A las ocho y media llegan Capitán y Victoria tomados de la mano. A las nueve, Vincenzo anuncia que ya pueden pasar a la mesa. *Acá faltan dos platos, Tano* —dice Lascano—. *¿No son cuatro los comensales? No, seremos seis. ¿Cuándo vienen los que faltan? Ya están aquí. No entiendo. Corina y vos van a cenar con nosotros. No creo...* —comienza a farfullar Vincenzo, pero el Perro lo interrumpe—: *No se hable más, es una orden.*

Primer plato —anuncia Corina teatralmente y Vincenzo sirve en unas cazuelas de barro un ceviche de mero sobre cama de lechuga francesa y cebolla, con yuca, tres clases de maíz y un boniato asado. En cuanto dan cuenta del plato, Corina vocea: *Plato de fondo*, y coloca sobre la mesa un cuenco con ensalada de endivias, surimi y salsa roquefort delante de cada comensal. Vincenzo pone en medio de la mesa una fuente china con una parva de gambones y los rocía usando una cuchara. *Esta es mi salsa secreta* —dice como quien está por revelar el paradero del Cáliz Sagrado—, *pero, como no tengo secretos para ustedes...* —agrega con una mirada cómplice a Lascano, quien le devuelve una sonrisa y una inclinación de cabeza—, *les cuento de qué se compone: un diente de ajo, aceite de oliva virgen, jengibre, salsa de soja, unas gotas de Tabasco rojo y zumo de limón.*

Corina hace tocar una música triunfal para el momento en que Vincenzo trae a la mesa un pastel de chocolate Fabergé que dura menos que un suspiro. La sobremesa remata con cafés y lo que queda en la botella de Napoleón de Lascano. La noche se alarga entre alabanzas a los cocineros, brindis y sonrisas, bromas, indirectas, risueñas invectivas y recuerdos vergonzosos lanzados de una a otra punta de la mesa. Fin de una cena de amigos, relajada, confianzuda y grata. Capitán y Victoria son los primeros en levantarse para irse. *¿No será esto una mancha para su carrera?* —le pregunta Lascano socarrón —. *¿A qué se refiere? Al crimen de Bisordi. Todavía no está dicha la*

última palabra. Brindo por eso —dice Lascano levantando su copa. La pareja se va. Fuseli hace girar su silla hacia la salida—. *Señoras y señores, esto ha sido todo para mí, si alguien tiene el buen corazón de asistirme,* ya que se me agotó la batería de mi Fórmula 1, me *voy a dormir.* Corina se pone de pie como impulsada por un resorte, toma los manillares de la silla y la empuja hacia la salida.

Vincenzo los mira hasta que las puertas se cierran y se enciende la luz que indica que el ascensor está en movimiento. Cuando vuelve la cara se encuentra con la mirada fija de Lascano.

¿Qué pasa, Perro? Sos un tipo muy especial, Vincenzo. ¿Por qué lo dice? ¿No te sentís culpable? ¿De qué? No sé, de algo. —El rostro de Vincenzo palidece—. *Hace unos días me hablaste de tu padre. Sí, un* figlio di puttana. *¿Cómo era él? ¿Además de un tipo de mierda? Físicamente. Era un poco más alto que yo, muy delgado, tanto que algunos lo llamaban «scheletro». ¿Scheletro? Esqueleto. La barba y el cabello abundantes y negrísimos, y tenía manos de niña. Parece que estuvieras describiendo a Bisordi.* —Vincenzo reacciona como si hubiera pisado un cable de alta tensión, da la impresión de haberse reducido, transformado en un niño pequeño y asustado que repentinamente rompe a llorar desconsolado. Lascano se levanta, le da la vuelta a la mesa, se sienta junto a él y lo abraza hasta que se calma y puede mirarlo con los ojos vidriosos—. *¿Querés contarme qué pasó? No sé. Contame, Tano, te vas a sentir mejor. Sí, fui yo, yo lo maté* —dice y se sopla los mocos con una servilleta—. *¿Por qué, si apenas lo conocías? ¿Recuerda que le comenté que me habían robado las gafas de sol? Sí. Fue él. Era temprano, tenía que esperar a que leude una masa que había preparado y salí a caminar por el jardín. No había nadie más que él, allá al fondo. Los anteojos que usaba me resultaron conocidos. Me acerqué. Eran los míos. Lo increpé. El hijo de puta se los quitó y los partió con las manos, ya no lo vi a él, vi a mi padre. Bisordi hizo el mismo gesto que él cuando rompió mis cuadernos. Se me representó la escena de cuando mató a Bianca, como si yo la hubiese presenciado, y no vi nada más que rojo, estaba ciego de furia. Me abalancé sobre él, quería ahorcarlo con mis manos, pero sacó una navaja y me amenazó. Entonces, sin perder la ira, recuperé la lucidez. Las lecciones de judo que había recibido en el servicio militar vinieron en mi ayuda. El supuesto de un ataque con puñal lo habíamos practicado muchas veces. Me puse en guardia, dando frente sin exponer la parte interna de mis brazos y tratando de prever el recorrido que haría su mano si me atacaba. Pude desviar la puñalada que me lanzó a los bajos, pero no evitar que me cortase, mira.* —Vincenzo se levanta la camisa y muestra una herida tapada con una gasa y pegada sobre el flanco izquierdo—. *Conseguí tomarlo del brazo armado y, con una llave de torsión, pude arrebatarle el*

cuchillo y dominarlo por la espalda. Entonces fue cuando le pasé el filo por el cuello. Bisordi cayó al suelo intentando vanamente contener la sangre que brotaba como un surtidor y en unos instantes estuvo muerto. Recién entonces tomé conciencia de lo que había pasado. Levanté la vista, no había por allí más que una persona. Era usted, Lascano. Me oculté tras los robles, corrí hasta el alambrado y regresé a la cocina sin ser visto. Estaba tan alterado que fingí estar enfermo —concluye y se queda en silencio, hay un interrogante en su mirada—. *¿Qué va a pasar conmigo, Lascano? Ya veremos.*

La voz de Corina quiebra el bruto silencio que se había impuesto entre los dos hombres.

¿Qué es lo que ya veremos? Nada, Corina —dice Lascano poniéndose de pie. Le da una palmada en la espalda a Vincenzo y se va.

Epílogo

Capitán y Victoria salen por la puerta. Lascano y Fuseli hacen un *tour* por el departamento de la plaza Alemania que Victoria hizo redecorar y refaccionar para acomodar a los dos amigos. Huele a madera, a nuevo, a vida que recomienza. Solos en el balcón, contemplan los jardines de la plaza Alemania, ocho pisos más abajo, el sol del mediodía derramándose sobre el Museo de Bellas Artes y más atrás también por la Facultad de Derecho. *Lascano, tengo una curiosidad. A ver. Anoche, cuando Corina me llevó a la habitación, te quedaste hablando con Vincenzo un buen rato. Así es. Y luego, esta mañana, cuando se despidió te pidió que lo perdonases. ¿Sí? Sí, ¿de qué hablaron? ¿Qué tenías que perdonarle? La verdad, Fuseli, no tengo la más puta idea, no me acuerdo de nada* —le contesta, y vuelven a la contemplación silenciosa durante unos buenos quince minutos—. *¿Y ahora qué hacemos, Fuseli?, en algo tenemos que ocuparnos. No sé, ¿escribimos un libro?*

Llaman a la puerta. Lascano toma el control remoto que maneja muchas de las funciones de la casa inteligente, pulsa un botón, suena una chicharra, la puerta se abre y entra Ingrid.

¡Qué sorpresa! —exclama Lascano sintiéndose más obvio que un cantante de boleros.

Caballeros —dice Ingrid y deja en el suelo una primorosa maleta amarilla que hace juego con el color de sus zapatos de taco alto—, *Victoria me contrató para que sea su asistente y ayudarlos en todo lo que quieran...* —dice y se queda como a la expectativa de una respuesta; como los dos hombres han quedado mudos, continúa—. *Me cedió la habitación que fuera suya para que viva aquí...* —Ellos siguen sin hablar —*... desde el sábado después de la cena hasta el lunes es mi tiempo libre, está previsto que venga alguien a suplirme...* —Fuseli y Lascano no consiguen salir de su asombro—. *Si es que ustedes están de acuerdo, ¿alguna objeción? Ninguna* —contestan al unísono—. *En tal caso, voy a acomodar mis cosas y luego podremos planear el día, ¿les parece? Perfecto. De acuerdo. Ok, ya regreso* —dice Ingrid y se va por el pasillo hacia su habitación seguida por la música de sus tacones en el parqué, moviéndose al caminar como solo puede hacerlo una mujer fuerte, decidida y bella.

Vio, Lascano, este premio es para usted, que reniega de los finales felices.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
Epílogo